
LEY
abandonada en
el altar

- Boda
- Aquél no era el mejor día para llegar tarde. Dorian sabía que no llegaría vivo a la noche si no ocupaba su puesto como padrino de su hermano pequeño. Sobre todo, en aquellas circunstancias.
- El denso tráfico de Boston sólo sirvió para empeorar su mal humor y, cuando llegó a la catedral gótica, subió corriendo la escalinata. Entró por una puerta lateral y en seguida lo rodearon varias damas de honor y la emocionada madre de la novia.
- -¿A dónde vas tan deprisa, Dorian? ¿Dónde está el fuego?- Preguntó una de las jóvenes.
- Dorian intentó recobrar el aliento. Se sentía idiota.
- -Al parecer, no llego tan tarde como había pensado.
- Las jóvenes rieron. Victoria, que había crecido con la novia y con los hermanos Barnes, le dio una palmadita en la espalda.
- -Estás deseando que se casen Dalton y Johanne, ¿verdad, Dorian?
- Dorian se mordió la lengua y no respondió a la burla de Victoria. No era ningún secreto que había sugerido a los novios que esperaran un año o dos antes de casarse. Pero habían rechazado la sugerencia, y de forma muy vehemente. Sin embargo, no era asunto suyo. Johanne y su hermano pequeño tenían derecho a tomar sus propias decisiones, aunque cometían un error.

- -Desde luego. Lo deseo tanto que estoy contando los minutos que faltan- dijo, guiñando un ojo a Victoria.
- -Quien debe estar contando los minutos es tu hermano -intervino la madre de Johanne, mientras miraba su reloj-. No puedo creer que aún no haya llegado.
- -¿No ha llegado todavía?- preguntó Dorian.
- La tardanza de Dalton le sorprendió bastante. No era propio de él. Siempre había sido el más responsable de los hermanos.
- -Eso es lo que me han dicho, y Johanne casi ha terminado de vestirse -dijo la mujer, mientras se secaba las lágrimas con un pañuelo-. Está absolutamente preciosa con el vestido blanco. Tan elegante como una princesa.
- Dorian tuvo que hacer un esfuerzo para no alzar los ojos al cielo. Johanne siempre había sido una princesa para sus padres. Había oído que el vestido de la novia era digno de una auténtica boda real, pero no era capaz de imaginárselo. Johanne Park era mujer de camisetas y vaqueros, y siempre llevaba el pelo recogido en una coleta. Estaba más cerca de la imagen de una quinceañera alocada que de la mujer que se iba a casar, en una ceremonia extremadamente formal, ante las dos familias y la mitad de Nueva Inglaterra.
- La señora Park se alejó con las damas de honor y Dorian miró el reloj. Aún no era tarde, pero tampoco faltaba mucho tiempo, y no entendía dónde se había metido su hermano.

- Caminó hacia la entrada principal de la catedral. Los seis hombres que habían contratado estaban llevando a los primeros invitados a sus asientos. Les preguntó por Dalton, pero ninguno lo había visto. Dorian miró hacia el pasillo central de la catedral y se quedó observando los arreglos florales que habían colocado alrededor del altar. Los etéreos sonidos del órgano llenaban el lugar. Se volvió hacia la puerta y vio que su padre caminaba hacia él. Parecía nervioso.
- -¿Es cierto que tu hermano no ha llegado aún?
- -Eso parece.
- El señor Barnes hizo un gesto de desagrado.
- -Se habrá retrasado por el tráfico. ¿Cómo es posible que haya semejante atasco un sábado por la tarde?
- -Estas cosas ocurren cuando uno se casa a unas cuantas manzanas de un estadio de fútbol, y en día de partido -bromeó Dorian para tranquilizar a su padre-. Aparecerá en cualquier momento, ya lo verás.
- -Eso espero -dijo el señor Barnes, moviendo la cabeza en gesto negativo-. Tu madre, que en paz descanse, lo habría traído hace dos horas.
- Dorian sonrió.
- -Desde luego. Lo tendría todo bajo control.
- -Quería mucho a Johanne, casi como si fuera su hija. Esta boda la habría hecho feliz.
- Dorian asintió, pero no quería hablar sobre su madre. Había estado pensando en ella todo el día. En los cinco

años que habían transcurrido desde su muerte, el señor Barnes se había casado con una mujer mas joven que él y había dejado el negocio; Dorian se había hecho cargo de Barnes CompWare, la empresa de informática de la familia; y Dalton se iba a casar con Johanne. Sus vidas habían cambiado mucho y ya no estaban tan unidos como antes.

- -¿Has hablado con Dalton? -preguntó su padre, de repente-. No se emborracharía demasiado en la despedida de soltero, ¿verdad?
- -No, no te preocupes. Hablé con él esta mañana. Estaba despierto y sobrio, y se estaba preparando para la boda.
- -No habrás vuelto a sugerir que retrasen la boda, ¿verdad?
- -Vamos, papá, no insistas con eso.
- -Lo siento, es que estoy algo nervioso. Es la primera vez que tengo que llevar a una hija al altar -explicó el señor Barnes-. Llegar tarde no es propio de él, aunque sé que aparecerá en cualquier momento. A fin de cuentas, no me ha dado un motivo de preocupación en toda su vida.
- Dalton pensó que su padre no habría podido decir lo mismo de él. Pero, a pesar de lo que acababa de decir, la tardanza de su hermano lo preocupaba.
  Por fortuna para él, en aquel momento se acercaron varios familiares y dejó de pensar en el asunto. Cuando el sacerdote, el señor Jhonson, le dio un golpecito en

el hombro, Dorian sintió cierta inquietud.
No parecía precisamente contento.

- -Tiene una llamada urgente, señor Barnes. Puede hablar en la sacristía -dijo en voz baja, haciéndole un gesto para que lo siguiera-. Creo que es su hermano.
- -No habrá sufrido un accidente, ¿verdad? -preguntó.
- Dorian siguió al sacerdote y miró a su padre. Por suerte, el señor Barnes estaba charlando con unos familiares y no se dio cuenta de nada.
  El clérigo negó con la cabeza.
- -No, creo que ése no es el problema -respondió.
- Dorian deseó que sólo se tratara de una rueda pinchada o de algún problema sin importancia.
  Cuando llegaron a la sacristía, el sacerdote lo dejó a solas y cerró la puerta. Dorian corrió a contestar la llamada…

- Malas noticias

- -Dalton, ¿dónde estás?
- -En casa.
- -¿En casa? ¿Se puede saber qué diablos ocurre? -preguntó, deseando equivocarse, aunque en el fondo ya lo sabía.
- -No puedo casarme, hermano. No puedo.
- -Debe ser una maldita broma.

- Escupió Dorian a su hermano en voz alta.
- -Tenías razón -continuó Dalton-. Somos demasiado jóvenes. Acabamos de salir de la universidad, y por si fuera poco, Johanne es la única novia que he tenido. No puedo casarme, Dorian. Acabo de cumplir veintiún años, no estoy listo.
- -Magnífico. Faltan diez minutos para que se inicie la ceremonia y decides no presentarte. Te advierto que ya han llegado todos los invitados y nuestro padre está algo ansioso.
- -Ayer, durante el ensayo de la boda, supe que no podía casarme -confesó Dalton-. Pero no sabía qué hacer para detenerla. Intenté convencerme de que sólo eran las típicas dudas de última hora, y que todo iría bien en cuanto llegara a la catedral. Pero me equivocaba.
- Dorian cerró los ojos. Empezaba a comprender por qué había bebido tanto durante la despedida de soltero, la noche anterior.
- -¿No pudiste decirme nada anoche?
- Su hermano gimió.
- -Estaba asustado. Además, no quería reconocer que, como siempre, tenías razón. Pero la tienes Dorian.
    - ¿Y qué hay de Johanne? ¿Cómo crees que le afectará esta locura tuya? ¿Es que no la amas?.
- -Sí, claro que la amo -respondió Dalton-. Pero no estoy seguro de querer casarme con ella. Ten en cuenta que

el matrimonio es un compromiso muy serio. Tú mismo me lo advertirte.

- -Dalton, yo no quería esto, te sugerí que atrasaras la boda, no que rompieras tu compromiso a última hora -dijo, deseando estrangular a su hermano-. ¿Estás completamente seguro de que no quieres casarte?
- -Completamente.
- -Entonces, será mejor que vengas ahora mismo y que hables con Johanne.
- -¿Cómo voy a decírselo? No me siento capaz de enfretarme a ella, ni a todos los demás.
- -Le debes una explicación.
- -No, no puedo. No importa lo que me digas, no iré.
- -¿Y quién diablos quieres que se lo diga? ¿Yo?
- -Sé que te estoy pidiendo mucho, pero Dorian, hazlo por mi.
- -¿Es que te has vuelto loco? No soy una de sus personas preferidas. Pensará que la culpa la tengo yo, que te he convencido para que rompas el compromiso. No lo voy a hacer. Me niego.
- -Por favor, Dorian…
- -Ven aquí ahora mismo o iré a tu casa y te sacaré a rastras si es necesario.
- -Olvídalo. Tú no tienes ni idea de lo que significa intentar vivir de acuerdo con las expectativas de otras personas. Ni lo sabes, ni te importa. Pero yo estoy

cansado de hacer siempre lo correcto, lo que esperan de mí.

- -Maldita sea, Dalton…
- -He escrito una carta a Johanne, explicándoselo todo. Hablaré con ella cuando regrese.
- -¿Cuándo regrese? ¿De dónde?
- -No lo sé, pero tengo que alejarme una temporada de aquí -respondió Dalton, en un murmullo-. Habla con Johanne, y dile que lo siento mucho. De verdad. Lo siento.
- Dalton cortó la comunicación en aquel momento. Pero Dorian estaba tan asombrado que permaneció unos segundos con el auricular en el oído. No sabía qué iba a decirle a Johanne, ni por dónde empezar.
- La sala en la que estaba la novia se encontraba delante de la sacristía. Dorian pudo oir varias voces de mujer y automáticamente sintió una profunda indignación. Hasta consideró la posibilidad de decirle a Johanne que tenía suerte de haber descubierto que Dalton era un canalla antes de casarse con él. Al fin y al cabo, tendría que sentirse aliviada por no casarse con un hombre que era capaz de dejarla plantada frente al altar.
  Pero, apesar de su enfado, no se atrevía a hablar con Johanne. Su hermano lo había puesto en un compromiso verdaderamente complicado.
  Cuando se atrevió a llamar a la puerta, abrió Victoria.
- -Por fin -dijo-. ¿Ya podemos empezar?

- Dorian entró en la habitación. La novia se encontraba en el centro de la pequeña estancia, entre su madre y varias invitadas, con un largo vestido blanco. Dorian carraspeo para llamar su atención, y Johanne se volvió hacia él.
  Dorian se quedó sin habla. Se sentía como si fuera la primera vez que veía a Johanne. No podía creer que aquella fuera la niña que seguía a Dalton a todas partes, en su infancia. La miró de los pies a la cabeza. Era una mujer muy atractiva. Llevaba un velo que cubría su cabello rubio, y su piel parecía brillar cuando sonrió. Estaba radiante.
  En aquel momento, habría sido capaz de asesinar a su hermano.
  Johanne se tocó la nariz, en un gesto de perplejidad muy típico en ella. Sus grandes ojos marrones se clavaron en él.
- -¿Por qué me miras de ese modo? -preguntó.
- Dorian tosió, incómodo. Tenía que darle una noticia terrible. Y era la persona menos adecuada para hacerlo.
- -Pues... tengo que hablar contigo.
- Johanne rió y tomó el ramo de flores que sostenía su madre.
- -Sea lo que sea, tendrá que esperar. Me voy a casar dentro de un minuto.
- -Johanne tengo que hablar contigo. A solas -insistió.

- Ella le clavó la mirada durante unos segundos que a Dorian le parecieron una eternidad. Casi podía oir los latidos de su corazón. Y en aquel momento, de repente, supuso que había adivinado lo que pasaba. La alegría de la Johanne Park que conocía de toda la vida desapareció. Lo sabía.
- -¿Dalton no va a venir?
- Dorian quiso explicar lo que sucedía pero no pudo. No encontraba las palabras adecuadas.
- -Lo siento, Johanne -acertó a decir-. Lo siento mucho.
- Las mujeres que lo rodeaban guardaron silencio.
- -¿Cómo es posible? ¿Por qué? - preguntó, angustiada.
- Dorian quiso acercarse a ella para animarla, pero Johanne retrocedió.
- -¿Te ha enviado para que me lo digas? -continuó.
- Los minutos siguientes fueron los más largos de la vida de Dorian. Le explicó todo lo que sabía y Johanne consiguió, de algún modo, mantener la calma. Pero, cuando salió de la habitación, la infortunada novia rompió a llorar. Dorian oyó sus sollozos, y supo que aquel recuerdo lo acompañaría hasta el fin de sus días.

- Encuentro inesperado
- Dorian estaba perdido. Y pensó que la culpa era exclusivamente suya. A fin de cuentas, había permitido

que la angustia de un anciano lo ablandara.
Sacudió la cabeza y pensó que Dorian Barnes nunca había sido un sentimental, hasta aquel momento. Pero había cometido un error y se encontraba a las afueras de un pueblo en el que no quería estar, buscando a una mujer a la que no había visto en cinco años.

- -A este paso tardaré cinco años más en localizarla -murmuró, mientras miraba a su alrededor.
- El empleado en la gasolinera le había indicado el camino que debía seguir, pero no lo encontraba. Disgustado, giró en redondo a la desierta carretera de provincias. Estaba perdido. Completamente perdido.
- Se las arregló para volver al centro de Golden, una localidad relativamente poco conocida de Massachusetts. Una vez allí, decidió pasar por delante de la gasolinera, sin detenerse, y probar suerte en el super mercado, con la esperanza de que le indicaran el camino correcto.
  El super mercado era tan pintoresco como el resto de los establecimientos de Golden. Dorian entró, tomó unas latas de refrescos y se dirigió a un hombre, de pelo canoso, que se encontraba junto a la caja registradora.
- -Estoy buscando una dirección -dijo, mientras sacaba dinero de la cartera-. El tipo de la gasolinera me ha indicado el camino, pero no he podido encontrarlo.
- -Habrá sido Edgar. Tiene la cabeza en las nubes -dijo el hombre, mientras cobraba los refrescos-. ¿A dónde quiere ir?

- -A la vieja carretera de Paget, a la casa de Johanne Park.
- -¿Está buscando a Johanne? Seguramente la encontrará en la tienda. Está muy cerca de aquí.
- -Lo he intentado pero está cerrada.
- -¿Cerrada? ¿Tan pronto? -preguntó.
- Dorian se sentía muy frustrado, pero no estaba dispuesto a perder el tiempo con más preguntas. Solo quería averiguar cómo estaba Johanne, tal y como había prometido, y volver tan pronto como fuera posible.
- Dorian decidió apuntar el trayecto que le indicó el cajero. Dejó atrás la biblioteca pública Arthur B. Paget y tomó la primera calle a la derecha. Varios kilómetros después de cruzar el puente de Golden Creek, llegó a la vieja carretera de Paget. Era una carretera estrecha y llena de curvas. De vez en cuando veía algún buzón rural, signo inequívoco de que había alguna residencia en los alrededores. Pero no podía ver las casas. Estaban ocultas detrás de la frondosa vegetación. Pocos metros antes de que terminara la polvorienta y aislada carretera, vió el buzón de la casa de Johanne Park. Detuvo el vehículo. Sentía curiosidad por saber por qué había elegido Johanne vivir en mitad de ninguna parte. Pero se dijo que ya no la conocía. No la había visto desde el desastroso día de la boda, cinco años atrás, aunque había pensado mucho en ella. Sospechaba que su visita iba a resultar bastante incómoda para los dos; no en vano, había sido portador de muy malas noticias el día de la boda

frustrada. Tuvo una intensa sensación de vacío en el estómago cuando tomó el camino que llevaba a la casa.

- -Debería haberlo pensado mejor -murmuró-. Es el último favor que hago a...
- Dorian no terminó la frase. En aquel momento, una niña apareció en mitad de la carretera y tuvo que frenar en seco para no atropellarla.
- -Maldita sea...
- Rápidamente, salió del vehículo. No estaba seguro de haber detenido el coche a tiempo. Creía que no la había golpeado, pero encontró a la niña en el suelo. El triciclo que conducía se encontraba a un par de metros, tumbado. Las ruedas aún se movían.
- -¿Te encuentras bien? -preguntó, preocupado.
- La niña, más sorprendida que asustada, asintió.
- -Sí, estoy bien.
- -¿Estás segura?
- Dorian la miró de arriba a abajo, para comprobar su estado. Al margen de unos cuantos arañazos en las rodillas, parecía que se encontraba bien.
- -Maldita sea, pequeña -dijo, más aliviado-, he estado a punto de atropellarte. ¿No debería vigilarte alguien? ¿Dónde están tus padres?
- La niña no contestó. Se limitó a morderse el labio inferior y a bajar la mirada, avergonzada. Se sentía

como si la hubieran sorprendido robando galletas de la cocina.
En aquel momento, Dorian recordó que muchos padres prohibían a sus hijos hablar con desconocidos.

- -Mira pequeña, sé que no deberías hablar con desconocidos, pero yo no…
- Antes de que pudiera terminar, la niña se levantó del suelo y salió corriendo. Dorian la llamó, pero no sirvió de nada. Además no quería asustarla. Así que regresó al interior del vehículo y pensó que aquel viaje no iba a tener fin. Estaba harto, y dispuesto a regresar de inmediato si Johanne no se encontraba en casa. Segundos después atisbó una casa entre los árboles. No tardó en encontarse en el vado de una enorme casa de campo. La niña estaba a pocos metros, y cuando lo vio, salió corriendo como si la persiguiera el mismísimo diablo.
- -Espera, niña -gritó Dorian, por la ventanilla-. Sólo vengo a ver a Johanne Park.
- -¡Gracie, Gracie! -gritó la niña.
- Una mujer de pelo blanco salió de la casa en aquel momento.
- -¿Qué ocurre, Stephanie? ¿Qué ha pasado?
- -¡Ese hombre, es ese hombre!
- La mujer miró hacia el coche de Dorian, que aparcó y se dirigió hacia ella.

- -¿Qué hace aquí? -Preguntó Gracie, sin demasiada amabilidad.
- -La niña se ha asustado sin motivo. Sólo estoy buscando a una amiga.
- -Pues lo siento. No creo que pueda ayudarlo.
- -El encargado del supermercado me ha dado esta dirección -explicó-. Y el buzón en la carretera dice que...
- -¡Gracie! -Exclamó la niña.
- La mujer no hizo caso a la pequeña.
- -Me temo que ha cometido un error -continuó, con un fuerte acento de Nueva Inglaterra-. Nadie me ha dicho que esperáramos una visita.
- -Gracie... -insistió la pequeña.
- -¿Se puede saber qué te pasa? -preguntó la mujer, mirando a la niña.
- -Que quiere ver a mamá -respondió.
- -No, no quiero ver a tu madre -dijo Dorian-. Es evidente que todo esto es un malentendido.
- -¿Entonces a quién está buscando? -preguntó Gracie.
- -A Johanne Park. Soy un viejo amigo suyo.
- La mujer lo miró con abierta desconfianza.
- -Si eso es cierto, debería saber que Johanne Park es la madre de la niña.

- Dorian volvió a mirar a la pequeña de rubias trenzas y grandes ojos marrones y comprendió que Gracie decía la verdad. Por segunda vez en cinco años, se quedó sin palabras.

- Después de tantos años...
- La golden retriever se frotó contra una pierna de Johanne mientras Gabriel, el veterinario, le daba la receta.
- -No tendrás que volver a vacunarlo hasta dentro de un año. Pero sigue con las pastillas -le aconsejó-. Jess te dio una caja, ¿verdad?
- -Sí -sonrió Johanne-. Ah, y gracias por haber cuidado de Taffy mientras estaba en el despacho de Harvey Kingston. Siento haber tardado más de lo que esperaba.
- -¿Has conseguido algo de él?
- -Mi querido casero sigue sin querer remodelar el edificio, y se niega en redondo a ampliar el aparcamiento. Dice que no les gustaría a los vecinos.
- -En eso tiene razón, Johanne.
- Johanne pensó que tal vez fuera cierto. El casero era el alcalde de la localidad, y tenía que pensar en todos los habitantes de Golden.
- -Si no puedo ampliar el local, siempre puedo alquilar el de Randlestown.

- -¿De verdad quieres cambiar de sitio la tienda?
- -Mi contrato dice que si quiero ampliar el local necesito el permiso del casero, así que no tendré otro remedio.
- El local de Randlestown se encontraba a treinta y cinco kilómetros de Golden y de su hija. Johanne había invertido mucho dinero en la tienda porque podía trabajar y vivir en la misma comunidad, y tener a mano a Stephanie. Había intentado hacer que Golden fuera su hogar, y el éxito de su tienda, *Bath and Body Essential Boutique*, la había convencido de que lo había logrado. Hasta aquel momento.
- -Johanne, tu niñera te llama por teléfono -dijo Jess, de repente-. Dice que es urgente.
- Johanne miró a Gabriel con preocupación antes de contestar la llamada.
- -Gracie, ¿le pasa algo a Stephanie? -preguntó.
- -Ahora sí -respondió la mujer-. Un hombre la ha seguido a casa y la ha asustado. He intentado librarme de él, pero dice que es un viejo amigo de Boston así que lo he dejado en el porche y he decidido llamarte.
- -¿Cómo se llama?
- -Se apellida Barnes.
- -¿Estás segura? -preguntó, sorprendida.
- -Sí, Dorian Barnes. Un hombre alto, de pelo oscuro y bastante atractivo -dijo Gracie-. La ropa que lleva parece bastante cara.

- Johanne sintió curiosidad. No sabía qué estaba haciendo en Golden.
- -Invítalo a entrar en la casa y dale algo de beber. Llegaré dentro de unos minutos.
- Johanne no salía de su asombro. Había perdido todo el contacto con Dorian desde los terribles días que siguieron a la boda frustrada. El acontecimiento fue tan traumático que las dos familias se separaron. Ni siquiera la muerte de Dalton, en un accidente de motocicleta, dos años antes, sirvió para que volvieran a unirse.
  A medida que se alejaba del pueblo, su nerviosismo se incrementó. Quería saber que estaba haciendo Dorian en su casa.
  Minutos después detuvo el coche junto al Mercedes que había aparcado en el vado. Pensó que era típico de él. Sus caros gustos eran una especie de testimonio del gran éxito que había cosechado al frente de CompWare, la empresa que su padre había creado veinte años atrás. Johanne sonrió para sus adentros y pensó que a Dorian siempre le había gustado ser rico. Y si lo que había leído en los periódicos de Boston era cierto, ahora era mucho más rico.
- Desató a Taffy, que salió corriendo hacia la casa. Gracie la esperaba en la puerta.
  Cuando entró a la casa, Johanne se asomó al salón con cuidado.
- -¿Dónde está? -preguntó.

- -En el patio, tomando un vaso de limonada. He mandado a Steph a su habitación, para que juegue un rato. He pensado que sería menos peligroso.
- -El señor Barnes no es un peligro para nadie, te lo aseguro. Nos conocemos desde pequeños.
- -Puede ser, pero no me ha gustado que apareciera aquí de ese modo. Ha dado un buen susto a la pequeña.
- -Sí, siempre pensé que era demasiado alocado -dijo Johanne, dándole una palmadita en el hombro a la mujer-. De todas formas, me alegro de que me hayas llamado a la veterinaria.
- -Si quieres, puedo quedarme hasta que se marche.
- -Gracias, pero te aseguro que no es peligroso. Además, llevas todo el día aquí.
- -Estoy algo cansada, es cierto, y tengo que dar de comer a mis gatos. Por cierto, al final he hecho el guiso que me pedía Steph. Solo tienes que calentarlo.
- Gracie recogió sus cosas y se puso el sombrero que siempre llevaba de mayo a septiembre.
  Johanne se despidió de Gracie y subió a comprobar que su hija estaba bien.
  Después, se dirigió a la cocina y se sirvió un vaso de limonada antes de ir a buscar a Dorian.
  Cuando salió de la casa, se sintió desfallecer.
  Enfrentarse a Dorian iba a ser mucho más difícil de lo había pensado.
  Le pareció extraño que la asaltaran tantos recuerdos

de repente. Y parecían tan vivos y tan reales que tuvo la impresión de que acababan de dejarla plantada en el altar el día anterior.

- Dorian se había sentado en una silla y parecía admirar la distante silueta de Summer Pond.
  Johanne se detuvo unos segundos y lo observó sin que él lo notara. Sólo llevaba un polo blanco y unos pantalones de color crema, pero estaba tan impecable como siempre. E igualmente atractivo.
  Johanne había estado secretamente enamorada de él hasta los quince años. Después, la marcha de Dorian a la universidad y los cinco años de diferencia de edad, lo hicieron inaccesible. Además Dorian cambiaba de novia una vez por semana y se pasaba la vida de fiesta en fiesta. Nunca le prestó atención.
- Pero no era momento para ponerse a pensar en el pasado, así que se encogió de hombros, respiró profundamente y caminó hacia él.
- -Hola, Dorian.
- -Hola... -murmuró él.
- Dorian se levantó de forma algo dubitativa. Pero sus ojos, de una tonalidad oscura, se clavaron ella.
- -Ha pasado mucho tiempo -añadió.
- -Has causado un gran revuelo.
- -Eso parece. Tu asistenta no me ha dejado entrar en la casa, ni si quiera después de hablar contigo -sonrió-. ¿Es que no recibes muchas visitas?

- -A nadie como tú, Dorian -respondió, con una sonrisa-. A nadie.
- La carcajada de Dorian redujo la tensión entre ellos.
- -Lo siento. La próxima vez llamaré por teléfono y así evitaremos problemas. Es obvio que no es una localidad muy abierta.
- -¿Golden? Te equivocas -dijo, mientras le hacía un gesto para que se sentara y tomara asiento a su lado-. Lo que pasa es que no has pasado mucho tiempo en localidades pequeñas.
- -Y ahora sé por qué -bromeó, mirando hacia la casa-. Debo confesarte que estoy impresionado. Con la casa y con tu tienda. Antes de venir he pasado por allí a buscarte.
- -Parece que te sorprende. ¿Es que no creías que sería capaz de labrarme un porvenir?
- -Al contrario -sonrió, con ironía-. Siempre pensé que eras mucho más fuerte de lo que la gente creía.
- -Gracias. Hace cinco años me habría venido muy bien que me apoyaras de ese modo.
- Johanne se arrepintió de haber sacado el tema. Lo había hecho sin pensarlo. No tenía intención de hablar sobre la boda.
- -Intenté hablar contigo después de aquello. Varias veces -dijo Dorian, con seriedad-. Pero no contestabas a mis llamadas.

- -Lo sé -dijo, mirando el vaso-. Fue una experiencia tan horrible para mí que no me sentía con fuerzas para hablar con nadie.
- En realidad, Dorian era la última persona con la que quería hablar en aquella época.
- Era un hombre independiente, que sabía lo que quería hacer en su vida, y Johanne pensaba que no entendería su dolor. Creía que no habría entendido su angustia, ni el dolor que había sentido cuando Dalton rechazó sus llamadas, meses más tarde.
- -Ha pasado mucho tiempo desde entonces -dijo Dorian.
- -En este momento no me lo parece.
- Cuando Johanne levantó la mirada, vio que la estaba observando. Nunca había notado la profundidad de sus ojos azules, y se estremeció ligeramente.
  Fue una sensación tan incómoda que Johanne sintió la necesidad de decir algo para romper la extraña intimidad de aquel silencio.
- -Nadie puede negar que has demostrado que eres capaz de cuidarte -dijo él.
- -No pretendía demostrar nada.
- -¿De verdad? -preguntó, arqueando una ceja.
- Johanne pensó que no había cambiado. Siempre había sido muy irónico.
- -¿Qué haces aquí, Dorian? Aún no me lo has dicho.

- -El fin de semana pasado me encontré con tu padre, en un partido de golf, en Hilton Head. Fue casual. No sabía que estuviera viviendo allí.
- -Cambió de casa cuando murió mi madre, el año pasado.
- -Eso me dijo.
- Johanne lo miró.
- -¿Y qué más te dijo?
- -No lo suficiente, por lo visto. Hay muchas cosas que no mencionó. Por ejemplo, que tienes una hija de cinco años.
- -Stephanie solo tiene cuatro.
- -Tampoco comentó que te habías casado.
- -Lógico, porque no me he casado -dijo ella.
- -Entonces, dime una cosa. ¿Cómo es posible que tu padre me rogara que viniera a verte y no me dijera ni una sola palabra sobre tu hija?
- -Tendría sus razones, no lo sé- respondió, apartando la mirada-. Si quieres saberlo tendrás que preguntárselo.
- -No, Johanne. No he venido hasta tan lejos para eso. Tendrás que decírmelo tú. ¿Es por mi hermano? ¿Dalton es el padre de Stephanie?
- Johanne miró a Dorian, pero no respondió.
- -¿Y bien? -insistió él.

- En aquel momento, Johanne oyó que alguien acababa de salir de la casa. Rogó que no fuera su hija, pero no sirvió de nada.
  Sin embargo, su mirada se llenó de ternura cuando vio a la niña que de aproximaba. El amor que sentía por ella había determinado todas las decisiones que había tomado, desde el nacimiento de la pequeña; y comprendió, en aquel instante, que estaba en juego algo mucho más importante que un secreto.
  Se equivocara o no, el amor que sentía hacia Stephanie era lo más importante de su vida; tan importante como para mentir.
- -No digas tonterías -dijo a Dorian, en un susurro-. Dalton no es su padre.

- Invitado especial
- Dorian miró a Johanne y la niña se sentó en el regazo de su madre.
  Sabía que no había dicho ninguna tontería. Johanne había mentido, y se lo habría hecho ver si la pequeña no hubiera estado presente.
- Stephanie era rubia y de ojos marrones, y parecía una réplica exacta de su madre. Sin embargo, observó con suma atención sus expresiones, su voz, su risa y sus movimientos y no fue capaz de notar ni un solo detalle que le recordara a Dalton.
  A pesar de ello, no estaba convencido.
  Johanne y Stephanie estuvieron charlando un rato

sobre la comida que había preparado la asistenta y sobre una perra que se llamaba Taffy, entre otras cosas.

- Dorian se sintió como si hubieran olvidado que estaba allí, y no le gustó demasiado. Quería respuestas, de modo que se inclinó sobre Johanne y dijo en voz baja, para que la niña no pudiera escucharlo:
- -Dame una razón para que te crea.
- La mujer lo miró y se frotó la nariz, con perplejidad. Aquel gesto bastó para que recordara a la Johanne Park que había conocido, a una Johanne muy diferente de la madre soltera e independiente que acababa de conocer en Golden.
- -Cariño -dijo Johanne, dirigiéndose a su hija-, ¿por qué no vas a jugar un rato con Taffy? Está deprimida. Ya sabes que ha estado en el veterinario esta tarde.
- -Pobre Taffy -dijo, mirando a la perra.
- -Seguro que le apetece correr un rato alrededor de la casa.
- -De acuerdo, mamá -declaró la pequeña, encantada-. La llevaré a correr un rato.
- La niña se marchó con la perra y Johanne rió.
- -Es una de las cosas que más le gusta hacer -explicó-. Llevar a Taffy a dar una vuelta.
- -Me alegro, pero sigo esperando.

- -Veo que no has cambiado nada. Sigues siendo muy desconfiado.
- -En este caso, sí.
- A pesar de lo que acababa de decir, Dorian no estaba seguro de nada. En realidad, parecía bastante extraño que Johanne hubiera tenido una hija de Dalton sin que nadie, en toda la familia, se enterara. En aquella época, los Barnes y los Park se movían en un círculo tan reducido que era difícil guardar ciertos secretos.
- Johanne suspiró.
- -Hablar sobre este asunto me resulta muy difícil. No puedes imaginar cómo me sentí cuando Dalton me dejó plantada en el altar.
- Dorian era perfectamente capaz de imaginarlo. No había olvidado el momento en que la joven novia dejó de sonreír y lo miró con angustia, cuando adivinó lo que había sucedido.
  Y no había perdonado a su hermano por haberla humillado y herido de aquel modo.
- -Estaba tan mal que mis padres me enviaron a hacer un viaje por todo el país con mi prima -continuó Johanne-. ¿Lo recuerdas?
- -Sí. La última vez que te llamé, tu madre me dijo que estabas de viaje y que no volverías en todo el verano. Pero a finales de verano tus padres vendieron la casa y se mudaron a Connecticut. Todo fue muy repentino.
- -Se mudaron porque yo estaba embarazada -dijo, bajando la vista.

- -¿Johanne?
- -Pero no de Dalton.
- -Entonces, ¿de quién?
- Johanne se ruborizó.
- -De un estudiante que conocí durante aquel viaje. De alguien que me prestó atención cuando más lo necesitaba.
- -Lo comprendo.
- -¿De verdad? -preguntó-. Cuando descubrí que estaba embarazada, él ya se había marchado.
- Dorian la miró, muy sorprendido. No podía creer que fuera cierto.
- -De modo que decidiste dar a luz de todas formas…
- -En efecto.
- -No sé qué decir, Johanne. Nadie sabía que…
- Johanne asintió.
- -Mis padres no querían que nadie lo supiera. Lo pasaron muy mal. Y con lo que había sucedido el día de la boda, ¿quién puede culparlos? Pensamos que sería mejor que empezara una nueva vida.
- Dorian la observó. La explicación parecía verosímil. Después de lo que había pasado, cabía dentro de lo posible que hubiera aceptado el cariño de otro hombre. Pero había algo que no encajaba.

- -Entonces, ¿por qué me ha pedido tu padre que viniera a verte?
- -Ah, sí, mi padre…-respondió cerrando los ojos durante unos segundos-. Mi padre aún no cree que lo haya superado, a pesar del tiempo que ha pasado. Además, siempre le ha incomodado que sea madre soltera. Eso podría explicar que no te dijera lo de Stephanie.
- -No sé. Tengo la impresión de que tu padre me ocultó algo.
- -Pobre papá. En el pasado, era mi madre la que siempre se preocupaba por mí. Pero, desde que murió…
- -¿Ahora es él quien se preocupa?
- -Sí. No es capaz de reconocer que las cosas me van bien.
- -Estaba muy angustiado, Johanne.
- -Ten en cuenta que no puede ver a Steph a menudo. Se mudó a Hilton Head, como ya sabes. Y aún no ha venido a visitarme. Pero estoy segura de que vendrá, más tarde o más temprano. Y entonces podrá comprobar, personalmente, que las cosas me van muy bien.
- Dorian empezaba a creerle.
  Minutos atrás, habría apostado su vida a que Dalton era el padre de Stephanie. Pero Johanne parecía mucho más lógica que la posibilidad de que hubiera

mantenido en secreto algo así durante tantos años. Sencillamente, no lo creía posible.

- -Y ese estudiante del que me has hablado… ¿no llegó a saber que estabas embarazada?
- -Intenté localizarlo, pero no lo conseguí. Estaba dispuesta a dar a luz de todas formas, pero lo intenté y lo intenté y…
- La voz de Johanne se quebró, así que Dorian se inclinó hacia adelante y la tomó de la mano. Su tristeza era tan evidente que las dudas de Dorian se disiparon. No tenía más remedio que creer lo que había dicho.
- -No pasa nada, Johanne.
- Johanne lo miró pensativa. Se había levantado una ligera brisa que mecía su cabello. Dorian recordó la última vez que la había mirado de aquel modo, vestida de blanco y en silencio. Tuvo que hacer un esfuerzo para olvidar el pasado y concentrarse en la mujer que estaba ante él.
- -¿Crees que soy más triste de lo que era entonces, Dorian? -preguntó Johanne, apartando la mano de él.
- Dorian negó con la cabeza.
- -Estás maravillosa. Y yo diría que mejor que nunca.
- Una sonrisa iluminó el rostro de Johanne.
- -Muchas gracias.
- Dorian hablaba en serio. El tiempo había refinado sus rasgos, y su expresión resultaba mucho más atractiva

que en su juventud.
Se echó hacia atrás en su asiento y contempló su cuerpo, también más sugerente. La joven algo mimada que había conocido había desaparecido para siempre; probablemente, había muerto el día de la boda que no se llegó a realizar. Johanne se había convertido en toda una mujer.

- -Mira, cuando vuelva a Boston, llamaré a tu padre y le diré que estás bien.
- -¡No hagas eso! -exclamó, de repente.
- -Pero Johanne, debo…
- -No te hará caso. Deja que me encargue yo.
- En aquel instante apareció la perra y empezó a frotarse sobre las piernas de Dorian.
- -¡Taffy! -protestó Johanne-. Estamos intentando acostumbrarla para que no haga eso.
- -No te preocupes, no me molesta.
- -¿Dónde estará Stephanie?
- La niña respondió de inmediato.
- -¡Estoy en mi casa, mamá!
- -¿En su casa? -preguntó Dorian.
- -Sí, en la casita del árbol -respondió, con una sonrisa-. Vamos a verla. Creo que te gustará.
- Dorian siguió a Johanne al otro lado de la casa, hasta que llegaron a un gran roble de enormes ramas. Entre

las ramas más bajas, que también eran las mas resistentes, había una pequeña plataforma de madera con una casita, pintada de blanco y azul. Se accedía por una pequeña escalera.

- -¿Te suena de algo? -preguntó Johanne.
- -Desde luego -respondió Dorian-. Es una réplica exacta.
- -Bueno, intenté que se pareciera a la original. Pero la hiciste tú, de modo que lo sabes mejor que nadie.
- -Ha pasado mucho tiempo desde entonces, Johanne.
- A los once o doce años, Dorian había empezado a interesarse en la carpintería. Y harto de hacer casas para pájaros y otros objetos, decidió construir una casa en una de los árboles que había en el jardín de los Park. Diseñó la casa, se ganó la admiración de Johanne, que entonces tenía seis años, y después se las arregló para que el señor Park le diera permiso de hacerla.
- Pero la imaginación de Dorian era mucho mayor que su habilidad como carpintero. Pasó varias semanas intentando construirla él solo, pero no lo consiguió. Al final, el señor Park y el padre de Dorian tuvieran que terminarla. Dorian ayudó a pintar la casita, pero su entusiasmo ya había desaparecido.
- -Me encantaba aquella casa - confesó Johanne-. Me gustaba tanto que quería que Steph tuviera una igual.
- -Hola, mamá -dijo Stephanie, desde lo alto-. ¿Vas a subir?

- Johanne miró a Dorian.
- -¿Quieres verla por dentro? Cabemos todos si nos agachamos un poco. No es la primera vez que sube un invitado.
- -Es cierto, Gabriel también subió, cuando vino a merendar -dijo la niña.
- -¿Gabriel?
- Era la segunda vez que oía aquel nombre y sintió curiosidad.
- -Sí, el amigo que me ayudó a construir la casa.
- La niña rió.
- -Él no te ayudó, mamá. Tú lo ayudaste a él.
- -Es cierto, es cierto. Pero la idea fue mía.
- Dorian había olvidado lo atractiva que era la sonrisa de Johanne. Al oírla, después de tanto tiempo, recordó su infancia y sintió nostalgia. Dalton estaba vivo entonces, y su padre gozaba de buena salud.
- -¿Dorian? -preguntó Johanne-. ¿Quieres subir?
- Dorian la miró. Aquella casita le recordaba muchas cosas, pero no le apetecía demasiado.
- -Creo que prefiero subir en otra ocasión, si no te importa.
- -No, por supuesto que no. Además, está bastante sucia y podrías mancharte. Y ahora que lo pienso, yo tampoco voy vestida adecuadamente.

- La niña los miró con evidente decepción. Dorian se sintió culpable. No estaba acostumbrado a tratar con niños y pensó que tal vez había sido poco sensible al rechazar la invitación de la pequeña.
  Miró a la niña, intentando encontrar alguna excusa para animarla, pero Stephanie ya se había olvidado del asunto.
- -Tengo hambre, mamá -dijo.
- Johanne miró el reloj.
- -Oh, vaya, es muy tarde. No me extraña que tengas hambre cariño. Menos mal que Gracie ha preparado la cena antes de marcharse.
- -Es verdad. Hay macarrones con tomate para cenar ¡bien! -exclamó la niña.
- Stephanie bajó del árbol a toda prisa.
- -Eh, baja más despacio -dijo su madre, antes de volverse hacia Dorian-. Le encanta la pasta.
- -Gracie debe de ser una cocinera excelente, para que demuestre tanto entusiasmo.
- -Lo es. Si quieres quedarte a cenar…
- -Gracie ha comprado helado, para el postre -intervino la niña-. Helado de chocolate.
- Dorian consideró las opciones que tenía. Quería regresar a Boston cuanto antes, pero el camino era largo y tedioso y, por si fuera poco, la niña lo estaba mirando con expectación. Por alguna razón, inexplicable para él, quería que se quedara a cenar.

- -Bueno, no me importaría comer algo antes de volver a Boston -dijo Dorian.
- -Entonces, ¿te vas a quedar? -preguntó Johanne sorprendida.
- -Si no es problema, claro está.
- -No, claro que no. Pero si te está esperando alguien…
- -Esta noche, no.
- -Mamá… ¿podemos utilizar la vajilla buena? -preguntó la niña-. ¿Y encender velas?
- Johanne rió y asintió.
- -A mi hija le encanta cenar en compañía. Ten en cuenta que esta zona puede resultar demasiado solitaria en ocasiones.
- Dorian las siguió al interior de la casa. Ya no le extrañaba que la niña quisiera que se quedara a cenar. La casa se encontraba en un lugar bastante aislado, a diez kilómetros de la localidad más cercana, y no había vecinos cerca. Stephanie era demasiado pequeña para ir al colegio, así que se quedaba en casa con una niñera. No le extrañaba que estuviera deseando hablar con gente. Pero Stephanie no le interesaba tanto como Johanne. A pesar del orgullo que sentía por la vida que llevaba, sospechaba que también estaba sola.

- Culpa

- —Debo reconocer que el helado de chocolate está muy bueno —dijo Dorian, cuando empezaron con los postres.
- Johanne estuvo a punto de reír al ver el gesto de sorpresa de Dorian. Era un helado mucho mejor que los de las tiendas.
- —Es helado casero. Lo hacen en Houghton Farms, y tiene tan buena fama que viene gente de todo el estado sólo para comprarlo.
- —Pero es caro —dijo Stephanie.
- —No hables con la boca llena, jovencita —dijo su madre.
- Johanne miró a Dorian, que tenía los ojos fijos en su helado de chocolate. Había estado encantador durante toda la velada. Pensó que, para un hombre de gustos tan refinados como él, los macarrones con tomate debían ser muy poco interesantes. Pero se lo había comido todo, sin ninguna queja.
  Sin embargo, había un detalle más sorprendente. Su hija era bastante reservada con los adultos, exceptuando a Gabriel. Pero se llevaba muy bien con Dorian a pesar de su problemático encuentro. Y, sorprendentemente, Dorian parecía sentirse cada vez más cómodo con ella.
- Empezaba a sentirse culpable por haber mentido sobre la concepción de Stephanie. Lo había hecho por el bien de su hija, pero ni siquiera estaba segura de que fuera lo más adecuado.
  Justo en aquel momento, alguien llamó a la puerta.

- —Johanne, ¿puedo pasar? —preguntó una voz de hombre.
- —¡Es Gabriel! —exclamó la niña.
- —¿El famoso señor Gabriel? —preguntó Dorian.
- La niña corrió a la puerta y llevó al recién llegado al salón.
  Gabriel miró la mesa en la que acababan de cenar antes de mirar a Dorian.
- —Parece que llego en un momento poco adecuado.
- —No, no te preocupes. Te presento a Dorian, un viejo amigo de la familia. Crecimos juntos —explicó Johanne —. Dorian, te presento a Gabriel, un buen amigo.
- —Es el doctor de Taffy —dijo la niña.
- —Y un constructor de casitas extraordinario — comentó Dorian, mientras estrechaba la mano de Gabriel.
- —Dorian es el vecino del que te hablé —dijo Johanne, mirando a Gabriel—. El que diseñó la casita del árbol.
- —¿Por qué no ha venido Jenny? —preguntó la pequeña.
- —Su madre ha preparado algo de cenar, y Jenny y Matt se han quedado con ella. Lo siento, cariño.
- —¿Jenny y Matt son tus hijos? —preguntó Dorian.
- —No, son los hijos de mi hermana. Pero los tres viven conmigo.

- —Ah, comprendo.
- —Qué lástima —dijo la pequeña—. A Jenny le encanta el helado de chocolate.
- —Y a Gabriel también, si no recuerdo mal —dijo Johanne, haciendo un gesto para que tomaran asiento.
- Dorian notó la familiaridad que existía entre Johanne y Gabriel. Además, la niña se sentía agusto con el veterinario.
- —Creo que tengo buenas noticias para tí —dijo Gabriel, mirando a Johanne —. Cabe la posibilidad de que puedas alquilar la vieja planta de empaquetado de manzanas.
- Meses atrás, Johanne había considerado la posibilidad de alquilar la planta para trasladar la tienda allí, pero era un local pequeño y bastante destartalado, así que había desestimado la idea. Sin embargo, las cosas habían cambiado desde entonces. Necesitaba un nuevo local, y tan rápidamente como le fuera posible.
- —¿Sólo la posibilidad?
- —Después de que habláramos esta tarde, estuve charlando con ciertas personas. Alguien mencionó la planta empaquetadora, y George Woodbury dijo que había recibido muchas quejas sobre el edificio. Hay gente que dice que está en muy mal estado y que supone un peligro, y están considerando la posibilidad de derribarlo.

- —Pues algunos no somos de la misma opinión —dijo Johanne—. Sospecho que quieren derribarlo para edificar chalets adosados.
- —Exacto. Y precisamente por eso, rehabilitar la planta empaquetadora sería una solución de compromiso. Pero el ayuntamiento tiene que dar el visto bueno al proyecto, como es lógico.
- —¿Crees que es posible, Gabriel? La gente de los alrededores no acepta de buen agrado los cambios.
- —Creo que se puede persuadir a cualquiera si se presenta un buen plan. Y varios vecinos respetados están dispuestos a proponer el proyecto al ayuntamiento.
- Era la mejor noticia que Johanne había escuchado en mucho tiempo. Empezaba a pensar que podría mantener su negocio en Golden, para estar cerca de su hija. Dorian se interesó por el tema, y Johanne se sorprendió pensando en las múltiples posibilidades que ofrecía la vieja planta. Oía la conversación de los dos hombres, pero no escuchaba lo que decían.
- —Johanne…
- —Oh, lo siento…
- —¿Estabas pensando en la planta? —preguntó Gabriel.
- —Sí, ¿Qué estaban diciendo?
- —Gabriel ha propuesto que demos un paseo a Summer Pond —respondió Dorian—. Me gustaría estirar un poco las piernas antes de volver a Boston.

- —¿Puedo ir, mamá? ¿puedo ir? —preguntó la niña.
- —Creo que podríamos ir todos —dijo Gabriel.
- Johanne pensó que había llegado la oportunidad que esperaba. Si salían a pasear tendría la ocación perfecta para hablar con su padre, antes de que lo hiciera Dorian. Y necesitaba estar a solas para hablar con él.
- —¿Por qué no se adelantan ustedes mientras yo recojo las cosas de la mesa? —preguntó.
- Minutos más tarde los acompañó a la salida y se despidió de ellos. En cuanto desaparecieron de la vista, Johanne llamó por teléfono a su padre…
- —¿Cómo has podido enviar a Dorian a mi casa? ¿por qué lo has hecho? —preguntó, sin mas preámbulos.
- —¿Ha ido a verte? —preguntó, sorprendido—. No estaba seguro de que lo hiciera.
- —Pues lo ha hecho. Y sigue en mi casa por cierto. Ha aparecido sin llamar, ha visto a Stephanie y…
- —¿Se lo has dicho?
- —¡No!
- —¿No? Pero cariño… los Barnes tienen derecho a saberlo.
- —¿Por qué? Hace años que convenimos que no lo sabrían nunca. Se lo prometiste a mamá.
- —En contra de mi opinión. Y bajo las circunstancias actuales, me arrepiento más que nunca de habérselo prometido.

- —No entiendo lo que quieres decir.
- —¿Dorian no te ha dicho nada sobre su padre?
- —No, no ha dicho nada —respondió—. ¿Qué ocurre?
- —Al parecer sufrió un ataque al corazón y tuvieron que operarlo. Ha estado muy enfermo. Dorian había ido a visitarlo a Florida cuando me encontré con él en Hilton Head.
- —Pero va a ponerse bien, ¿verdad?
- Siempre había apreciado al padre de Dorian. En realidad, era como un segundo padre para ella.
- —Está mejor, y Dorian dice que los médicos son optimistas.
- —Menos mal.
- —Pero ha estado a punto de morir, cariño. Y si hubiera muerto, no habría llegado a saber que su difunto hijo era el padre de Stephanie. No habría sabido que es abuelo, y es algo que no puedo soportar. El señor Barnes fue uno de mis mejores amigos.
- —Oh, papá…
- —Sabes de sobra que yo no quería que mantuvieras el secreto. Mucho menos después de la muerte de Dalton. Pero estabas tan angustiada, y tu madre se empeñó tanto en que…
- —¿Por eso has enviado a Dorian?
- —Sí, si yo estuviera en tu lugar, le diría la verdad. Pero no lo estoy, y tu madre y tú dejaron bien claro, hace

años, que mi opinión no cuenta nada en este asunto, así que no puedo decírselo. Tienes que contárselo, Johanne. Tienes que decírselo para que pueda contárselo a su padre. Por favor, Johanne, hazlo antes de que sea demasiado tarde…

- Cuando colgó el teléfono, Johanne estaba temblando. Ahora sabía que había sido una ingenua al pensar que podía mantener la existencia de Stephanie en secreto, y que había cometido un terrible error.
- Se sentó en una silla de la cocina y miró por la ventana. La noticia de la enfermedad del señor Barnes la había sumido en una profunda tristeza. Dorian no le había dicho nada. Si se lo hubiera dicho, tal vez no habría mentido.
- En aquel instante notó que el cielo se había oscurecido, y vio un rayo a lo lejos. Imaginó que la cercanía de la tormenta haría que renunciaran al paseo, y que volverían en cualquier instante. Johanne sabía que tenía que hablar con Dorian antes de que se marchara. Después de cinco años había llegado el momento de decir la verdad, por doloroso que pudiera resultar.
- No pasó mucho tiempo antes de que Dorian, Gabriel y la niña, regresaran.
- —¡Mamá! —exclamó la pequeña cuando entró a la casa—. ¡Hay una tormenta!
- Dorian y Gabriel aparecieron de inmediato.

- —Ha sido bastante inesperado —comentó Gabriel, mirando por la ventana—. Creo que va a ser una buena tormenta.
- —No me gustan los truenos —dijo la niña.
- —En fin, será mejor que me vaya a casa —dijo Gabriel—. A mis sobrinos tampoco les gustan las tormentas.
- —Yo también me voy Johanne —dijo Dorian—. Seguiré a Gabriel y así no me perderé.
- —No puedes marcharte Dorian —declaró.
- —¿Cómo? Me espera un largo viaje, y la tormenta…
- —Precisamente por eso, sería mejor esperar a que amaine.
- —Ya me he quedado más tiempo del que había previsto.
- —Por favor, Dorian, necesito hablar contigo.
- Dorian se encogió de hombros, resignado.
- —Está bien, me quedaré. Pero solo un rato.
- Acompañaron a Gabriel a la puerta y se despidieron de él. Para entonces, la pequeña se había quedado dormida en los brazos de su madre.
- —Y bien, ¿de qué querías hablarme? —preguntó Dorian.

- —Será mejor que la lleve a la cama —dijo Johanne—. No tardaré mucho. Está tan cansada que ni si quiera notará los truenos.
- Dorian suspiró, se apoyó en el marco de la puerta y se dispuso a esperar.
- Johanne llevó a la pequeña a su dormitorio y empezó a cambiarla.
- Había mentido porque creía que era lo mejor para ella, pero se había equivocado. Quería protegerla, pero el señor Barnes no suponía ningún peligro. Mas bien al contrario. Stephanie ganaría otro abuelo, y muy cariñoso, cuando lo supiera.
- En cuanto a Dorian, tampoco tenía nada que temer. Se llevaba bien con su hija, pero había notado que no le gustaban demasiado los niños. Cuando se supiera la verdad pasaría a ser su tío, pero mantendrían una relación mínima.
- Metió a la niña en la cama y la besó en la mejilla. La tormenta se estaba alejando. Entonces, respiró profundamente y salió de la habitación, dispuesta a hablar con Dorian.

- Nostalgia y Sentimientos
- Lo encontró de pie, junto a una de las ventanas del salón, contemplando la noche. Dorian se volvió cuando oyó sus pisadas sobre el entarimado.

- –Se ha vuelto a levantar el viento. Creo que tendremos otra tormenta –comentó.
- Ahora que se encontraba con él la valentía de Johanne desapareció.
- –Johanne… me gustaría salir de aquí esta noche –continuó.
- Johanne pudo oír el sonido del viento que golpeaba contra las ventanas. Asintió e hizo un gesto a Dorian para que tomara asiento en el sofá.
- –Mientras estabas fuera llamé a mi padre –explicó ella, cuando se sentaron– y me contó lo de tu padre. ¿Por qué no me lo habías dicho?
- –Tenía intensión de hacerlo. Pero cuando llegué y me encontré con la sorpresa de Stephanie, lo olvidé.
- Dorian la miró y la tomó de la mano.
  El corazón de Johanne empezó a latir más de prisa. Se sentía atrapada bajo la atenta mirada de aquellos ojos profundos. Sabía que estaba diciendo la verdad, pero el contacto físico la dejó sin habla.
- –¿Johanne? Sabes que no sería capaz de ocultarte algo así.
- –Lo sé. Pero cuando mi padre me lo dijo, me sorprendió mucho. Ha sido tan inesperado…
- Dorian suspiró y se recostó en el sofá.
- –Ha sido un día lleno de cosas inesperadas.

- En aquel instante, un rayo iluminó la habitación. De inmediato oyeron un trueno. Johanne se levantó.
- –La tormenta está muy cerca. Será mejor que vaya a comprobar cómo se encuentra mi niña.
- Justo entonces, la luz eléctrica parpadeó y se quedaron a oscuras.
  Dorian maldijo en voz baja y también se levantó.
- –Espero que tengas una linterna por aquí.
- –Sí, en la cocina. Voy a buscarla.
- Johanne se dirigió a la cocina. Acababa de llegar cuando notó un resplandor que procedía del comedor.
- –Esto está mejor –dijo Dorian, que acababa de encender la vela que habían puesto para cenar–. Por suerte has dejado los fósforos sobre la mesa.
- Acto seguido se dirigió a la cocina para que Johanne pudiera ver. No tardó en encontrar una linterna, y se sintió muy aliviada al comprobar que las pilas no estaban gastadas. Junto a la linterna había varias velas, que entregó a Dorian.
- –Puedes ponerlas en el candelabro. Voy arriba, a ver a Stephanie.
- Johanne corrió al dormitorio de la pequeña. Pero Stephanie estaba durmiendo, ajena a la tormenta. Cuando la miró, Johanne sintió cierta envidia de su paz y tranquilidad. Pero en seguida se preocupó. El mundo de Stephanie iba a cambiar cuando su tío y su abuelo supieran la verdad.

Empezaba a sentirse insegura, de modo que intentó rehacerse y se dijo que le diría la verdad a Dorian, fueran cuales fueran las consecuencias.

- –¿Se encuentra bien? –preguntó él, cuando Johanne regresó a la cocina.
- –Está profundamente dormida.
- –Los niños son así –dijo él, sacudiendo la cabeza.
- Johanne no sabía si había pretendido hacer un comentario positivo. Dorian siempre había sido bastante irónico. De hecho, muchas veces no sabía qué quería decir.
  En aquel instante sonó el teléfono.
- –Vaya, es mi teléfono móvil –dijo ella–. Lo tengo en el bolso.
- Johanne iluminó el pasillo con la linterna, tomó el bolso y contestó la llamada. Para su sopresa, era Gabriel; pero la conversación fué bastante corta.
- –Era Gabriel –explicó ella.
- –¿Ha llamado para saber si te encontrabas bien?
- –No, en realidad no. Ha llamado para saber si seguías aquí.
- –¿Por qué quería saberlo?
- –Porque un rayo ha derribado un par de pinos cerca del puente del río y la carretera está bloqueada.
- –Oh, no… No me digas que esa carretera es el único camino.

- –Me temo que sí. Gabriel dice que no se podrá utilizar hasta mañana por la mañana.
- Dorian gimió y se apoyó sobre la puerta.
- –Bueno, es un final acorde con el día, ¿no te parece?
- –Lo siento mucho Dorian, si no te hubiera pedido que te quedaras…
- –Olvídalo, Johanne. Ni si quiera yo sería capaz de responsabilizarte por los caprichos de la naturaleza. Pero tendrás que darme alojamiento esta noche.
- –Hay un sofá cama en el despacho. Espero que no te importe dormir en él.
- –Nunca he dormido en uno.
- –Siempre hay una primera vez para todo. En fin, voy a hacerte la cama.
- Johanne quiso marcharse, pero Dorian la detuvo tomándola de la muñeca.
- –Oye, ni si quiera son las nueve. No sé qué costumbres tienes tú, pero yo no suelo acostarme a estas horas.
- Johanne lo miró con incredulidad, y Dorian rió.
- –Ya, ya lo sé, parece que este día no va a terminar nunca –continuó él.
- Johanne también rió.
- –De acuerdo, no haré la cama todavía. Pero puedes usar mi teléfono móvil si quieres hacer una llamada.

Supongo que tendrás que llamar a tu despacho para que sepan dónde te encuentras.

- –Ya no tengo despacho.
- –¿Cómo? Ah, es cierto… Ahora recuerdo que has vendido CompWare.
- Dorian no dijo nada.
- –Bueno… ¿qué te parece si abro una botella de vino, nos sentamos un rato y nos relajamos? –preguntó ella–. Además, aún tienes que contarme lo de tu padre.
- Johanne iluminó el camino de la cocina con la linterna. Él no le había contado lo de su padre, pero ella aún tenía que decirle la verdad sobre Stephanie.
- Las velas que habían colocado sobre la mesita iluminaban el salón mientras Dorian y Johanne saboreaban el vino tinto. Los rayos y truenos habían cesado, pero la lluvia golpeaba las ventanas. Dorian apoyó los pies en la mesita y le explicó los detalles sobre el infarto de su padre y la operación.
- –Me alegra saber que se encuentra mejor –dijo ella.
- –Sí, aunque estuvo a punto de morirse. Aún tiene una larga recuperación por delante, y tiene que ser muy cuidadoso con lo que hace. Pero Rachel cuida de él.
- Johanne recordaba perfectamente a la segunda esposa del señor Barnes, una mujer a la que apreciaba mucho.
- –Menos mal que cuenta con ella.

- –Sí, tiene suerte. Su presencia siempre ha sido muy importante para él, sobre todo desde la muerte de Dalton.
- –También te tiene a ti, Dorian.
- –Yo no puedo animarlo demasiado. Y tú deberías entenderlo mejor que nadie.
- Johanne sabía que Dorian y su padre se habían llevado bastante mal durante varios años. Dorian había sido un adolescente muy problemático y rebelde, y su padre se pasaba la vida sacándolo de todo tipo de problemas. Tras la muerte de la señora Barnes la relación de los dos hombres había empeorado. No empezó a mejorar hasta que Dorian se puso a trabajar en CompWare.
- –Supuse que la muerte de Dalton los habría unido.
- –Tendría que haber sido así. A fin de cuentas sólo quedamos él y yo.
- Johanne se inclinó sobre él y tomó su mano. Sentía un intenso dolor por todo lo que había sucedido en el pasado.
  Dorian apartó la mano y se levantó del sofá.
- –No me lo pongas más difícil, Johanne.
- –Lo siento, no era mi intención.
- –Yo también lo siento, no pretendía ser brusco contigo. Hablar sobre la enfermedad de mi padre me resulta muy difícil, especialmente después de lo que ha sucedido en la empresa. No se puede decir que estuviera de acuerdo con la venta.

- –Me sorprendió mucho que te hicieras cargo de la empresa hace años sin protestar. Dalton bromeaba diciendo que fue un cambio de dirección tan fluido como la sucesión de un trono.
- –¿De verdad? –preguntó, sonriendo– El mundo de los negocios se ha complicado mucho en los últimos años. No queda más remedio que estar a la altura de las circunstancias.
- –De todas formas, supongo que vender CompWare no te ha alegrado en absoluto.
- –No, claro que no. Mi padre y yo discutimos por ello. Él quería que siguiéramos al frente de la empresa, pero la decisión era mía y no tuve otro remedio. Yo tampoco quería hacerlo, pero la vendí. Eso es todo.
- Dorian la miró con una tristeza tan intensa que Johanne adivinó que no le había contado todo. Sospechaba que se arrepentía de lo que había hecho, y que se sentía culpable, sobre todo por su padre. Por primera vez, empezó a comprender que Dorian podía sentirse tan indefenso como cualquier otra persona.
- –¿Y qué piensas hacer ahora que eres libre? ¿Viajar? –preguntó, para cambiar la conversación.
- –Es una posibilidad. Pero no me marcharé hasta que mi padre se recupere. Las próximas semanas van a ser cruciales para él. Además, viajar por viajar no me apetece demasiado. Quiero volver al trabajo.
    - ¿Tienes alguna idea?
- Dorian sonrió.

- –Ojalá. De repente tengo todo el tiempo del mundo, y más dinero del que puedo gastar.
- –Oh, vamos, seguro que tienes alguna idea.
- –Sí, en realidad tengo unas cuantas. Y he recibido varias sugerencias de posibles socios –dijo, mientras tomaba la botella de vino–. ¿Te sirvo otra, copa?
- Johanne negó con la cabeza.
- –Hay varias posibilidades interesantes–continuó–, pero ninguna me atrae demasiado. La sombra de CompWare pesa mucho sobre mí.
- Johanne lo observó con detenimiento. Era más atractivo de lo que recordaba. Irradiaba confianza, pero su rostro no resultaba demasiado frío. Era alto, piel blanca, atractivo y rico, lo que en otras épocas se habría llamado un buen partido. Pero una simple mirada a sus ojos profundos le bastó para comprender que estaba desesperado. Normalmente no se dejaba llevar por sus sentimientos, pero aquel había sido un día tan largo, y tan fuera de lo normal, que se había dejado llevar por los recuerdos. Al fin y al cabo, a ella le había ocurrido lo mismo.
  Se dijo que no era el momento más adecuado para decir la verdad sobre su hija. Los dos estaban demasiado cansados y demasiado tristes, y supuso que no estaban preparados para charlar sobre el asunto. Pero no sintió ningún alivio al posponer lo inevitable. Dalton era el padre de Stephanie y tenía que contárselo a Dorian.
  No obstante esperar a la mañana le pareció lo más

adecuado. A primera hora, cuando hubieran descansado le contaría la verdad.

- Paseo solitario

- Dorian maldijo en voz baja mientras intentaba encontrar una postura más cómoda en el pequeño colchón.
  Pensó que los sofá cama estaban especialmente diseñados para que nadie pudiera dormir.

- Había pasado la mayor parte de la noche mirando el techo, pensando los acontecimientos del día anterior y en lo cambiada que estaba Johanne.
  Estaba cansado de dar vueltas, de modo que se incorporó y subió la persiana para mirar al exterior.
  Ya había amanecido, pero el cielo estaba cubierto.
  Decidió salir a dar un paseo para estirar las piernas, así que se duchó y se lavó los dientes con un cepillo que Johanne le había prestado.
  Necesitaba un buen afeitado y entonces recordó que llevaba todo lo necesario en el maletero del coche.
  Salió de la casa y se apoyó en su vehículo.
  La primavera ya había llegado, y permaneció unos segundos admirando las flores y la vegetación de la zona.
  Era una visión muy agradable, particularmente tras la tormenta de la noche anterior.
  Pero no podía imaginarse viviendo en aquel sitio.
  Prefería la vista del puerto de Boston desde el rascacielos en el que vivía.

De repente, deseó salir a dar un paseo en coche. Conducir le apasionaba, y le apetecía dar una vuelta por las carreteras de la zona. De modo que subió al coche, bajó las ventanillas y quitó la capota. Pensó que podía acercarse a Golden Creek para ver si ya habían retirado los árboles y estar de vuelta antes de que Johanne lo notara.

- Cuando llegó al puente sobre el río, ya habían retirado los árboles, y la carretera estaba completamente despejada.
  Un solitario trabajador estaba arrojando los restos a la parte trasera de una camioneta.
  Dorian se detuvo junto a él y le comentó que le sorprendía que hubieran limpiado la carretera en tan poco tiempo.
- –Ha sido un trabajo muy duro – dijo el hombre, mientras admiraba el coche de Dorian–. Pero los árboles cayeron en la carretera, no en el puente, así que no hemos tardado mucho en retirarlos. Ahora estoy limpiando un poco, los demás se han ido a la zona del lago. Al parecer la tormenta causó un pequeño desastre.
- –Entonces, ¿el puente es seguro?
- –Claro. Puede continuar si quiere.
- Dorian miró el reloj.
- –¿Hay algún un lugar donde pueda tomar café?
- –La cafetería del supermercado abre a las siete. Y el café es bastante bueno –respondió.

- Cuando llegó a la cafetería, pidió una taza de café y se sentó. A escasa distancia había cuatro ancianos, charlando.
- En cierto momento, la mención de Gabriel llamó su atención. Poco después se dio cuenta de que estaban hablando sobre la empaquetadora de manzanas que quería alquilar Johanne.
- –Está cayéndose a trozos. Deberían derribarla.
- –Sí, claro, y de ese modo tendrán terreno para edificar. ¿Qué crees que pasaría si la derriban?
- –Bueno… la gente de ciudad está deseando venir a vivir al campo. Seguro que algún tipo con mucho dinero levantaría una gran mansión sólo para decir que vive en el campo.
- –No seas ingenuo. Con toda probabilidad, algún constructor se encargaría de levantar más horribles adosados. Tiempo al tiempo, ya lo verás.
- Los hombres siguieron discutiendo, ajenos al interés que habían despertado en Dorian.
  El forastero estaba realmente asombrado; estaban discutiendo sobre los detalles que había mencionado Gabriel la noche anterior en casa de Johanne. Las noticias viajaban muy deprisa en aquella localidad. Aquel edificio despertaba mucho interés en la gente. No sólo entre los hombres que estaban en el supermercado, sino también en Johanne.
- Cuando volvió a subir a su coche, pensó que podía echar un vistazo al edificio.

Pero antes se detuvo en la gasolinera, para llenar el depósito.
Edgar, el tipo con el que había charlado el día anterior, no estaba.
Fue todo una suerte, porque su sustituto le dio la dirección de la empaquetadora con absoluta claridad.

- La vieja empaquetadora de manzana se encontraba a un kilómetro del centro de la localidad. Era un edificio de una sola planta, de techo plano, con aspecto de llevar varios años abandonado. Se encontraba casi oculto entre la crecida vegetación de los alrededores. Dorian salió del coche y echó un vistazo. El edificio estaba en muy mal estado. En realidad, sólo había dos cosas buenas en aquel lugar: su proximidad al centro y un aparcamiento bastante grande.

- Minutos después volvió a su vehículo. Se había hecho tarde y pensó que era posible que Johanne ya se hubiera levantado.
Preocupado por tal posibilidad, se dijo que podía llamar por teléfono. Pero no sabía su número. No tuvo más remedio que volver a la casa a toda prisa. Cuando llegó, vio que el viejo sedán de Gracie se encontraba en el vado.

- –Oh, no… –murmuró.

- La asistenta le recibió en la puerta.

- –Vaya, es usted. Pensábamos que se había marchado.

- –Mi madre se ha enfadado mucho –dijo Stephanie, que se había acercado a la entrada.

- –He ido a dar un paseo y he perdido la noción del tiempo –dijo, intentado explicarse–. ¿Johanne se ha marchado ya?
- –Sí. Los sábados abre la tienda a primera hora. Es el día más complicado de la semana.
- –Es que muchas personas cobran el viernes –explicó la niña.
- –Iré a verla en cuanto me haya afeitado. Aunque tal vez debería llamar antes, para contarle lo que ha pasado.
- Gracie frunció el seño.
- –No se moleste, yo la llamaré.
  Usted vaya afeitarse.
- Dorian se dirigió al cuarto de baño del primer piso, pensando que cuanto antes se marchara de allí, mejor. Resultaba evidente que la niñera no lo apreciaba, así que empezó afeitarse a toda prisa.
- –¿No duele?
- La inesperada pregunta desconcentró a Dorian lo suficiente como para que se cortara con la maquinilla.
- –¡Maldita sea!
- –¡Has vuelto a maldecir!
- Dorian tomó un pedazo de papel higiénico y lo apretó contra la herida.
- –No vuelvas a espiar a un hombre que lleva una maquinilla de afeitar en la mano.

- –No estaba espiando. La puerta estaba abierta. ¿Puedo ver tu maquinilla de afeitar? –preguntó la pequeña.
- Dorian suspiró y le enseñó la maquinilla.
- –Mi mamá tiene una igual para las piernas. Pero la suya es de color rosa ¿es porque es una chica?
- –Puede ser.
- –¿Qué llevas en la cara?
- –Crema de afeitar. Es una especie de jabón.
- –Mi madre tiene muchas cosas como esa en la tienda. Pero huelen mejor que esa crema.
- Cuando terminó de afeitarse, fue a buscar a Gracie y la niña lo siguió. La asistente estaba en la cocina, preparando unos croissants.
- –Me voy –dijo Dorian–. Gracias por todo.
- –Espere un momento señor Barnes. ¿Quién se va a comer todo esto?
- –¿Son para mí?
- –¿Para quién si no? Johanne ha insistido en que tome un desayuno decente antes de marcharse.
- Dorian sabía que Gracie estaba enfadada con él por lo sucedido el día anterior. Sabía que lo más probable era que no se volverían a ver, pero a pesar de todo quiso hacer algo para congraciarse con ella. Además, olía muy bien y tenía hambre, así que se sentó a la mesa. Stephanie se sentó a su lado mientras Gracie servía el desayuno.

- –Tú ya has desayunado, cariño –dijo Gracie.
- –Sólo voy a mirar.
- La niña fue fiel a su palabra, hasta el punto que Dorian se empezó a sentir realmente incómodo. Como no apartaba los ojos de él, Dorian dejó el tenedor a un lado y le ofreció un poco.
- –¿Quieres un croissant?
- Stephanie lanzó una mirada furtiva al ama de llaves.
- –No te preocupes por ella –dijo Dorian, en voz baja–. ¿Qué te parece? ¿Quieres uno?
- –Sí –respondió, en un susurro.
- Dorian tomó un plato limpio del escurridor y sirvió a la niña uno de los croissants de la fuente. Mientras comían en silencio, volvió a sorprenderse por lo mucho que Stephanie se parecía a su madre.
  La miró comer con avidez, contento de que no tuviera los melindres propios de algunas niñas. Pensó, con una sonrisa, que era igual que Johanne de pequeña.
  Cuando terminaron de desayunar, Dorian anunció que tenía que marcharse.
- –¿Cuándo vas a volver?
- –¿Cómo?
- La mirada ansiosa de la pequeña lo estremeció. No tenía intención de volver nunca, pero no se sentía capaz de confesárselo.

- –¿Vas a venir mañana? –preguntó Stephanie–. Mi madre va a estar todo el día en casa.
- Dorian sintió que se le quedaba la mente en blanco. Por algún motivo, la niña se había encariñado con él, y no sabía muy bien qué hacer. Sin embargo, tenía que contestar algo.
- –Es que vivo muy lejos de aquí, al otro lado del estado –le explicó–. No puedo ir y venir todos los días.
- –Ah.
- Stephanie se quedó mirando la mesa, y de repente, su rostro se iluminó.
- –Entonces, ¿puedes venir pasado mañana?
- –Creo que no.
- La sonrisa de Stephanie desapareció y Dorian no supo qué decir. No quería mentir a la niña, pero tampoco podía decirle la verdad a la cara.
- –No lo sé, cariño –le dijo al fin.
- Stephanie asintió, con evidente decepción. Dorian casi esperaba que se pusiera a llorar.
  Se sentía un monstruo. Sin embargo no podía haber dicho ni hecho nada más. No entendía cómo había acabado en aquella postura. Todo se le había salido de las manos.
- Había ido a Golden para hacer un favor a un viejo amigo, y las cosas se complicaban por momentos. Tenía que marcharse de allí cuanto antes.

- Stephanie lo siguió mientras recogía las cosas y se despedía de Gracie, pero no habló mucho, ni siquiera cuando Dorian le dijo adiós en el porche.
  Cuando puso en marcha el motor, la niña seguía allí, mirándolo.
  Parecía muy pequeña y solitaria. No le gustaba la idea de separarse de ella. Pero aquello era una locura; apenas la conocía.
  Antes de alejarse, bajó la ventanilla y se despidió con la mano. Para su sorpresa, vio que la cara de Stephanie volvía a iluminarse mientras agitaba las dos manos.
  Pero aquello hizo que se sintiera peor aún.
- –Esto es ridículo –murmuró, mirándola por última vez desde el retrovisor.
- Llegó a la conclusión de que su reacción se debía a la falta de sueño. Cuando pasara la noche en su propia cama, recuperaría el sentido común.
  Así que tenía que salir de aquel pueblo cuanto antes.

- Discusión y Despedida
- Johanne vio que Dorian aparcaba delante de la tienda mientras enseñaba una nueva línea de productos para el pelo a las gemelas Sanderson.
  Eran dos de sus mejores clientes. No les faltaba el trabajo, y todos los sábados por la mañana se presentaban en la tienda con las ganancias del día anterior. Aquella vez estaban probando y oliendo todos los productos posibles.
  Pero ahora que Dorian había llegado, deseó que las

gemelas tomaran alguna decisión rápidamente. Para colmo de males, la mujer que la ayudaba los sábados había llamado para decirle que estaba enferma, dejándola sola al frente del negocio.

- Necesitaría un momento a solas para explicarle a Dorian que Dalton era el padre de Stephanie. La culpa la había mantenido en vela casi toda la noche, pero al ver por la mañana que había desaparecido, no pudo hablar con él. Ahora tendría que arreglárselas para decírselo en la tienda. Y tenía que hacerlo antes de que llegara la camioneta que todos los sábados acercaba al pueblo a los ancianos de la residencia a hacer las compras semanales.
- El móvil de la entrada anunció la llegada de Dorian. Johanne se apartó de las jóvenes y lo miró a los ojos.
- -Hola -dijo Dorian.
- También él parecía cansado.
- -Ahora mismo estoy contigo -le prometió Johanne-. Bueno, ¿han decidido lo que quieren? -añadió, dirigiéndose a las gemelas.
- Las chicas no contestaron. Por lo visto, Dorian les parecía mucho más interesante que el champú de hierbas.
  Nerviosa, Johanne las distrajo con unas muestras gratuitas. Su entusiasmo redujo en parte la culpa que sintió Johanne por echarlas de la tienda.
- -Si regalas así la mercancía, nunca ganaras dinero -comentó Dorian riendo.

- -Gano dinero gracias a ellas.
- Dorian miró detenidamente a su alrededor.
- -Tienes una gama de productos impresionante -dijo-. No me esperaba encontrarme una tienda así en…
- -¿En mitad de ninguna parte? -su sonrisa se desvaneció, lentamente-. Esta mañana quería hablar contigo antes de venir al trabajo.
- Dorian también se puso serio.
- -Siento haber desaparecido así… He salido a dar una vuelta, y…
- El sonido de la campanilla lo interrumpió. Emma, la panadera, se asomó a la puerta.
- -¿Te han llegado ya los polvos de menta para los pies? -preguntó.
- -¿Polvos para los pies? Ah sí, vinieron ayer. Espera un momento.
- Johanne corrió a la trastienda. Los ancianos tardarían un poco en llegar, y aún tenía que hablar con Dorian. Se deshizo de Emma a toda velocidad.
- -Lo siento -dijo a Dorian-. Sobre lo de esta mañana…
- -Déjame que te lo explique -interrumpió él-. Tenía intención de volver a tu casa antes que te despertaras, pero me he pasado por la planta empaquetadora y he perdido la noción del tiempo.
- Johanne se quedó anonadada.

- -¿Has ido a la planta? ¿Por qué?
- -Para echarle un vistazo. Anoche parecías dispuesta alquilarla, y después de oír hablar de ella en la cafetería, he decidido ir a ver por ti en qué estado se encuentra.
- -¿Por mí? Yo no te lo he pedido.
- -De acuerdo, lo he hecho por mi cuenta, pero deberías alegrarte, porque te espera una decepción si esperas poner la tienda en ese edificio. Se cae a pedazos.
- Johanne se tensó.
- -Sé perfectamente en qué estado se encuentra.
- -¿De verdad? Entonces sabrás todo lo que tienes que invertir, tanto en las reparaciones como en el acondicionamiento para usar la fábrica de tienda.
- -Oh, por favor. Llevo varios meses estudiando el asunto detenidamente. Fíate un poco de mí ¿de acuerdo?
- -Sólo intento ayudarte. Pareces convencida de que lo mejor es que traslades el negocio a ese edificio dilapidado, pero no sé muy bien cómo se te ha ocurrido algo así.
- -Se me ha ocurrido que prefiero seguir teniendo el negocio en Golden, porque quiero pasar con mi hija todo el tiempo posible. Se me ha ocurrido que la planta empaquetadora es mi única esperanza de conseguirlo -dijo, mientras colocaba bien los estantes.

- -Me alegra oír eso, porque es evidente que tu hija necesita compañía.
- Johanne se detuvo en seco.
- -¿Cómo te atreves a decir eso? Le dedico todo mi tiempo.
- -No insinúo que seas una mala madre. Sé de sobra que no es así. Pero también sé que Stephanie se ha pasado toda la mañana siguiéndome como si fuera mi sombra. Eso me dice que se siente sola.
- -Es posible que sienta curiosidad por ti. No se presenta en nuestra puerta alguien como tú todos los días ¿sabes?
- Dorian negó con la cabeza.
- -Era más que eso. No has visto la cara que puso cuando me marché.
- Su preocupación confundía a Johanne. La noche anterior no parecía tan interesado por Stephanie.
- -Tiene varios amigos de su edad, y tiene una niñera maravillosa. Gracie la adora.
- -No lo dudo, pero tengo la impresión de que pasa demasiado tiempo sola o acompañada sólo por esa mujer. No me parece la mejor situación posible. No olvides que ayer estuve apunto de atropellarla porque se alejó demasiado con el triciclo. ¿Y si le pasa algo a Gracie mientras las dos están solas? ¿Es que no te preocupa eso?

- Por supuesto que estaba preocupada por aquello, y por muchas cosas más. Era una madre soltera trabajadora, que hacía todo lo posible por proporcionar a su hija todo lo que necesitaba.
- -No me hace mucha gracia que critiques mis decisiones sobre la tienda. Pero que te metas en la forma que tengo de educar a mi hija es demasiado. Porque, me creas o no, no tienes ni idea de eso.
- -Johanne, por favor, sólo intentaba decirte que estoy preocupado por…
- -No. Me estás diciendo que cometo errores y qué es lo que debo hacer para resolverlos. Igual que cuando decías a Dalton que éramos demasiado jóvenes para casarnos, y que debería aplazar la boda.
- Esperaba que Dorian siguiera protestando, pero no fue así. Se volvió para mirarlo y se dio cuenta del efecto que habían tenido sus palabras. Se había quedado pálido, y en su expresión había una angustia inenarrable.
- -Lo siento… -murmuró Johanne.
- -¿Por qué? Me has dicho lo que piensas.
- -No debería haberte dicho eso.
- -Tienes todo el derecho del mundo a decirlo -contestó, en voz muy baja-. Además, no me has dicho nada nuevo. Siempre he sabido que me culpas por lo que pasó.

- -Tú no fuiste el que me dejó plantada en el altar Dorian. Reconozco que no me gustó que te metieras en nuestra vida antes de la boda, pero ¿por qué iba a culparte? Tenías razón.
- -Me gustaría no haber tenido tanta razón. Tal vez entonces Dalton seguiría vivo y los dos estarían casados y tendrían una familia.
- -No sigas por ahí, por favor. Tenemos que hablar de algo antes de que te vayas.
- Pero la campanilla de la puerta llegó a sonar, anunciando en aquella ocasión la camioneta de la residencia de ancianos. Más de una docena de personas entró en la tienda. Charlando animadamente. Johanne se sintió abatida. No podía hablar con Dorian con la tienda llena.
  Mientras atendía los clientes, veía de reojo a Dorian, apoyado en el mostrador. Parecía fascinado con un par de mujeres para las que una crema hidratante era un tema de conversación que podía durar varias horas.
- -Nunca había visto nada parecido -comentó Dorian en un momento de tranquilidad-. La verdad es que tu negocio va viento en popa. Espero que tengas suerte con la planta empaquetadora, si de verdad es lo que quieres.
- -Creo que puedo sacarla adelante.
- -Pues manos a la obra. Tengo que irme pronto -añadió, devolviéndola a la realidad-. ¿De qué querías hablarme?

- La tienda había cobrado vida de nuevo. Dos mujeres estaban a menos de un metro de ellos, peleándose por la última pastilla de jabón de fresa.
  Y un hombre, con dos brochas de afeitar en la mano, se dirigía a ella.
  Johanne decidió que ya era demasiado tarde. El momento de revelar a Dorian el secreto más íntimo de su vida había pasado para siempre.
  Pero parecía que Dorian seguía dispuesto a escuchar lo que quisiera decirle.
- -Es por lo de tu padre -improvisó-. ¿Cuánto tiempo calculan los médicos que tardará en recuperarse del todo?
- -Un mes o dos, si evita las situaciones tensas, como le han recomendado. ¿Por qué?
- -Me gustaría hacerle una visita cuando esté mejor. Hace tanto tiempo…
- -Te lo agradecería mucho. Te tiene mucho cariño.
- Johanne hizo una mueca. El señor Barnes siempre había dicho de ella que era la hija que nunca tuvo. Pero no sabía qué pensaría cuando supiera la verdad. Probablemente no la perdonaría nunca por haberlo privado de su nieta durante tantos años.
  Después de la muerte de Dalton, debería haber hablado con su padre. Se dio cuenta de que era ella, y no Dorian, quien debía informar al señor Barnes sobre la existencia de Stephanie, y estaba dispuesta hacerlo.
  Probablemente había tenido suerte al no haber tenido la oportunidad de decírselo a Dorian.

- -¿Puedes apuntarme su dirección y su teléfono? -le preguntó.
- Mientras Johanne explicaba a Frank Elliot la diferencia entre las dos brochas de afeitar, Dorian le dio una tarjeta.
- -La dirección de mi padre está detrás.
- Johanne observó la tarjeta y vio que Dorian había tachado el número de teléfono de CompWare y había escrito otro a mano.
- -Es el número de mi casa -le explicó-. Si alguna vez necesitas algo, llámame.
- Johanne sabía que hablaba en serio, y aquello hacía que se sintiera peor.
- Tampoco sabía si Dorian llegaría a perdonarla cuando averiguase la verdad sobre Stephanie. Probablemente no entendería por qué había mentido sobre su paternidad.
- -Ya que anoche hablaste con tu padre -continuó Dorian-, supongo que no será necesario que yo lo llame.
- Johanne tenía un nudo en la garganta. No podía hablar, de modo que negó con la cabeza.
- -¿Me puedes cobrar, Johanne? -preguntó Sadie Campbell, junto a la caja registradora.
- -Será mejor que me vaya -dijo Dorian.

- Se inclinó para besarla en la mejilla. El contacto fue muy breve, pero Johanne sintió que se le erizaba la piel.
  Mientras se dirigía a la puerta, Dorian murmuró que seguirían en contacto.
- Johanne tenía la impresión de que era sólo una forma educada de despedirse, ya que no tenían motivos para seguir viéndose, por lo menos hasta que hubiera dicho la verdad a la familia del padre de su hija.
- Se llevó la mano a la mejilla. Aun podía sentir el calor del beso. Mientras miraba a Dorian que se alejaba sintió una punzada de soledad. No podía evitar desear que las cosas hubieren sido distinta entre ellos.
- Pero no era posible. Su mentira, y las consecuencias que tendría la verdad, lo impedían.

- Comprador anónimo
- Johanne sacudió la cabeza mientras examinaba la hoja de cálculo. Su idea de reunir fondos con otras dos comerciantes para comprar la planta empaquetadora le había parecido muy prometedora.
- Tanto Molly, la dueña de la minúscula tienda de ropa contigua a la suya, como Caroline, que estaba buscando un local para abrir una librería, le habían dicho que les interesaba asociarse con ella. Pero ahora,

a la vista de las cifras dudaba que les siguiera interesando.

- –Esto no tiene muy buen aspecto –dijo Johanne a Molly , colocando los cálculos encima de la mesa–. Compruébalo por ti misma.
- Su amiga inspeccionó las cifras y gimió.
- –Es peor de lo que pensaba. Espera a que Caroline lo vea.
- Johanne miró el reloj.
- –Va a llegar de un momento a otro. ¿Quieres darle tú la noticia?
- –¿Bromeas? Preferiría no estar aquí cuando se entere. Ya sabes lo emocionada que está con la idea de la librería. Además, estas cosas se te dan mucho mejor que a mí.
- –Muchas gracias.
- De todas formas Johanne suponía que la responsabilidad era suya, puesto que también había sido suya la idea.
- –El precio de la reforma es desorbitado –comentó Molly, mirando las cifras de nuevo.
- –Ya lo sé.
- Tal y como Dorian le había advertido.
  Se apretó el vaso de té helado contra la frente. Aquella tarde hacía mucho calor, y las horas que había pasado haciendo cuentas la habían agotado.

Por si fuera poco desde la aparición de Dorian no había dejado de recordar el pasado e inquietarse sobre el futuro de su hija.
Cuando pensaba en Dorian, se daba cuenta de que en su vida había muchas cosas que pendían de un hilo. Sin embargo, pensaba en él todos los días. Y en su padre también.
Había decidido Llamar al Señor Barnes a mediados de Julio.
Si estaba recuperado iría a Florida con Stephanie y se lo diría todo. Tenía el viaje tan planeado como la disposición de la tienda en la planta empaquetadora. Esperaba tener más éxito con la presentación de la niña a su abuelo que con el traslado del negocio.

- Unas voces infantiles la devolvieron a la realidad. La puerta se abrió, y cinco niños irrumpieron en la cocina. Caroline, con aspecto de estar agotada, entró detrás de ellos.
- –Se han portado muy bien en la biblioteca –dijo, apoyándose en la mesa–, pero en cuanto han salido se han vuelto locos. Los míos estarán castigados en cuanto lleguemos a casa.
- –Mamá, tengo sed –dijo Stephanie–. ¿Puedo tomar una limonada?
- Los demás niños se sumaron a la petición.
- Molly sirvió a Caroline un vaso de té helado, mientras Johanne sacaba la limonada de la nevera.
- –¿A quién le toca sacar a los monstruos la próxima vez?– Preguntó Molly.

- –Creo que a mí –dijo Johanne–. este viernes por la tarde, ¿verdad?
- Caroline sonrió.
- –Perfecto. Aprovecharé para ir a la peluquería. Después, contrataré a una de las gemelas para que cuide a los niños y me iré con mi marido a cenar a un restaurante caro.
- –Parece que necesitas un poco de descanso, ¿eh?
- –Después de un día como éste, desde luego –se incorporó y miró a sus amigas–. ¿Saben una cosa? podríamos irnos a cenar todos juntos. Billy y yo, Molly y Thom… Gabriel y tú –concluyó dirigiéndose a Johanne.
- Molly acogió de buen agrado la idea, pero a Johanne no le hizo tanta gracia. Aunque Gabriel era un buen amigo suyo, no le apetecía llevárselo a cenar por ahí.
- –No, gracias.
- –¿Por qué? –preguntó Molly–. ¿Porque Gabriel y tú dejaron de salir juntos hace años?
- Johanne asintió.
- –No le puedo pedir que me acompañe siempre que quieran que vaya con alguien. Además, ya me hace bastantes favores, y no quiero pedirle más.
- –Cualquiera que te oiga diría que te proponemos que le pidas un gran sacrificio –rió Caroline –. Se te olvida que Gabriel también es amigo nuestro, y estoy segura

de que le gustaría pasar una velada con todos nosotros.

- –Si quieres, lo invito yo –propuso Molly.
- –O si no, podemos invitar al nuevo socio de Billy –añadió Caroline.
- –Son incorregibles, ¿saben?
- Caroline y Molly se miraron con complicidad.
- –Solo queremos que salgas y te diviertas un poco. Entre la tienda y el cuidado de Stephanie no descansas nunca.
- –De acuerdo, ustedes ganan –dijo Johanne, resignada–. Pero no necesito que me metan en una encerrona con el socio de Billy. Yo llamaré a Gabriel.
- Mientras veía a sus amigas hablar de reservas para cenar y niñeras, Johanne pensó que tenía suerte de conocerlas. La habían acogido muy bien cuando llegó al pueblo, sin hacerle preguntas. Junto con Gabriel, le habían ayudado a superar el primer año que pasó en Golden.
- En el pueblo hubo muchas otras personas que no la recibieron con los brazos abiertos. En parte se debía a que desconfiaban de los forasteros, y no entendían que una persona, que ni siquiera tenía familia en los alrededores hubiera decidido mudarse a su pueblo y ponerse a vender gel de baño. El hecho de que estuviera embarazada de seis meses y fuera soltera no le facilitó las cosas.

- A pesar de que al principio no se sentía integrada, Johanne no se arrepentía de haberse ido a vivir allí. Aunque hablasen mal de ella, tampoco la trataban con descortesía, y poco a poco, dejaron de mantener las distancias.
  Con el tiempo habían llegado a aceptarla en la comunidad. Por fin tenía lo que buscaba, un sitio donde tuviera amigos y donde su hija no se sintiera nunca sola.
- De repente les llegó un agudo gemido del porche. A continuación, un niño se puso a llorar a gritos.
- –Creo que es el mío –dijo Molly, levantándose.
- –Debí imaginar que la calma no duraría demasiado –dijo Caroline, cuando se quedó a solas con Johanne –. Bueno, ¿por qué no me das de una vez el resultado de los cálculos?
- –No te va a gustar –murmuró Johanne, acercándose a ella.
- Casi había terminado de explicar los gastos previstos a Caroline cuando apareció Gracie en la puerta, con una sandía y una caja de helado.
- –He traído unas cosas a Stephanie –anunció.
- –Pero es tu tarde libre. ¿Por qué no vas a divertirte?
- –He ido a dar una vuelta con mis amigas, pero nos hemos parado en Houghton Farms, para tomar un helado, y no podía marcharme de allí sin comprar un poco de helado de chocolate para mi niña.

- –La tienes muy mimada –dijo Johanne con una sonrisa.
- –Ya lo sé, ya lo sé. Pero como no tengo hijos ni nietos, y la niña no tiene abuela, nos viene bien a las dos.
- Aquel inocente comentario provocó un escalofrío en Johanne. Gracie era lo más parecido a una familia que la niña tenía en Golden.
- –¿De dónde ha salido esa sandía? –preguntó Caroline cuando Johanne y Gracie entraron a la cocina.
- Molly había vuelto a la mesa, y en el porche reinaba la calma.
- –Las he visto en el supermercado y no pude resistir la tentación –explicó Gracie.
- –A Stephanie le encanta la sandía –explicó Johanne a sus amigas.
- –Por Stephanie cualquier cosa ¿eh? –dijo Molly guiñándole un ojo a la niñera.
- –Desde luego. Además, deberían alegrarse de que haya ido al supermercado. Esperen a que les cuente lo que he oído.
- –¿De quién habla todo el pueblo esta vez? –preguntó Caroline.
- Johanne no podía compartir la tranquilidad de su amiga. Sabía que Gracie nunca prestaba atención a los coliseos del pueblo. Si quería comentarles algo que había oído, debía ser importante.
- –¿Qué ha pasado?

- –Han comprado la planta de empaquetados de manzanas.
- –¿Quién?
- Gracie se encogió de hombros.
- –Un forastero. Nadie sabe nada más. Pero oyendo a la gente, cualquiera diría que el diablo en persona ha venido a Golden.
- –¿Qué planes tendrá el comprador? –preguntó Molly.
- –¿Qué mas da? –Caroline se dejó caer en la silla–. Los cálculos de Johanne demuestran que, de todas formas, nosotras no habríamos podido hacer nada.
- A pesar de la resignación de su amiga, Johanne no estaba dispuesta a rendirse, ni a la vista de los desesperanzadores resultados de los cálculos, ni ahora que había surgido un nuevo imprevisto.
- –A lo mejor no todo está perdido –declaró con toda la convicción posible–. ¿Quien sabe? Es posible que la gente del supermercado lo haya entendido todo mal.
- A lo largo de los días siguientes, Johanne intentó averiguar todo lo posible sobre la venta de la fábrica, pero no consiguió nada.
  Ni siquiera Gabriel estaba informado. En el ayuntamiento no conocían la identidad del comprador. Sólo sabían que un agente inmobiliario de Boston había negociado la transacción.
- El viernes por la tarde, Johanne cerró la tienda una hora antes que de costumbre. Quería tomar un baño

relajante antes de salir. Pasó por el supermercado a comprar unos pantys y saludó a los cuatro ancianos que se pasaban la vida junto a la máquina de café.

- –Hola, Johanne –saludó El señor Baker–. ¿Qué tal marcha tu negocio?
- –Muy bien, gracias.
- El señor Percy, apoyado en el bastón, le indicó con un gesto que se acercara.
- –¿Nos puedes dedicar un momento? –le preguntó.
- Johanne contuvo un suspiro y renunció a su puesto en la caja.
- –¿Qué puedo hacer por ustedes?
- –Sabes que han comprado la vieja empaquetadora de manzanas, ¿verdad? –preguntó el señor Earle.
- El señor Howie sacudió la cabeza.
- –Claro que lo sabe. Ella quería comprarla, ¿lo recuerdas?
- –Claro que sí, era una forma de iniciar la conversación.
- –¿Tienes idea de quién es el comprador Johanne? –preguntó el señor Percy.
- –No. Para mí también es un misterio –dijo Johanne.
- –No me gustan los secretos –murmuró otro de los ancianos.
- –Si a mí también me da mala espina.

- –He oído que van a derruir el edificio y edificar tiendas, o tal vez un centro comercial.
- –No necesitamos un centro comercial en este pueblo, ¿imaginan el tráfico que habría? No podemos permitir que venga un forastero y nos imponga algo así. Vamos a protestar en la próxima reunión del ayuntamiento…
- Mientras los ancianos protestaban, Johanne se escabulló y se dirigió a la caja para pagar las medias. Los cuatro hombres seguían manifestando su desacuerdo cuando ella se marchó. En poco tiempo, el resto del pueblo se habría unido a ellos.
- Johanne casi sintió lástima por el comprador. Fuera quien fuera, probablemente no había contado con la oposición de los ancianos de Golden.

- ¿Has sido tú?
- Dorian aparcó en el camino de la casa de Johanne.
- Aunque el cielo estaba lleno de estrellas, la oscuridad era casi absoluta. Se quedó sentado en el volante, contemplando la casa y preguntándose cómo reaccionaría Johanne cuando lo viera en la puerta. ¿Se alegraría? Sin duda sería una sorpresa, pero esperaba que fuera una grata.
- Se dirigió a la casa, guiado por la luz del porche y acompañado del canto de los grillos. Llamó al timbre, y unos segundos después, oyó que descorrían los cerrojos.

- Estaba dispuesto a saludar efusivamente a su antigua amiga, pero se detuvo en seco al ver a la asistenta.
- –¿Ha vuelto? –preguntó la mujer, con cara de pocos amigos.
- La frialdad del recibimiento, aunque descortés, no sorprendió a Dorian.
- –Hola, Gracie. No he visto su coche.
- –Está en el taller.
- –Lo siento mucho. ¿Puede decirle a Johanne que estoy aquí?
- –¿Es que no sabe que existen los teléfonos?
- Dorian contuvo la risa a duras penas.
  No tenía intención de pasarse por allí aquella noche. Había pensado en llamar a Johanne al día siguiente por la mañana. Pero cuando llegó a Golden, después del largo viaje, se sentía como un niño con zapatos nuevos, impaciente por darle la noticia.
- –Es cierto. Debería haber llamado antes, pero…
- –Johanne no está en casa –interrumpió Gracie–. Ha salido a cenar con Gabriel.
- –Entonces llegará tarde ¿no?
- –Supongo que sí.
- –¿Y Stephanie? –preguntó, siguiendo un impulso–. ¿Está despierta aún?

- –Por supuesto que no –contestó indignada–. Se ha ido a la cama hace una hora. ¿Quiere que le diga a Johanne que ha estado aquí?
- –No es necesario molestarla esta noche. Ya la llamaré mañana.
- Mientras volvía al coche podía sentir los ojos de Gracie clavados en la nuca. Saltaba a la vista que no le caía muy bien, pero la frialdad de la asistenta no explicaba la profunda desolación que sentía.
- Estaba convencido de que Johanne y Stephanie vivían aisladas en mitad de ninguna parte. El hecho de que Johanne tuviera vida social y saliera a cenar fuera de casa le resultaba difícil de encajar en su idea preconcebida.
  En su prisa por ponerse en acción, se había olvidado de Gabriel.
- Mientras se dirigía al Motel que había visto en la carretera, Dorian se recordó que la vida personal de Johanne no tenía nada que ver con el asunto que lo había llevado a Golden.
  No pasaría mucho tiempo en aquel pueblo.
  Tenía que seguir con su vida, y el proyecto que acababa de emprender era el primer paso. Ayudaría a Johanne, y a él le vendría bien.
- Después de pasar una noche casi en vela en una habitación con paredes que parecían de papel, el sonido de los camiones lo despertó al amanecer.
- Se tomó dos tazas de café en la cafetería del motel, pero no probó los grasientos huevos revueltos.

Decidió que se compraría un bollo en la panadería del supermercado, y después llamaría a Johanne.

- Se sorprendió al ver los carteles provisionales que prohibían el aparcamiento en el centro del pueblo. No los había visto la noche anterior. Mientras aparcaba, vio que la luz de la tienda de Johanne estaba encendida. Le extrañaba que estuviera en el trabajo tan pronto. Sobre todo después de haber salido con Gabriel la noche anterior.
  Aquellas luces lo atraían como un imán. La sangre empezó a bullir en sus venas mientras se acercaba y miraba por el escaparate. Johanne estaba en el mostrador preparando las cestas, y no lo vió hasta que la campanilla de la puerta anunció su llegada.
- –Ya sé que el sábado tienes mucho trabajo –comentó Dorian a modo de saludo–, pero no imaginaba que abrieras la tienda antes de las siete y media.
- –¡Dorian! ¿Qué demonios…?
- La sorpresa de Johanne demostraba que Gracie no le había dicho nada. Pero no era una sorpresa alegre.
- –No pareces muy contenta de verme –observó.
- –No, no, es que… Quiero decir, ha sido tan inesperado… ¿Qué haces aquí?
- –He venido a verte, por supuesto. ¿Es que llego en mal momento?
- Johanne bajó la mirada a los lazos.

- –Quería terminar de arreglar esto antes de que empiece el desfile.
- –Ah, eso explica que no se pueda aparcar en la calle. Se me había olvidado que el lunes es fiesta.
- –Pero siempre se celebra un desfile el sábado. Después hay una barbacoa en el instituto.
- –¿Quieres que te ayude?
- –Coloca uno de cada uno en cada cesta –le dijo, señalando un montón de tubos y frascos multicolores–, y después, pon un lazo en el asa.
- Mientras trabajaban, Johanne le describía la finalidad de cada uno de los productos. Dorian, que normalmente utilizaba sólo jabón, champú y gel de baño, estaba sorprendido ante la variedad.
- –Bueno, ¿por qué has vuelto? –preguntó Johanne de repente.
- El nerviosismo de su voz lo sorprendió. Dorian no entendía el motivo, pero suponía que tenía algo que ver con Dalton. No le gustaba la idea de que Johanne pensara, cada vez que lo miraba, en el hombre que la había dejado destrozada. No quería hablar de su hermano en aquel momento.
- Además, la noticia que tenía que darle era demasiado buena para estropearla con los problemas del pasado. Se llevó la mano a los bolsillos y sacó unos papeles.
- –He venido por esto –le dijo.
- Johanne tomó los documentos y los examinó.

- –Es el contrato de venta de la planta empaquetadora –murmuró, atónita.
- –Ya lo sé. La he comprado yo.
- –¿Tú? ¿Has sido tú?
- –Sí, voy a renovarla por completo.
- Johanne se quedó mirándolo con incredulidad y se apoyó en el mostrador con un suspiro.
- –¿Qué te pasa? –preguntó Dorian.
- –Oh, Dios mío –dijo Johanne entre dientes–. No sabes lo que has hecho.

- Nuevas sensaciones

- Dorian estaba desorientado con la reacción de Johanne.
- –¿Cuál es el problema? El edificio estaba a precio de saldo, por eso lo compré.
- –Pero ¿por qué?
- –Pensé mucho en ello cuando me fui y me di cuenta de que tenías razón. El edificio es perfecto para montar un pequeño negocio –explicó–, y tengo el dinero para ello.
- Johanne lo miró con desaprobación.
- –Llegas de nuevas al pueblo y tiras tu dinero a espuertas, con arrogancia –le arrojó el contrato de

venta a la cara–. ¿Tienes idea del escándalo que has organizado aquí?

- –¿Escándalo? ¿qué tipo de escándalo?
  Todo lo que hice fue comprar el edificio para que pudieses trasladar aquí tu negocio.
- Johanne abrió los ojos desmesuradamente.
- –¿Que lo compraste para mí?
- –Sí. Me dejaste claro que el edificio era tu mayor deseo, pero sabía que nunca tendrías la posibilidad de conseguirlo por ti misma, con las reformas que necesita.
- –Deberías haberme consultado antes de decidirlo.
- –Quizás, pero pensé que no le darías tanta importancia. Tú querías el edificio, y yo tenía el dinero para invertir. Era la solución al problema.
- Johanne volvió con indignación y se colocó detrás del mostrador.
- –Ésa era tu solución Dorian, pero el problema era mío. Por mucho que te cueste creerlo, me las arreglo sola muy bien y no necesito a nadie, y mucho menos a ti, para resolver mis problemas.
- Dorian sabía que se sentía muy orgullosa de su independencia, aunque se preguntaba si no habría algo más detrás de aquella reacción tan fuerte.
  La miró y reparó en los mechones de pelo que acariciaban sus mejillas. La delicada belleza de Johanne suavizaba su gesto de dureza, y aquello despertó en él

un sentimiento de protección que raramente experimentaba.
Se inclinó hacia ella y se disculpó.

- –Veo que mis suposiciones han ido demasiado lejos. No pensaba que eso te hiciera sentir así.
- Johanne lo miró, y lentamente, el gesto de tensión fue desapareciendo de su cara.
- –Oh, Dorian, ¿qué voy a hacer contigo?
- En un momento, docenas de ideas pasaron por su mente, sorprendiéndolo.
  Hasta entonces nunca había pensado en Johanne de aquella manera y le llevaría cierto tiempo habituarse.
  Consciente de lo que estaba observando, Dorian desterró los pensamientos libidinosos de su cabeza.
  No tenían nada que ver con el motivo que lo había llevado a Golden.
- –Deberíamos sentarnos y hablar sobre ello.
- –¿Cuándo? Tenemos tantas cosas que hacer hoy con el desfile y la barbacoa que no veo cuándo vamos a encontrar tiempo.
- –Puede esperar hasta mañana.
- –¿Seguirás aquí?
- Dorian no pudo evitar reírse.
- –Ya que soy el orgulloso propietario de este edificio, creo que estaré por aquí cierto tiempo –dijo–. ¿Por qué no quedamos mañana en el edificio, digamos… sobre las diez?

- –Sería mejor a las once.
- –Oh claro. Había olvidado que mañana es domingo y para mucha gente eso significa un día adecuado para dormir y leer el periódico disfrutando de una taza de café.
- En aquel momento, una mujer irrumpió bruscamente en la tienda.
- –Tengo prisa, como de costumbre. ¿Están preparadas las cestas?
- Antes de que Johanne pudiera contestar, la mujer miró a Dorian escrutándolo.
- –¿Quién es usted? –le preguntó mirándolo de arriba a abajo.
- Johanne se apresuró a presentarle a Amber, directora de la guardería.
- –Dorian es un amigo de la infancia –dijo sin ganas de añadir detalles.
- Amber miró a su alrededor.
- –¿Dónde está mi querida Stephanie?
- –En casa de Gracie, jugando con los gatos. Gracie y ella deben estar a punto de llegar.
- –Dile a tu hija que la mujer que se dedica a pintar de colores las caras estará en nuestro quiosco de la barbacoa. Steph me lo ha preguntado al menos cincuenta veces en la semana –observó a Dorian–. Oye,

amiguito, ¿quién va a echarme una mano para llevar estas cestas al coche?

- Preguntándose si Amber tenía por costumbre hablar a los adultos como si fueran niños de preescolar, Dorian miró a Johanne de reojo. Ella confirmó sus sospechas con un guiño y una sonrisa. La directora de la guardería continuó charlando mientras él cargaba las cestas en la furgoneta.
  Cuando Amber se fue, Dorian oyó un grito de alegría procedente del otro lado de la calle. Se giró y vio a Stephanie que corría hacia él.
- –¡Dorian!
- Stephanie, con un conejo de peluche entre los brazos, se precipitó hacia él, haciendo caso omiso de las advertencias de su niñera de mirar a ambos lados de la calle antes de cruzar.
  Dorian la tomó por los hombros antes de que chocase contra él. Cuando miró a sus chispeantes ojos marrones se dio cuenta de lo mucho que se parecía a Johanne.
- –¡Has vuelto! –exclamó la niña, rebosante de júbilo–. El desfile es hoy.
- Gracie corrió hacia la niña, indignada, gritando su nombre.
- –Oh, vaya –dijo Stephanie.
- –Desde luego que oh, vaya –dijo Dorian, mientras la niñera se acercaba con cara de pocos amigos–. Parece que nos has metido a los dos en un lío.

- Gracie reprendió a Stephanie por cruzar la carretera, haciendo caso omiso a Dorian. La niña bajó la mirada hasta que terminó la reprimenda.
- –Mira Gracie, Dorian está aquí! –exclamó después, radiante, como si nada hubiera ocurrido.
- –Hola, Gracie –saludó él con una sonrisa.
- La mujer se limitó a mirarlo con frialdad.
- –Bueno, pequeña, ¿dónde está tu madre? –preguntó Gracie a la niña ignorando a Dorian–. Tenemos que encontrar un buen sitio para ver el desfile.
- Johanne salió de la tienda, con una silla plegable en la mano.
- –¿Vas a venir con nosotras, Dorian?
- Stephanie lo tomó de la mano antes de que él pudiera contestar.
- –¡Tienes que venir, Dorian! –insistió.
- La pequeña mano de la niña parecía infinitamente frágil. Dorian estaba seguro de no haber sentido nunca nada parecido.
  Aún no sabía por qué la niña se había aferrado a él como si fueran viejos amigos.
  Tal vez fuese porque necesitaba una presencia masculina en su vida, al margen de la de Gabriel, por su puesto. Probablemente si Gabriel apareciese en ese momento, la niña saldría corriendo hacia él.
  Dorian se sorprendió al ver la cantidad de personas que se dirigía al centro desde todas partes.

Probablemente, aquella fiesta era uno de los acontecimientos sociales más importantes del año en el pueblo, una de las pocas cosas que rompían la monotonía de aquel lugar.
Había bastante gente descansando en las sillas que habían puesto en el césped, charlando tranquilamente. Dorian reconoció a varias de ellas.

- –Éste parece un buen sitio– anunció Johanne cuando pasaron por una zona despejada, justo frente a la iglesia.
- Colocó una silla plegable para Gracie y después se sentó en el bordillo, con las rodillas dobladas por debajo de la falda. Stephanie se puso al lado de su madre.
- –Siéntate, Dorian –dijo Johanne , señalando el bordillo.
- En ese momento se oyó a lo lejos el sonido de los tambores.
- Stephanie dio un brinco nerviosa.
- –¡Lo oigo mamá¡ ¡Ya lo oigo!
- La niña se puso de pie entre Dorian y Johanne, rodeándolos con los brazos.
- –Ya los veo –chilló–. Veo las banderas. Ya están aquí.
- Dorian miró al fondo de la calle principal. Una guardia, formada por cuatro veteranos vestidos con descoloridos uniformes militares encabezaba la marcha. Tras ellos iba la banda de música del instituto.

Detrás de los músicos desfilaban más veteranos, algunos con uniforme y otros vestidos de paisano.

- –¡Mira mamá! –dijo Stephanie, señalando el descapotable rojo que iba detrás de los veteranos–. ¡Es Gabriel!
- Dorian se volvió para mirar. Gabriel estaba sentado al volante de un flamante coche antiguo. El alcalde y otro concejal iban a su lado, y los tres saludaban a la multitud al tiempo que pasaban.
- –¡Eh, Gabriel! –saludó Stephanie, agitando las manos y riendo.
- Johanne y Gracie se unieron al coro, hasta que Gabriel las localizó entre la multitud. Dorian no pudo evitar ver la gran sonrisa que Gabriel dirigió a Johanne antes de saludar con la mano a Stephanie.
- –¡Toma, Steph!
- Gabriel lanzó un puñado de caramelos, de envoltorios brillantes, a los pies de Stephanie. En un abrir y cerrar de ojos, la niña recogió los caramelos y se los mostró a su madre.
- –¡Mira mamá, Gabriel me tiró caramelos! ¡Gracie, mira todos los caramelos que me ha tirado Gabriel!
- Las dos mujeres corearon el entusiasmo de la niña. Dorian sintió una inexplicable irritación. Era una tontería, pero no entendía por qué tenía que ponerse tan contenta la pequeña por un puñado de caramelos. Miró a las tres, que tenían las cabezas juntas mientras Stephanie contaba lentamente los caramelos.

- Los tres coches de bomberos que iban detrás del descapotable en el que iba a Gabriel, hicieron que Stephanie se olvidara de los dulces.
  Los miembros del departamento de bomberos voluntarios de Golden caminaron junto a los coches, lanzando pequeños cascos de bombero a los niños, a lo largo de todo el recorrido del desfile. Stephanie se colocó el pequeño casco rojo.
- –¡Mira Dorian, soy un bombero!
- De repente, después de que pasaron los camiones de bomberos, Gracie se puso de pié y Johanne plegó la silla. Sorprendido Dorian se giró hacia Johanne.
- –El desfile ha terminado –anunció Johanne.
- –¿Ya?
- –Esto es lo bueno de los desfiles de los pueblos: son cortos, pero vistosos.
- La gente que estaba a su alrededor comenzó a incorporarse al desfile.
- –¿A dónde va todo el mundo?
- –A la barbacoa –contestó mientras se dirigía al centro de la calle, tras la multitud.
- La multitud siguió caminando a lo largo de la calle, hasta que el aroma de los pollos asados llenó el ambiente.
  El estómago de Dorian empezó a rugir, recordándole que no había comido nada en toda la mañana.
  A pesar de que Johanne intentaba que Stephanie

caminase más deprisa, la niña permanecía todo el tiempo varios pasos por detrás de ellos.
Johanne la tomó de la mano.

- –Vamos cariño, que ya no queda mucho –dijo, intentando animarla.
- –Estoy cansada, no puedo andar más –se dirigió hacia Dorian–. ¿Me llevas en tus brazos, por favor?
- –Claro que sí –contestó tomándola en sus brazos.
- –No, como lo hace mamá no –protestó la niña.
- –¿Qué?
- –Llévame como lo hacen los padres ¿sí?
- –¿Cómo llevan los padres a los niños? –preguntó Dorian, dirigiendo una mirada suplicante a Johanne.
- –Creo que quiere decir que la lleves en tus hombros.
- –Sí, a hombros, como ése y ése –dijo Stephanie, señalando a todos los padres que veía llevando a sus hijos en sus hombros.
- De repente, parecía que todos los padres llevaban a sus hijos en hombros. Por lo que podía ver predominaban allí las familias con padre y madre, y por algún extraño motivo, eran sólo ellos los que llevaban a los niños en los hombros.
  Dorian se preguntó si una niña de cuatro años era consciente de cosas como aquélla.
- –De acuerdo cariño, te daré un paseo a hombros.

- Era la primera vez que lo hacía. Inseguro, levantó a la niña como pudo y la colgó en su espalda.
- –¡Oh dios mío, no puedo verlo! –dijo Gracie–. Los espero en la barbacoa.
- –No tienes por qué hacer esto –dijo Johanne mientras Dorian se incorporaba lentamente.
- Se colocó las piernas de Stephanie alrededor del pecho, y se puso a caminar con pasos inseguros, temeroso de que la pequeña pudiese caerse. Dorian la sujetó firmemente dándose cuenta de lo ligera que era, en pocos minutos se había acostumbrado a llevar Stephanie en hombros con absoluta seguridad.
  Al cabo de un rato, Johanne también se relajó.
- –Dorian, nunca me lo habría creído si no lo estuviera viendo con mis propios ojos –comentó Johanne–. Eres una caja de sorpresas ¿sabes?
- Dorian se sentía pletórico entre las risas de Stephanie y las miradas intrigadas de Johanne. Le gustaba la idea de ser una caja de sorpresas. Hasta hacía pocos meses, su vida había sido demasiado previsible.
- Johanne mantuvo en cintura a su hija durante todo el tiempo que pudo, pero tan pronto como Dorian terminó de comerse el pollo, Stephanie tomó su mano y se dirigió con él hacia el picadero de los ponys.
  Dorian no titubeó, de hecho parecía muy feliz de irse con ella. Johanne tenía el corazón en un puño mientras los veía saltar por la zona de juegos.
  La amistad entre Dorian y Stephanie crecía por momentos.

- –Así que ha vuelto tu amigo –comentó Gracie sentada en su silla junto a la mesa del pic-nic–. Qué sorpresa ¿no?
- Johanne asintió, con la mirada fija en Dorian y Stephanie, que estaban mezclados entre la multitud.
- –Ha regresado por el asunto de la planta empaquetadora de manzanas, o al menos eso me ha dicho.
- Pero sospechaba que había algo más. Era posible que hubiera averiguado lo de Stephanie, tal vez hubiera estado esperando el momento justo para enfrentarla a la verdad. Era lo que se había temido cuando lo vio aparecer en la tienda por la mañana.
- –¿Va a quedarse por aquí mucho tiempo?– preguntó Gracie.
- Antes de que Johanne pudiera contestar Caroline y Molly aparecieron a su lado.
- –Nos ocultas cosas, amiga –la acusó Molly–. ¿Quién es ese hombre alto, blanco y elegante del que todo mundo habla?
- –Por cierto, ¿dónde está? –añadió Caroline.
- Gracie miró con una mueca a las recién llegadas y se apresuró a saludar a unos amigos que estaban en la mesa contigua.
- Johanne explicó a Molly y a Caroline que Dorian era un viejo amigo de la familia. Decidió no comentarles nada sobre la compra de la planta empaquetadora de

manzanas. Desgraciadamente la omisión del motivo de la visita de Dorian la convirtió en objeto de las conjeturas de sus amigas, bastante románticas por lo general. No cesaron de hacerles preguntas hasta que sus maridos llegaron a buscarlas.
Johanne se sintió desconcertada cuando se dio cuenta de que la gente pensaba que Dorian era su amante secreto. Se alegraba de que Dorian no estuviese cerca para oírlo, no quería ni pensar en lo que habría opinado.

- Johanne se ofreció a llevar una taza de café a Gracie. Mientras esperaba en la cola del puesto de bebidas, descubrió que estaban pintando la cara a su hija en el puesto de la guardería. Dorian estaba al lado observándola divertido.
  Aquel día estaba muy distinto, vestido con vaqueros y una camisa informal, apesar de la camisa podian notarse sus brazos musculosos, mucho más musculosos de lo que imaginaba. Stephanie hizo un gesto a Dorian riendo, el respondió con una cálida sonrisa que hizo suspirar a Johanne.

- Dorian era un hombre muy apuesto. Siempre lo había sabido, pero saberlo era una cosa, y sentirlo otra muy distinta. Se daba cuenta de que el corazón le palpitaba cada vez más deprisa ante aquellas sensaciones nuevas.
  Nunca había mirado así a Dorian, pero ahora no podía mirarlo de otra forma.
  Poco a poco se dio cuenta de que Dorian estaba provocando las mismas sensaciones en las mujeres que se encontraban en el puesto de la

guardería. Todas las madres parecían ensimismadas ante su cálida sonrisa.
Aparentemente eran tan sensibles como ella al encanto de aquel hombre.
Pero el hecho de ver que no era la única, no la ayudó a sentirse mejor, aquellas mujeres deberían tener más sentido común, y ella también.

- –¡Johanne, estás aquí!
- La voz de Gabriel la sobresaltó. Conteniendo la respiración, ofreció una débil sonrisa.
- –Gracie y yo queríamos tomar un café después de la comida, pero esa cola es eterna.
- –Por lo menos han comido ya –dijo Gabriel señalándole los bonos de la comida–. mi sobrina quería montar en pony y mi hermana la ha acompañado. Últimamente está haciendo un montón de horas extras.
- –Ah, sí, la culpa. La maldición de todas las madres –comentó Johanne, que en aquel instante se sentía identificada con ella.
- –Vimos a Stephanie montando al pequeño palomino. Tu amigo Dorian estaba con ella.
- –Sí. Se ha presentado aquí de repente esta mañana.
- –Te ha sorprendido ¿no?
- Johanne río, a pesar de sí misma.
  Gabriel no sabía ni la mitad de lo que ocurría. Estaba tentada de contarle que el misterioso comprador de la

planta de manzanas se había dado a conocer por fin, pero el sentimiento de lealtad hacia Dorian se lo impidió.
Gabriel, así como el resto de los habitantes de Golden ya se enteraría a su debido momento.

- Cuando Gabriel se dirigió hacia la cola de la comida, Johanne dirigió de nuevo la mirada hacia el puesto de la guardería. Parecía que estaban dando ya los últimos retoques en la pintura de la cara de Stephanie y Dorian seguía siendo el centro de atención de todas las madres. Sacudió la cabeza. Dorian no tenía ni idea del caos que se desataría cuando se hiciera publica la noticia, sería mejor que se lo advirtiera.

- Complicidad
- Los sobrinos de Gabriel invitaron a Stephanie a jugar, lo que permitió a Johanne acercarse al antiguo edificio de las manzanas.
- Dorian había llegado ya, lo encontró en el interior, con un metro colgado del cinturón y un montón de viejos planos bajo el brazo. Estaba tan concentrado tomando notas en un pequeño bloc que no sintió su presencia.
- –¿Has estado aquí toda la mañana, Dorian?
- Él levantó la vista del bloc.
  Su mirada chispeante se transformó en una bienvenida tan cálida que hizo que el corazón de Johanne diera un

vuelco. Hasta pudo sentir el calor de su mirada que le recorría todo el cuerpo.

- –Estás muy guapa– murmuró.
- –He venido en cuanto he podido– balbuceó, alisándose el dobladillo de la chaqueta con la mano.
- De repente ella se dio cuenta que era una contestación muy anodina a un cumplido tan directo, pero el cosquilleo de su estómago le impidió dar una respuesta más inteligente.
- Dorian cerró el cuaderno de notas y tomó a Johanne de la mano.
- –Ven, quiero comentarte algunas de mis ideas.
- Dorian la guió por el edificio vacío, detallandole varias propuestas y sugerencias sobre las modificaciones que planeaba hacer en el edificio. Estaba lleno de ideas originales.
- A pesar de todas sus reservas sobre la compra del edificio a Johanne le gustaron muchas de las ideas de Dorian, y su entusiasmo la animó, aunque no podía entender por qué estaba tan entusiasmado, seguramente para él un proyecto como aquel no era más que una menudencia. Entonces recordó que Dorian ya no formaba parte de CompWare.
- –Pareces un poco perdido últimamente –espetó sin pensarlo.
- –Quizás haya estado un poco a la deriva por la venta de la compañía, y después con el ataque al corazón de

mi padre, supongo que me he quedado fuera de juego.

- –Creo que lo que realmente necesitas son unas largas vacaciones, tiempo para relajarte y organizarte –dijo Johanne.
- –¿Relajarme y organizarme? –Dorian sacudió la cabeza–. Nada de eso. Necesito sacar este proyecto adelante como sea, antes de poder disfrutar de unas largas vacaciones.
- Johanne entendió lo que Dorian le decía. Le encantaba trabajar. Cuando asumió la dirección de la compañía se acabaron los locos tiempos de su juventud. Recordaba cómo su transformación en el mundo de los negocios había sorprendido a todo el mundo.
- –Pero ¿por qué éste edificio?
- –¿Qué importancia tiene?
- –Me importa a mí.
- Sin embargo Johanne no pudo decir por qué. Tal vez, fuera por su relación con Stephanie, o por lo que podría suceder en el pueblo, o quizás, era por la forma en la que la miraba en aquel momento.
- –No podía quitármelo de la cabeza, tal vez por tus deseos de prosperar, o probablemente por ti –respondió mirándola fijamente a los ojos.
- Johanne sintió que le ardían las mejillas. No sabía muy bien que había querido decir con aquello.

- –Tal vez sólo quería ayudar a una vieja amiga –concluyó Dorian.
- Su comentario la confundió aún más. Se sentía a la vez aliviada y decepcionada.
- –Johanne, ¿te ocurre algo?
- –Todo esto es un error. Si lo haces llevado por un sentimiento de culpa o de lástima. No quiero que sientas lástima por mi, Dorian.
- –No lo hago por eso, créeme –dijo con firmeza, esbozando una leve sonrisa–. Bueno, es cierto que me da un poco de pena que estés estancada en este pueblo.
- La sonrisa de Dorian fue como un bálsamo para la tensión que Johanne sentía en su interior. De repente recordó que había ido allí con intención de ponerlo sobre aviso.
- –Quizá sea yo quien debería sentir lástima por ti –le dijo–. La gente de aquí es muy desconfiada, sobre todo con tres cosas: la gente rica que despilfarra el dinero, los cambios y los forasteros.
- –Yo no estoy despilfarrando el dinero.
- –Es cuestión de opiniones.
- –Opinión equivocada, si me permites decirlo.
- –En cualquier caso, estoy preocupada porque presiento que vas a tener problemas con la gente de este lugar.

- –¿Incluso si hago esto por ti?
- –Para mucha gente, sigo siendo una forastera –le reveló Johanne –. El hecho es que para muchas mentes estrechas, tú y yo somos cómplices en este proyecto.
- –Pero si llevas cinco años en Golden, tienes tu propio negocio aquí.
- Johanne suspiró. Sabía que Dorian no lo comprendería.
- –Golden es un pueblo muy cerrado, y consideran forasteros a todos los que no son de aquí.
- –Entonces, ¿consideran a Stephanie también como forastera?
- –No, ella ha nacido aquí, lo cual significa que la aceptan como uno de ellos. En realidad en Golden se acepta y se cuida mucho a los niños, y eso es lo que más me gusta del pueblo.
- Johanne sabía que si le ocurriese algo a ella, la comunidad se haría cargo de Stephanie, como madre soltera que era, sin familia cerca, aquella convicción la tranquilizaba profundamente. Sin embargo, la opinión que tenían sus convecinos sobre Dorian era un asunto diferente. Johanne le comentó los rumores que corrían entre los habitantes del pueblo sobre el comprador anónimo.
- –Cuando solicites que recalifiquen el edificio para el comercio al por menor habrá que someter la decisión a voto en el ayuntamiento. Prepárate para recibir una fuerte resistencia.

- –¡Ah, las localidades pequeñas…! ¡Cómo me gustan!
- Dorian dejó el cuaderno de notas y los viejos planos sobre un estante vacío, en lo que antes eran las oficinas de la planta.
- –Siento echar un balde de agua fría sobre tu entusiasmo, pero pienso que debes saberlo.
- –De acuerdo, me alegro de que me lo hayas contado, pero no te preocupes, por la forma en que reaccionaste cuando te comenté mis planes de reforma, sospeché que algo así estaba sucediendo.
- –¿Eso es cierto?
- Johanne no acababa de creérselo. Probablemente Dorian intentaba suavizar el asunto.
- Dorian sacó un papel del bolsillo del pantalón.
- –Ése es el motivo por el que he firmado el contrato de compra de una casa, para vivir en ella hasta que el proyecto esté realizado.
- –¿Qué has comprado una casa aquí, en Golden? ¿Cuándo?
- –Ayer, después de la barbacoa –le enseñó una fotografía de la casa–. El hecho de que figure como propietario de una vivienda aquí significa que tengo un interés personal por este sitio. Así que llamé al agente inmobiliario y le pedí ayuda. Ésta fue la primera casa que me enseñó.
- –¿Has comprado la vieja casa Paget? –preguntó Johanne, sorprendida, al ver la fotografía.

- –Sí, ¿la conoces?
- –Desde luego. Todo el mundo sabe que es la propiedad más cara de Golden.
- –Bueno, está totalmente amueblada y tengo intenciones de cambiar a mediados de semana. Eso era todo lo que necesitaba saber –añadió con ironía–. Si sigo en ese motel de carretera durante mucho más tiempo, me convertiré en un zombie.
- Lo absurdo de la situación desarmó a Johanne. Dorian había comprado la planta de empaquetado de manzanas para ayudarla. También había elegido la casa Paget por que quería un sitio agradable donde vivir. Sin embargo, en el pueblo nadie creería que sus motivos eran tan sencillos en realidad. Todo aquel asunto resultaba divertido, y Johanne no pudo evitar soltar una carcajada. Dorian, el habitante más resiente de Golden, estaba dispuesto a emprender un proyecto interesante, pero no podía olvidar que estaban en Golden.
- Dorian la miró como si estuviese loca.
- –¿Por qué te ríes?
- –Porque… –contuvo la respiración para dejar de reírse–. Porque eres imposible.
- –Ya me lo habían dicho antes, pero ésta es la primera vez que me lo dicen a carcajadas.
- –Lo siento.
- –No lo sientas, tienes una risa maravillosa.

- Antes de que Johanne fuese consciente de lo que estaba sucediendo, Dorian la había rodeado con sus brazos.
- –Hacía tiempo que no la oía –continuó él–. Ya sé que no te hace mucha gracia que haya comprado este edificio –añadió, mirándola fijamente.
- Dorian estaba tan cerca de ella que podía sentir su aliento en la frente cuando hablaba.
- –No me hace mucha gracia que lo hayas comprado por mí –corrigió.
- –Tú eres la que tiene sueños, Johanne, y yo puedo ayudar a que se cumplan. Además ¿qué valor tiene el dinero si no sirve para ayudar a un amigo?
- Johanne no sabía cómo responder a semejante razonamiento.
- –Formemos un buen equipo para este proyecto –continuó Dorian–, y no te preocupes por lo que la gente del pueblo pueda pensar. Tú y yo lo haremos realidad –le apretó el hombro con suavidad–. ¡Vamos Johanne! Sé mi cómplice en este crimen.
- Ella sonrió a pesar de sí misma.
  Dorian era tan persuasivo que le resultaba difícil negarle nada.
- El rostro de Dorian se iluminó.
- –¿Significa esa sonrisa que estás de mi lado?

- A Johanne le resultaba difícil recordar los inconvenientes de todo aquel asunto cuando él la rodeaba con sus brazos de aquella manera.
- –Eres tan imposible –insistió, no del todo convencida.
- –¡Vamos, Johanne! ¿Sí o no?
- Ella desearía que la respuesta fuese así de sencilla. Su situación en el pueblo ya era algo problemática, pero las cosas podrían empeorar aun más cuando Dorian viviera en Golden y trabajara con ella. Podría ser un desastre. Se mordió el labio y escrutó la mirada de Dorian. En aquel momento se dio cuenta de que la decisión estaba tomada. El regalo, y su envoltorio, eran demasiado irresistibles para rechazarlo.
- –De acuerdo Dorian. Cuenta conmigo.
- Rebosante de alegría, la levantó en un abrazo.
- –No te arrepentirás, Johanne.
- –Más me vale.
- Dorian la estrechó entre sus brazos sonriente.
- –Vamos a convertir este desastre en un triunfo. –proclamó.
- Sus miradas se encontraron y las respiraciones se mezclaban. Dorian se acercó lentamente dejándose arrastrar por su deseo, y sin dejar pasar un segundo más, la besó ardientemente. Johanne lo miraba, con los ojos entre abiertos, mientras él recorría su boca. Sus miradas se quedaron atrapadas, y sus cuerpos se estrecharon aún más. El primer beso continuó con

otro, más profundo, y Johanne, cerrando los ojos, se abandonó, ajena a todo lo que no fuesen sus besos y la presión de su cuerpo musculoso. Hacía mucho tiempo que no tenía aquellas sensaciones y que nadie la había besado así. El deseo crecía en su interior, mientras un suave gemido surgía de lo más profundo de su garganta. Dorian gimió también, estrechándola aún más contra su cuerpo. Su gemido rebotó en las paredes de cemento del viejo edificio vacío, y el eco estremeció sus sentidos.

- –¡Dorian, no podemos…! –murmuró de repente, apartándose de sus brazos.
- Con respiración agitada y violenta, se alejó de él. Estaba horrorizada y avergonzada. No podía creer que había besado a Dorian de aquella manera.
- –Lo siento, Johanne – susurró Dorian, aún con la respiración entrecortada.
- –¿Te sientes culpable? No te preocupes. Nos hemos dejado atrapar por la euforia del momento. Eso ha sido todo.
- –No debería haber sucedido –dijo, retirándose el pelo de los ojos.
- –Tienes razón. Los socios en los negocios no deberían dejarse llevar así. Ni si quiera los cómplices –añadió alegremente, con la esperanza de suavizar la tensión.
- –Cierto, al menos no entre ellos.

- Mientras conducía en dirección a su casa, Johanne supo que el efecto de los besos de Dorian no eran su único problema; también estaba Stephanie.
- El regreso de Dorian a Golden la había obligado a reconsiderar sus planes de informar al señor Barnes sobre el hecho de que Dalton era el padre de su hija. Permaneció despierta toda la noche, pensando en ello. No sabía cómo podría seguir manteniendo la paternidad de Stephanie en secreto ahora que Dorian se había plantado prácticamente en su puerta. No sería correcto. Tendría que decírselo cuanto antes. Pero la situación había adquirido un nuevo cariz, que lo complicaba todo. Ahora, decir toda la verdad a Dorian no sería tan recomendable como le parecía unas semanas antes. No después de lo que había ocurrido con el edificio. Y desde luego, no después de lo que había sentido con sus besos.

- El amor está en el aire
- El miércoles, Dorian volvió con determinación a sus negocios.
  No pensaría más sobre lo que había sucedido entre Johanne y él.
  Ya había dado suficientes vueltas al tema durante las últimas noches de insomnio en el motel.
  Además aquel era el día de la mudanza. Cuando la furgoneta del servicio de limpieza se alejó de su nueva casa, Dorian entró con dos maletas de ropa y una bolsa con comida precocinada del supermercado.

- Dedicó la tarde a diversos asuntos relacionados con los negocios, utilizando el teléfono móvil, hasta que llegó el técnico para instalar varias líneas nuevas en la casa.
  Tras calentar la cena en el microondas, abrió una cerveza y se felicitó por todo lo que había conseguido. Había alejado de su mente a Johanne y sus indescriptibles besos. Lo estaba haciendo bien.

- De camino al centro del pueblo para una cita que tenía concertada a las siete de la tarde, Dorian pasó por delante de la planta de empaquetado de manzanas. Aquello fue todo, pero el recuerdo de aquellos ardientes momentos en el frío edificio vacío inundó sus pensamientos de manera inevitable.
  Todo volvió al presente: lo bien que se había sentido junto al suave y aromático cuerpo de Johanne, el sabor de sus dulces labios y el mutuo abandono al placer.
  Y no podía olvidar la reacción desinhibida de Johanne, la manera en que se le había ofrecido. El día anterior el ansia de Johanne lo había excitado enormemente. En aquel momento le bastaba con recordarlo para no poder pensar en otra cosa. Ver al veterinario era lo último que deseaba hacer en aquel momento. Gabriel lo esperaba en el ayuntamiento de Golden.

- –Normalmente recibo a gente en mi propia casa –dijo Gabriel tras ofrecerle asiento en la mesa de reuniones–. Pero mi sobrino ha organizado una fiesta, y una docena de niños de ocho años no es la compañía adecuada para hablar de recalificaciones.

- Dorian no podía creer que un concejal estuviese disculpándose por recibirlo en su despacho. Pensó que

sería otro de los comportamientos típicos de los pueblos, de los que Johanne ya le había mencionado en varias ocasiones.

- –¿Sabes que he comprado la planta de empaquetado de manzanas? –preguntó sentándose frente a Gabriel.
- –Johanne me lo ha dicho esta mañana y tengo que reconocer que me ha sorprendido. Tenía la impresión de que no tenías ningún interés en Golden.
- –Así que te ha dicho el motivo por el que hago esto, ¿no es así?
- –Para ayudarla –confirmó Gabriel –. Lo cual me parece muy sensato. Créeme, lo entiendo.
- -Me imaginaba que lo entenderías, *Gabriel*- pensó Dorian con resquicio de resentimiento, a pesar de que sabía que debía mantener la relación de Johanne con Gabriel, fuese la que fuese, separada del asunto que tenía entre manos.
- En el momento en que lo hizo, la cita se desarrolló mejor de lo que él en un principio esperaba. Gabriel creía que podrían conseguir que se aprobara la recalificación del terreno en el siguiente plano del ayuntamiento.
- –No estoy diciendo que vaya a ser fácil –le advirtió–. Y prepárate para oir muchas quejas en las próximas semanas, pero la gente acabará por ceder, mientras no intentes hacerles comulgar con ruedas de molino.

- Muy a su pesar, a Dorian le agradaba aquel hombre, Gabriel era directo, y saltaba a la vista que tenía en mucho aprecio a Johanne.
- –Parece que Johanne y tú están muy unidos –aventuró a decir Dorian, intentando suavizar la situación–. Bueno, quiero que sepas que no tengo intención de inmiscuirme entre ustedes.
- –Eso es muy decente por tu parte Dorian, pero no tienes nada en lo que inmiscuirte.
- –¿Cómo?
- –Johanne y yo estuvimos saliendo durante un tiempo cuando ella llegó a Golden, pero la relación no prosperó, no sé si me entiendes –se reclinó en el asiento, apoyándose la cabeza en las manos–. Seguía enamorada de otro hombre.
- –¿Del padre de Stephanie?
- –No. Me dijo que era otra persona. Alguien con quien pensaba casarse. Nunca me habló demasiado sobre ello –añadió, encogiéndose de hombros–. Por lo demás, probablemente tú sepas qué pasó mejor que yo.
- –Sí, ciertamente –musitó Dorian.
- Gabriel le dirigió una extraña mirada.
- –No has regresado únicamente para ayudar financieramente a Johanne, ¿verdad?
- –Por supuesto que no.

- –Sientes algo por ella, ¿no?
- –No sabes lo que dices –contestó Dorian, agitándose en su incómoda silla.
- Estaba cansado de estar sentado y el aire del despacho estaba cargado.
- –Eso es cierto. Pero es por ella por quien has venido a Golden.
- –Las relaciones entre Johanne y yo se remontan a mucho tiempo atrás –atajó Dorian.
- –Voy a decirte lo que pienso –Gabriel escrutó a Dorian desde el otro lado de la mesa–. Si Johanne me hubiese mirado alguna vez como te miraba a ti en la barbacoa, ésta conversación no estaría teniendo lugar. La relación entre ella y yo sería definitiva.
- –¿De qué me estás hablando?
- –Cuando estabas en el puesto de la guardería con Stephanie, pude darme cuenta de la atención que te prestaba Johanne, no podía quitarte los ojos de encima.
- Dorian se puso de pié.
- –Era a Stephanie a quien miraba. Adora a esa niña.
- –Es una pena que no sea aficionado a las apuestas –dijo Gabriel con una sonrisa–. Me haría rico contigo.
- Dorian eludió la discusión. Aparentemente, Gabriel no conocía a Johanne tan bien como le había parecido en un principio, ni tampoco lo conocía a él.

- Cierto, ayudar a Johanne no era la única razón que le había llevado a comprar la planta empaquetadora de manzanas. Tras los últimos meses desperdiciados, necesitaba encontrar algo productivo que hacer. Después de haber vendido la compañía necesitaba una razón de ser. Pero nada de aquello tenía que ver con Gabriel, por lo que no le ofreció más explicaciones. A pesar de que la reunión acabó con un cordial apretón de manos, no le agradó la expresión de Gabriel. A Dorian le resultaba difícil quitarse de la cabeza lo que Gabriel le había dicho, sobre todo después de la forma en que Johanne lo había besado. Empezaba a pensar que era posible que el veterinario tuviera razón cuando comentó cómo lo miraba Johanne en la barbacoa.
- Mientras se dirigía a su coche, echó un vistazo a la tienda de Johanne. Se veían luces a través del escaparate. Todos los comercios de alrededor estaban cerrados, y Dorian empezó a preocuparse. El reflejo de la luna lo guiaba en la oscuridad. Atravesó el césped en silencio, se acercó a la ventana y miró al interior de la tienda. Sus temores se desvanecieron, Johanne estaba atareada desempaquetando cajas. Estaba sola pero a salvo.
- Dorian la observó mientras tomaba las botellas y frascos de colores y los colocaba en la estantería. Vestía una sencilla camiseta blanca y unos vaqueros azules. Llevaba el pelo recogido en una desenfadada cola de caballo. Aquella era la Johanne que había conocido tantos años atrás. Sin embargo, era a la vez una persona distinta. Su deliciosa figura se parecía

poco ahora a la de la escuálida adolescente que recordaba. En realidad, nada era igual que antes. Sólo perduraban sus sentimientos hacia Johanne.

- Aunque ahora tuviera que comportarse como un adulto, encontraba imposible no pensar en ella como la chica con la que creció. La chica con la que su hermano iba a casarse. Y el recuerdo de aquel condenado beso tampoco ayudaba. Dorian golpeó la ventana con los nudillos. Johanne se giró. Sus ojos castaños se agrandaron sorprendidos, aunque Dorian no supo si aquello indicaba que se alegraba de verlo.
- –¿Qué haces aquí? –preguntó ella tras abrir la puerta.
- Dorian habló de la cita que había tenido con Gabriel.
- –Cuando vi las luces de la tienda encendidas –añadió– decidí entrar a echar un vistazo. Es bastante tarde para que estés aquí, ¿no?
- –Esta mañana llevé a Stephanie y a unos amigos suyos a la biblioteca y a la oficina de correos –explicó Johanne, volviendo a sus cajas y a la lista del inventario–. Estoy intentando terminar con este último pedido.
- –¿Puedo echarte una mano?
- Johanne echó una mirada a las cajas aún sin abrir, apiladas detrás del mostrador.
- –Espero que lo digas en serio, Dorian, porque voy a aceptar tu ofrecimiento.
- –A sus órdenes, señora.

- Se alegraba de poder ayudarla, y de que ella no lo hubiese rechazado. No quería volver aún a la casa vacía, aunque no sabía bien por qué. A fin de cuentas, había pasado la mayor parte de su vida de adulto en habitaciones de hotel, y casas de todo tipo vacías, y muy pocas veces había alguien esperándolo.
  Johanne señaló las cajas que tenían el rótulo *Girasoles dorados de Verano* y le indicó que colocase su contenido en las estanterías de enfrente.
- —Después puedes colocar en el espacio que quede la línea *Fresa de Primavera* y la nueva línea de verano.
- Dorian se puso manos a la obra y, enseguida, ambos se encontraban trabajando en un agradable silencio.
- Dorian no podía evitar quedarse mirando a Johanne a menudo. Cuando no observaba sus suaves curvas, contemplaba sus delicados movimientos.
- Con la estantería a medio llenar, Dorian abrió la última caja de la línea de los girasoles. Sacó una pequeña cesta dorada de gomas para el pelo, llamadas *Espuma* No pudo evitar sonreír.
- Johanne se acercó.
- –¿Qué es lo que te hace tanta gracia?
- –Nada, es solo que me resulta extraño que llamen así a una goma para el pelo. ¿No crees?
- Confundida, Johanne arrugó la nariz y sonrió.
  Siguieron trabajando en silencio.

- –He estado pensando en ti hoy –dijo Johanne al cabo de un rato, mirándolo desde el mostrador con las manos en la barbilla.
- –¿Bien o mal? –preguntó mientras recogía las cajas vacías.
- –Me he estado preguntando qué habrás estado haciendo durante estos últimos años. Quiero decir, que hemos estado hablando largo y tendido sobre mi vida, pero no me has dicho nada sobre la tuya.
- –No hay mucho qué decir –dijo mientras llevaba los cartones al cuarto trasero con la basura–. He estado dirigiendo CompWare.
- –Cualquiera diría que estabas casado con ese negocio.
- –Es curioso que digas eso. Mi prometida decía que parecía que estaba ligado con la compañía.
- –¿Estuviste comprometido?
- –Durante un año, mas o menos.
- –¿Qué sucedió?
- –Todo se desencadenó con la pérdida de CompWare. Eso sacó a la luz las grietas de nuestra relación.
- Johanne arrugó la nariz.
- –Si tu prometida odiaba la compañía, ¿no se alegró con la venta de la empresa?
- –Sí, estaba deseando que se vendiera. Quería que nos dedicáramos a disfrutar del dinero, pero no me decidía a dar el paso. No estaba convencido de que vender

fuera lo que quería hacer. Para ella, esa fue la gota que derramó el vaso, así que se marchó.

- –Pero no entiendo. Al final vendiste la empresa, ¿no?
- –Demasiado tarde para Jessica.
- –¿No fuiste a buscarla tras la venta? ¿No intentaste que volviese contigo?
- Dorian se quedó impresionado por la importancia que Johanne daba a aquello. Quizás siguiese pensando que todas las mujeres tenían que estar tan locamente enamoradas de su prometido como ella lo había estado de Dalton.
- –Mira Johanne, Jessica quería cosas que yo no le podía dar, como por ejemplo, que le dedicara toda mi atención. Yo no quería retirarme y marcharme a disfrutar de unas vacaciones permanentes. No me importaba todo el dinero que podría haber ganado con la venta. Pero Jessica no tuvo toda la culpa, en primer lugar mis razones para pedirle que se casara conmigo no fueron las mejores, desgraciadamente me di cuenta demasiado tarde. Ya se lo había pedido y ella había contestado que sí.
- –¿Cuáles fueron los motivos?
- –Sobre todo, pensé que era el momento de sentar cabeza. No tenía vida fuera de CompWare. Mi padre y su mujer se habían trasladado a Florida, y la mayoría de mis amigos tenían su propia familia.
- –¿Te sentías solo?

- –Creo que no, al menos en ese momento –se colocó delante de Johanne –. La relación entre Jessica y yo había pasado por fases de unión y separación durante mas o menos un año. Era guapa, me caía bien… y estaba allí. En apariencia, era una buena idea que nos comprometiéramos. Nuestras familias se alegraron mucho. Fue duro para todos ver cómo cambiaron las cosas. Ni si quiera mi padre lo entendió.
- Johanne le puso la mano en el hombro.
- –Ya veo.
- Conmovido por la amabilidad de su voz, Dorian encontró su mirada.
- –Sé que tu me entiendes –murmuró deslizando sus manos sobre las de ella.
- Sujetó las suaves y finas manos de Johanne contra su pecho, deseando contarle más. Quería que Johanne supiese cómo había deseado tener a alguien con quien compartir los buenos y malos momentos de cada día; alguien a quien pudiese mimar de la misma manera que su padre mimaba a su esposa; alguien que lo amara de la misma manera que ella había amado a Dalton.
- Sintió algo muy intenso mientras su mirada se hundía en la profundidad de la de Johanne. Era aquella unión, aquella conexión la que había estado buscando con Jessica y, quizás, con todas las mujeres con las que había estado. Ahora Dorian lo sintió, y reconoció qué era y qué significaba. Estaba demasiado abrumado para darse cuenta de lo irónico que era que sintiera

algo así por Johanne. La fuerza de sus emociones le oprimía el corazón. Dejó la mano de Johanne sobre el mostrador, alegrándose de que el mármol separase sus cuerpos.

- –En absoluto.
- Se quedaron mirándose algo tensos. Por fin, Johanne rompió el prolongado silencio.
- –Se está haciendo algo tarde. Puedo terminar con esto por la mañana.
- Después de ayudarla a cerrar la tienda, Dorian acompañó a Johanne hasta su coche. Era el momento de darse las buenas noches, pero no estaba dispuesto a separarse de ella.
- –Hoy me he puesto en contacto con varios contratistas, y he encontrado algunos interesantes –le dijo, con la esperanza de ganar tiempo–. Tengo los papeles en el coche. ¿Por qué no vamos a tomar un café o una copa y le echamos un vistazo?
- –A estas horas ya no debe haber nada abierto, Dorian.
- –Es cierto, debería saberlo –dijo con resignación.
- –Además me tengo que ir a casa a relevar a Gracie –abrió la puerta desde el coche–. Pero me gustaría echarle un vistazo a esos papeles. Puedes traérmelos cuando quieras.
- Dorian se quedó de pie en el bordillo mirándola, hasta que perdió de vista las luces de su coche. Respiró profundamente y el aire fresco de la noche llenó sus

pulmones. Mientras caminaba hacia su coche, una ligera brisa movía las ramas de los viejos robles. El ruido atrajo su atención hacia el cielo nocturno, azul oscuro y salpicado de estrellas.
Todo le parecía más intenso ahora: la fuerza del aire, el sonido del viento en los árboles y la visión de la luna en el cielo sin nubes.
Incluso el cálido olor de Johanne permaneció en él, haciéndole sentirse más vivo que en mucho tiempo.
Con todo lo que había fracasado en su vida en los últimos años, como la muerte de Dalton, su ruptura con Jessica y la venta de CompWare, había estado muy ocupado para darse cuenta de aquel vacío.

- Aquella noche todo le proporcionaba un profundo alivio, no sólo de sus preocupaciones cotidianas, si no también del dolor de su corazón.
Se dio cuenta de que era posible que Gabriel tuviera razón. Quizás había ido a Golden para estar cerca de Johanne, no sólo para ayudarla. Pero no creía que Johanne pudiera dejar atrás su pasado y mirarlo con ojos diferentes, que lo aceptara como un hombre que la amaba. Se llenó los pulmones con el fresco aire nocturno antes de introducirse en su coche, cerrar la puerta y poner en marcha el contacto.
- –En fin –se dijo en voz alta–. Tendré que averiguarlo.

- Celestina al rescate
- Johanne introdujo varios ficheros con trabajo en una enorme bolsa y se dirigió a casa para comer.

- La tienda cerraba los martes por la tarde, y había decidido aprovechar para revisar los papeles del último envío. Hacía un día espléndido. Ya se imaginaba sentada en la hierba, bajo el cálido sol, revisando los papeles mientras Stephanie jugaba a su lado.
  Pero el tráfico que encontró en la carretera no formaba parte de sus idílicos planes.
- La furgoneta de Caroline estaba aparcada de cualquier manera, como de costumbre, detrás del viejo sedan de Johanne. Por si fuera poco, allí estaba también el Mercedes de Dorian. Le bastó con ver el coche para sentir un nudo en el estómago. Tras su encuentro la noche anterior, no esperaba ver a Dorian tan pronto. No estaba segura de estar preparada después de la carga emocional que le había provocado su conversación.
- Al entrar a la casa, Johanne tuvo la sensación de estar en medio de una fiesta. Stephanie y los dos hijos de Caroline correteaban de una habitación a otra, comiendo enormes galletas de chocolate. Caroline y Dorian estaban sentados en la mesa del corredor, bebiendo té helado, hablando y riendo. Caroline fue la primera en verla.
- –Vaya, por fin has llegado. Nos preguntábamos por qué tardabas tanto.
- Había demasiado ruido al rededor para explicarles lo pesado que había sido el último cliente.
- –¿Se puede saber qué pasa aquí? –preguntó, intentado hacerse oír por encima del estruendo que provocaban

los niños–. ¿Por qué están los niños comiendo galletas ahora? Es la hora de la comida.

- –Es culpa mía, Johanne –se disculpó Dorian –. He comprado una docena de galletas para Stephanie, pero los niños han abierto la bolsa.
- –Ya les dije que era demasiado pronto para tomar chucherías –gritó Gracie malhumorada desde la cocina–. Stephanie no ha comido nada aún, y ahora los tres están empachados.
- –No culpes a Dorian –le rogó Caroline –. Yo les he dado permiso. Stephanie estaba muy ilusionada porque Dorian le había traído una sorpresa. Tenías que haber visto su cara. No pensé que te importara por una vez.
- –De acuerdo –dijo Johanne –, pero ¿por qué no mandan a los niños fuera a dar varias vueltas alrededor de la casa? Eso los tranquilizará.
- –Tienes razón. Probablemente tendría que haberlos mandado fuera antes –dijo Caroline recogiendo la mesa–. Pero nos hemos puesto a hablar sobre la planta empaquetadora y no nos hemos dado cuenta. Y, además no me habías dicho que este maravilloso hombre me podría ayudar a montar mi librería.
- Johanne lanzó una mirada recelosa a Dorian. Él extendió los brazos y se encogió de hombros tímidamente.
  Cuando Caroline salió a vigilar a los niños, Johanne se sentó junto a Dorian.

- –Así que tú eres el hombre que va a ayudar a Caroline a montar su negocio de la librería.
- –Esas han sido sus palabras, no las mías. Sólo le he revelado el motivo de mi visita –explicó con aire inocente–. Francamente, me sorprende que no le hayas contado nada sobre la planta empaquetadora.
- –Supongo que ya se enterará por otra vía.
- Lo cierto era que Johanne no quería que sus amigos mal interpretaran los motivos de Dorian, o los suyos. Gabriel era el único que, sin duda, no llegaría a conclusiones erróneas. Caroline y Molly eran maravillosas, pero incurablemente románticas. Por otro lado, Johanne era la única que no tenía pareja. La única con la que podían actuar de celestinas.
- –Por cierto ¿qué te trae por aquí?
- –Los papeles que te comenté anoche –dijo Dorian, poniéndolos sobre la mesa–. Me dijiste que los trajera para echarles un vistazo. ¿No te acuerdas?
- Vagamente. Probablemente porque la conversación tuvo lugar cuando tenía la cabeza en otro sitio. Sin embargo, sí recordaba cómo su corazón había empezado a latir cuando vio a Dorian espiándola por la ventana de la tienda; cómo había disfrutado trabajar con él. Recordaba cómo se había sorprendido de que le contase cosas sobre su antigua novia, cómo se había sentido derretir cuando él atrajo su mano contra su pecho.
- –Los miraré esta noche.

- –He pensado que podríamos revisarlos juntos después de comer.
- –Lo único que tengo para comer son unos emparedados de mantequilla de cacahuetes con mermelada. No había contado con este imprevisto.
- –Johanne, te estaba proponiendo que fuésemos a comer fuera, a algún sitio agradable y tranquilo.
- –Hoy no puedo comer fuera de casa.
- De repente, Caroline reapareció junto a la mesa.
- –Por supuesto que puedes, Johanne. La tienda está cerrada y tienes la tarde libre.
- –Pero aún tengo trabajo que hacer. Y tengo que cuidar a Stephanie. Gracie tiene que fregar los suelos de su casa esta tarde, y le he dicho que me encargaré de Steph.
- –Podemos llevarnos a Stephanie –ofreció Dorian, aunque con notable falta de entusiasmo.
- –No, no. Es ridículo –insistió Caroline, agitando la cabeza energéticamente–. Yo me llevaré a Stephanie esta tarde.
- –Pero no me gustaría ponerte en un compromiso, Caroline.
- –No te preocupes. No lo estás haciendo. El motivo de que hayamos venido los niños y yo es que queríamos invitar a Stephanie a casa a comer y jugar con el aspersor.

- Si Caroline estaba improvisando para ayudarla, la idea del aspersor había sido muy acertada. La tarde prometía ser calurosa, y correr en el jardín bajo el aspersor era una de las aficiones favoritas de Stephanie. Caroline lo sabía muy bien.
- –De acuerdo. Si eso es lo que todos quieren, Stephanie puede irse con ustedes.
- –¿Significa eso que vendrás a comer conmigo? –preguntó Dorian con una sonrisa.
- –Es lo que debería hacer –Caroline captó la mirada cómplice que le lanzó Dorian –. Y llévala a la River House Tea Room, en Waterford. Es un sitio pequeño e íntimo, muy agradable.
- –Basta con que sea tranquilo, no es necesario que sea íntimo –murmuró Johanne.
- –La comida no está mal –añadió Caroline, haciendo oídos sordos a su amiga–, si no pretendes comer grandes raciones.
- Dorian miró a Johanne.
- –Suena bien. ¿Te gustaría ir?
- Al menos se lo había preguntado, que era más de lo que ella esperaba.
- –Por supuesto que quiero ir. El River House Tea Room es un lugar muy agradable, si es lo que te apetece.
- –Es exactamente lo que me apetece.
- –De acuerdo –anunció Caroline.

- Se levantó de la silla y salió a la puerta a llamar a los niños. Prepararon una bolsa con la ropa de baño de Stephanie, y Johanne quedó en recoger a la niña a última hora de la tarde. Stephanie estaba tan emocionada ante la idea de irse con Caroline que dio a su madre un rápido beso en la mejilla y se fue corriendo al coche de Caroline.
- –No tengas prisa en recoger a la niña –gritó Caroline a Johanne mientras se alejaba–. Puede quedarse a cenar.
- –Pero si nosotros sólo vamos a ir a comer –protestó Johanne.
- –Bueno, tómate tu tiempo y disfruta. Necesitas divertirte un poco.
- –Vamos a hablar de negocios –le recordó Johanne –, pero gracias por quedarte con Stephanie.
- –Es solo una divertida coincidencia. Ah, por cierto, casi se me olvida darte los pendientes que me prestaste. Llevo días intentando devolvértelos.
- Caroline depositó una cajita en las manos de Johanne y se marchó. Había estado prometiéndole devolver los pendientes de oro desde la noche que salieron juntas a tomar algo la semana anterior. De repente, Johanne sospechó que aquél era el auténtico motivo por el que su amiga se había pasado por su casa. La invitación a Stephanie no tenía nada que ver. No pudo reprimir la risa. La única feliz coincidencia, para Caroline, era que por fin había podido actuar de celestina con ella.

- Tras sentarse en la mejor mesa del River House Tea Room, Dorian explicó a Johanne con tanta rapidez las reformas que tenía planeadas que la mareó.
  Una vez concluida la conversación de negocios, antes de que llegaran los entremeses, Johanne pensó que había llegado el momento de informar a Dorian de que Stephanie era su sobrina. Le habría gustado contárselo antes, pero desde su regreso a Golden sólo habían estado a solas un par de veces. Y cada vez que había tenido intención de contárselo se había echado para atrás, como el día en que se besaron en la planta empaquetadora, o cuando él le contó la historia de la ruptura con su prometida.
- –Cuéntame algo sobre este sitio –dijo Dorian, atrayendo la atención de Johanne–. Debió ser una mansión en el pasado.
- –Era la residencia de verano de Elizabeth C. Paget, la heredera de un magnate del ferrocarril de Boston. La mandó edificar alrededor de 1980.
- –¿Paget? ¿Tiene algo que ver con mi nueva casa?
- –La mandó edificar para un primo lejano, poco antes de morir. Pero tengo entendido que el primo nunca llegó a vivir allí.
- –¿Se trata de la misma Paget de la librería Paget de la calle Paget, en Golden?
- Johanne asintió.
- –Donó mucho dinero a las localidades de la zona. Cuando murió, legó esta mansión al ayuntamiento de

Waterford, junto con un fondo fiduciario para su mantenimiento. Convirtieron la sala de baile de verano en un restaurante, y el resto de la mansión se alquila para bodas y reuniones de empresa.

- –Es un magnífico lugar, a pesar de quedar un poco apartado. Y ésta vista del río es impresionante.
- Johanne siguió la mirada de Dorian al espléndido panorama que se divisaba desde su mesa, junto al balcón. Los fascinantes riscos, el claro y estrecho río que discurría abajo y el cielo azul constituían un paisaje típico de la zona durante la primavera y el verano. Parecía un pequeño paraíso.
- –Comprendo que la vieja Elizabeth volviera una y otra vez –murmuró Johanne, dejándose llevar por la paz del momento.
- –Te gusta mucho este lugar ¿verdad?
- –Sí, me gusta mucho. Aquí me siento en casa.
- –¿Por qué? –preguntó Dorian, inclinándose hacia ella–. ¿Qué es lo que encuentras aquí en Golden, que te hace sentir de esta manera?
- Johanne no tuvo que pensarlo dos veces. Lo supo desde el primer momento que se paseó por aquellos lugares.
- –Porque aquí mi pasado estaba limpio. No importaba quién fuera, ni quiénes hubiesen sido mis padres. El hecho de que mi novio me hubiere abandonado en el altar el día de mi boda, o que el padre de mi hija no supiese de su existencia eran cosas irrelevantes. Aquí

podría criar a mi hija y sacar el negocio adelante por mí misma. Aquí podía ser realmente yo, sin que el pasado se interpusiera en mi camino. Por lo menos, hasta que tú apareciste.

- –¿Sientes que haya venido?
- –Al principio sí, pero ahora que estás aquí… –respondió con ironía.
- Johanne pensó que aquella conversación sería un buen preludio para contarle la verdad sobre Dalton y Stephanie. Pero antes de que pudiera pensar en cómo decírselo, la camarera sentó un grupo de cuatro personas en la mesa de al lado, rompiendo la intimidad del momento, ahora que estaba apunto de revelarle un doloroso secreto.
  Poco después, la camarera les sirvió el segundo plato, desalentándola definitivamente para iniciar su confesión.
- Mientras estaban comiendo, Dorian le preguntó sobre las personas que había conocido en la ciudad desde su llegada. A Johanne no le importó. Le gustaba hablar sobre sus buenos amigos y sus agradables vecinos.
  Tras deleitarse con una buena ración de tarta de fresa como postre, Johanne sugirió ir a dar un paseo por el campo.
- –Hay un pequeño bosque junto al río. Allí podemos descansar un rato a la sombra y caminar luego hacia el coche, colina arriba, para quemar calorías.
- El paseo le daría además otra oportunidad para confesar a Dorian que Dalton era el padre de

Stephanie. O simplemente, en el fondo, quería estar a solas, con él.

- Oportunidad bajo el agua
- El sendero que conducía al bosque era pedregoso. Según se iba estrechando, Dorian pasó delante, tomándola de la mano, para guiarla por los altibajos del camino. Su gesto solícito, aunque innecesario, encantó a Johanne. Era agradable saber que, en circunstancias como aquélla, había alguien al lado para sujetarla si tropezaba. Pero no creía que Dorian fuera a seguir a su lado después de saber que le había mentido.
- –Este paseo ha merecido la pena –declaró Dorian, cuando llegaron al final del bosquecillo.
- Había un gran banco de madera, pero prefirió echarse en el suelo, sobre la frondosa hierba a la orilla.
- Johanne estaba contenta de que dispusieran del lugar para ellos solos. Sin distracciones. Dorian parecía muy relajado. Apoyado en los codos, con las piernas estiradas sobre la hierba, contemplaba el suave discurrir del agua.
  Johanne sentía una gran calma. Parecía el momento indicado para hablarle. No había excusas.
  La sonrisa perezosa que Dorian le dedicó cuando se sentó junto a él la estremeció. Esperaba que no fuese su última sonrisa.

- –Me alegra que tengamos esta oportunidad para hablar, Dorian.
- Él giró su rostro hacia ella, apoyándose la mejilla en la mano.
- –Yo también. Creía que querrías volver rápido a casa después de comer.
- –Aún no hemos hablado sobre Dalton –dijo ella.
- –No, no hemos hablado.
- –Ahora podemos hablar.
- –No.
- –¿No?
- Johanne se quedó desconcertada.
- –Ahora no, por favor –añadió Dorian.
- –Pero deberíamos hacerlo.
- –Probablemente, pero no hoy, por favor.
- Miró a Johanne. La expresión de sus profundos ojos marrones le pedía que cambiara de opinión.
- –Hace un día precioso –insistió Dorian –, y estamos disfrutándolo juntos. ¿Por qué echarlo a perder?
- –No era mi intención estropearte el día.
- Su tono de desánimo hizo que Dorian se incorporase, sentándose junto a ella.

- –Déjame explicarte. He estado pensando sobre lo que me dijiste, sobre tu nueva vida en Golden y sobre que ahora te aceptan por lo que eres y no por lo que fuiste. Así debería ser también para nosotros.
- –¿Crees que es posible? Hace siglos que nos conocemos.
- –Ahora me siento como si acabara de conocerte. Todo lo que dices y haces es nuevo para mí. Ahora todo es… es…
- Levantando la mirada al cielo, buscando las palabras exactas para poder explicarle lo que sentía, la tomó de la mano y dijo:
- –Me gusta la Johanne que eres ahora. Me gusta estar contigo.
- El pulso de Johanne se aceleraba mientras los largos dedos jugueteaban entre los suyos.
- Hasta aquel momento, nunca se había dado cuenta de que Dorian no la trataba como trataría a la novia de su hermano.
  Sí, estaba el beso del domingo por la mañana, pero lo había interpretado como una reacción normal en un momento de excitación emocional.
  Era cierto que su actitud hacia Dorian se había ido modificando gradualmente en los últimos días. Pero no podía dejar de pensar en el pasado. Tal vez hubiese llegado el momento de cambiar. Si Dorian era capaz de cambiar sus sentimientos, ella también podría hacerlo. A fin de cuentas, hasta hacía poco era el poderoso propietario de CompWare Inc. A todos los

efectos, ahora era Dorian Barnes, constructor independiente y nuevo residente de Golden.

- –Entonces, has decidido olvidar el pasado y empezar de nuevo. ¿No es así?
- –Con todo mi corazón.
- El brillo sensual de su sonrisa fue suficiente para entrecortar la respiración de Johanne.
- –Entonces, de acuerdo. Seremos una nueva Johanne y un nuevo Dorian durante el resto del día.
- Johanne decidió posponer una vez más la revelación de su secreto.
- –Gracias, Johanne.
- El roce de Dorian hizo subir la temperatura en la piel de Johanne mientras se preguntaba hasta dónde llegaría el cambio que habían pactado.
  A pesar de que la tentación era considerable, no estaba dispuesta a pasar la tarde mirándolo a los ojos. Soltó la mano de Dorian y se sentó con las rodilllas dobladas entre los brazos. Pasó un largo rato mirando las frescas aguas del río. De repente, tuvo un impulso.
- –El agua del río es demasiado valiosa como para dejarla pasar –declaró Johanne, quitándose las zapatillas–. Vamos a vadearlo.
- –¿Bromeas?
- –Será divertido –dijo Johanne, poniéndose en pie.
- –No he hecho nada parecido desde que era niño.

- —Lo imaginaba. Ya va siendo hora de que dejes atrás el pasado.
- Johanne lo tomó por la mano.
- —Ya veo. Es algún tipo de reto, ¿eh?
- Johanne asintió.
- —Para tí es fácil porque llevas falda —Se lamentó Dorian.
- Pero se quitó los zapatos, se subió los pantalones hasta la rodilla y se incorporó de un salto.
- –¿Vamos?
- Johanne lo condujo a la orilla del río. Introdujo los pies en el agua templada por el sol y se volvió para mirar a Dorian.
- –¿Listo?
- –Sí, estoy listo. Espero no parecer tan ridículo como me siento.
- –¿Tú, ridículo? No con esas preciosas piernas que tienes. Además, la temperatura del agua es tan agradable que se te van a olvidar todas las tonterías.
- Dorian la siguió al río, resignado.
  Caminaron juntos río abajo, con cuidado de no resbalar con las piedras.
  Johanne se sentía una niña.
  Se preguntaba qué pensaría Stephanie de su madre si la viese en aquel momento.

- –¿Qué es lo que te parece tan divertido? –preguntó Dorian.
- Mientras contestaba, Johanne se fijó en los mechones oscuros que caían sobre los ojos de Dorian. Llevaba la camisa por fuera de los pantalones, y tenía las perneras empapadas. Era un nuevo Dorian, muy distinto de la imagen que Johanne tenía de él. Lo encontró más atractivo que nunca.
- –Stephanie saltaría al agua con nosotros, y Gracie pensaría que estamos locos –comentó Dorian.
- –Desde luego. Gracie es muy conservadora, y nunca se le ocurriría hacer algo así.
- –Sí, es muy conservadora y también muy protectora –añadió Dorian, retirándose el cabello de los ojos.
- –Es cautelosa por naturaleza, pero deberías darle un voto de… ¡Oh!
- Se golpeó el talón contra una de las resbaladizas rocas del fondo, perdiendo el equilibrio.
- –¡Cuidado! –gritó Dorian, sujetándola por la cintura para evitar que cayese.
- Pero no llegó a tiempo. En un instante Johanne se hundió en el agua arrastrándolo con ella. Sacando la cabeza a la superficie Johanne tosió y expulsó el agua que había tragado. Dorian salió un momento después, rodeando aún su cintura con el brazo.
- –¿Estás bien Johanne?

- –Sí –respondió con la respiración entrecortada–. Me resbalé con una piedra, ¿puedes creerlo?
- Dorian la tomó de la mano y se sentaron juntos en una roca. El agua, poco profunda, apenas les llegaba a la cintura.
- –Temía que pasara algo así. ¡Mira qué aspecto tenemos!
- Johanne se retiró el cabello de la cara.
- –Tienes razón en cuanto al aspecto, pero debes reconocer que el agua resulta muy refrescante.
- –Es mucho mejor que refrescarse bajo el aspersor del jardín –añadió Dorian riendo.
- –Así se habla.
- De repente Johanne estalló en una carcajada.
- –¿Se puede saber de qué te ríes ahora? –preguntó Dorian perplejo.
- –Estaba pensando otra vez en Gracie ¿Qué diría si nos viera?
- Johanne no pensaba que aquello pudiera resultar divertido a Gracie.
  Se la imaginaba de pie en la orilla, con los brazos cruzados y con mirada desaprobadora.
  Aunque tal vez fuera ella misma la que realmente desaprobaba todo aquello. Una madre responsable no debería estar en medio de un río, con un hombre que alteraba de aquella manera sus sentidos. Pero Johanne había controlado por mucho tiempo cada uno de sus

actos. Durante los últimos cinco años había trabajado duro para conseguir una vida segura y respetable para su hija. Pero también había atravesado momentos en que se había sentido muy débil e insegura, atrapada en las responsabilidades de cada día, a menudo había olvidado que sólo tenía veintiséis años.

- –Creo que Gracie nos va a regañar –continuó Johanne, pasando un brazo por la espalda de Dorian.– Pero no importa. Lo estoy pasando muy bien.
- Dorian apoyó la mejilla en el cuello de Johanne. Una deliciosa sensación de debilidad inundó su húmeda piel, despertando todos los nervios de su cuerpo.
- Bajo el agua Dorian la estrechó por la cintura y apretó los labios contra su cuello, provocándole un escalofrío de placer que la recorrió de la cabeza a los pies.
- –¿Tienes frío? –murmuró Dorian solícito, templándola con su aliento.
- –En realidad, no.
- Johanne se volcó en el beso.
  Sintió que perdía la respiración.
  La boca de Dorian inició un lento camino de caricias a lo largo de la curva de su cuello. Johanne sintió un inmenso calor en su interior. A pesar del frenético ritmo de su corazón, su cuerpo empezaba a sentirse realmente vivo.
  Dorian la besó en el mentón, luego en la mejilla. Su mano derecha se dirigió bajo el agua hacia sus senos, recogiendo su redonda suavidad en el interior de las

manos. Johanne cerró los ojos dejándose llevar por el placer, hasta que su cuerpo empezó a temblar.

- –Oh, Johanne.
- Con un quejido, ella abrió los labios a la lengua que le invadía. Sintió que se le derretían todos los miembros cuando su beso se hizo aún más intenso, más apasionado. Llevada por una sed insaciable, bebió profundamente de su boca. Sintiendo a Johanne sumergirse en una espiral de excitación, Dorian deslizó las manos bajo el agua, hacia las nalgas de Johanne. Un gemido vibró en su garganta, y agitó las caderas contra las de ellas. Su deseo era evidente. El agua fluía a su alrededor. El cuerpo de Johanne nunca había reaccionado de aquella forma. Las sensaciones nunca había sido tan intensas. Sabía que tenía que mantenerse bajo control, aunque no estaba segura de ser capaz. Apretando las manos contra el pecho de Dorian trató de desprenderse de él. Dorian se aferró rápidamente a su cintura.
- –No, por favor –gimió cuando ella separó la boca.
- –Esto es ridículo Dorian.
- –Ridículo o no, está sucediendo.
- La voz de Dorian sonaba entrecortada. La miraba con un brillo de deseo en los ojos.
- –Quiero que esto suceda, y creo que tú también.
- No era la primera vez que Johanne escuchaba aquella frase. La pasión, el calor y el deseo que sentía desaparecieron como por arte de magia.

- –No, yo no quiero.
- Se separó de Dorian con un movimiento rápido y gesto enfadado. Llegó a la orilla y se escurrió el vestido empapado.
- –Johanne, espera.
- Los ojos de Johanne estaban brillantes, tal vez por las lágrimas o tal vez por el agua. No sabía si le había molestado más la invitación de Dorian o su respuesta desinhibida. Se puso de nuevo los zapatos.
- Dorian salió del río, chorreando, y se giró hacia ella.
- –Johanne, por favor. Tenemos que hablar.
- Estaba de acuerdo en que tenían que hablar, pero en aquel momento se sentía demasiado alterada para confesarle su secreto sobre Dalton y Stephanie. O para hablar con él de cualquier otra cosa.
- –¿Cómo vamos a hablar ahora que estamos empapados? Me voy al coche.
- Dorian la tomó por el brazo.
- –Siento haberme comportado así. Disculpa si te he asustado con mi brusquedad.
- Johanne cometió el error de mirarlo a los ojos. El deseo que la había inundado unos momentos antes se había transformado en una emoción que no podía descifrar.
- –No me asustaste.
- –Entonces, ¿qué te pasa?

- –Es toda esta historia entre nosotros. Es una locura. No quiero seguir con esto. El hecho de que haya cometido un error una vez no quiere decir que vaya a repetirlo.
- –¿Estás diciendo que pienso que eres una mujer fácil? –preguntó Dorian con incredulidad–. Eso sí que es ridículo.
- –Para mí no lo es, y no me voy a quedar aquí como una idiota para intentar explicártelo.
- Giró en redondo y comenzó a subir la pequeña colina hacia el restaurante. Necesitaba poner espacio entre ellos, aunque fuese tan sólo durante algunos minutos. Le resultaba imposible pensar correctamente cuando tenía la mente confusa, el tobillo dolorido y la ropa empapada.
- Se quedó esperándolo junto al coche. Sintió una ráfaga de viento helado en los brazos desnudos y se puso a temblar. Cuando Dorian llegó al aparcamiento, se sacó las llaves del bolsillo y apenas miró a Johanne cuando ella se dirigió a la parte trasera del coche. Él sacó una manta del maletero.
- –Ten –dijo, extendiéndola–. Ponte esto encima antes de que te dé una pulmonía.
- No intercambiaron ni una palabra mientras ella se tapaba con la manta y Dorian abría la puerta delantera del coche. Volvieron a Golden en completo silencio. La tensión entre ellos era evidente.
- Johanne ya había dejado de tiritar cuando tomaron el desvío hacia su casa. Dorian aparcó el coche y se

quedó esperando a que Johanne se apeara pero ella sintió que no podía dejarlo así con todo lo que faltaba por decir. Por fin, decidió quedarse un momento, y Dorian apagó el motor.

- –Pienso que eres una mujer maravillosa, Johanne. Admiro todo lo que has hecho mucho más allá de lo que soy capaz de explicar –dijo con voz solemne y baja, sin mirarla a los ojos–. Tengo también otros sentimientos hacia ti que no son ya un secreto después de lo que ha sucedido esta tarde. No pido disculpas por ello.
- –No espero que te disculpes.
- –Tienes que entender que lo que sucedió contigo y con el padre de Stephanie nunca cambiará mis sentimientos hacia ti. Eso no tiene nada que ver con lo que siento por ti.
- –Ya lo sé –respondió Johanne.
- –Pero estás enojada.
- –Sobre todo conmigo misma. Fingir que el pasado no existe está bien. No obstante, hay algunas cosas que no puedo olvidar.
- –Debería haberme dado cuenta de eso. Sólo estaba pensando en lo que yo quería, y no he sido justo contigo.
- Johanne no sabía qué hacer. Dorian estaba preocupado por ser justo cuando ella estaba ocultándole la verdad sobre Stephanie. Tendría que contárselo sin más demora.

- –Dorian, lo siento pero he estado…
- –No tienes nada qué sentir. He insistido en que nos fuéramos a comer juntos porque no puedo alejarte de mis pensamientos. Desde el domingo no puedo pensar en otra cosa que no sea besarte. Sólo quiero estar contigo.
- –Yo he participado tanto en esto como tú –le recordó Johanne.
- Un rayo de esperanza se reflejó en la mirada de Dorian.
- –Quiero estar contigo, Johanne. En todo momento.
- –Oh Dorian, no me pones las cosas fáciles.
- Atrapando la mirada de Johanne con toda la fuerza de sus ojos, Dorian le acarició la mejilla.
- –Lo fácil nunca ha merecido la pena.
- Johanne lo miró a la cara esperando encontrar en la expresión de Dorian algún rastro de mentira que la salvase de sentir su propia culpabilidad, pero la mirada de él era sincera.
- –De acuerdo. Pero, por favor, no nos precipitemos.
- Quedaron en verse de nuevo la tarde siguiente.
- Cuando Johanne observaba a Dorian alejarse, la emoción que sentía estaba empañada por el arrepentimiento.
  Había perdido otra oportunidad de decirle la verdad sobre Stephanie y se sentía muy mal por ello.

La consideración de Dorian la había conmovido profundamente. Había conseguido convencerla empleando las palabras exactas, pero ahora que él se había ido, el sentimiento de culpabilidad de Johanne lo distorsionaba todo.
Ahora, todas las tiernas y preciosas palabras de Dorian eran como agujas que le atravesaban el corazón.

- Día de cine
- —Stephanie, por favor deja de llorar.
  Son cosas que pasan.
- Johanne marcó otro número de teléfono.
  Dorian llegaría en cualquier momento para ir con ella a cenar y al cine. Desgraciadamente, le había fallado la persona que tenía que cuidar a Stephanie, y encontrar otra disponible el viernes a las seis de la tarde era muy difícil.
- –Quiero que venga Kelly —gemía Stephanie, acurrucada en el sofá.
- —Está enferma, cielo. Ya te lo he dicho.
- Johanne hizo una mueca cuando encontró de nuevo un contestador automático.
- —Entonces, ¿puede quedarse Kristen conmigo?
- —Esta noche está cuidando a otros niños.
- Después de Gracie, las gemelas Sanderson eran las personas favoritas de Johanne para cuidar a Stephanie.

Siempre había quedado muy satisfecha con ambas. Johanne echó un vistazo al último nombre de la lista.

- —Intentaré con Kris. Te caía bien, ¿recuerdas?
- —No, hoy no quiero que venga —se lamentó Stephanie, hundiendo la cara en un cojín.
- Mientras Johanne esperaba que Kris contestara llegó Dorian.
  Johanne sintió un vuelco en el corazón cuando lo vió en la puerta, vestido para la ocasión con una chaqueta deportiva de lino azul marino, sobre un polo sin cuello y un pantalón claro. A pesar de sus escrúpulos tras la comida del día anterior, había estado todo el día deseando volver a verlo.
- La última esperanza de Johanne de conseguir una persona para cuidar a Stephanie se desvaneció cuando Kris le dijo que ya tenía una cita para aquella noche. Sintiéndose tan desanimada como Stephanie, saludó con un gesto a Dorian mientras colgaba el auricular. Él le dedicó un alegre saludo, pero su sonrisa se borró cuando se dio cuenta de los sollozos que dejaba escapar Stephanie.
- —¿Qué sucede?
- Johanne le comentó que las gemelas le habían fallado para cuidar Stephanie. Dorian se sentó en el sofá junto a la pequeña y comenzó a acariciar suavemente la espalda de la niña.

- —Encontrar a una persona que cuide de Stephanie en el último momento no es fácil. Es más, me han fallado todos.
- —Y ¿qué pasa con Gracie?
- —Ha venido su familia del norte, para verla, y no podía pedirle que viniera.
- —Ya.
- El tono severo de la voz de Dorian hizo pensar a Johanne que no había comprendido lo que realmente significaba. Sin duda, él no había tenido nunca aquel tipo de problemas.
- —¿Y no hay nadie más? —preguntó.
- Ella negó con la cabeza.
- —Lo siento mucho Dorian, pero me temo que tendremos que aplazar nuestra salida para otro día.
- Dorian no dijo nada, pero el gesto de decepción de su cara llevó a Johanne a disculparse de nuevo.
- —Si quieres, puedo cocinar algo y cenamos aquí, pero lo único que tengo es una pizza congelada que era para la cena de Stephanie.
- Metiéndose las manos a los bolsillos del pantalón, Dorian miró la espalda de Stephanie. Aún no le había visto la cara.
- —Steph, ¿te gustaría cenar hoy fuera de casa?
- La niña, malhumorada, no respondió.

- —Cielo, Dorian te está hablando.
- —¡No! Quiero que venga Kelly y comer pizza —dijo la pequeña entre dientes, con la cara hundida en la almohada.
- —Kelly está enferma —le recordó Johanne — y ésa no es forma de hablarle a una persona mayor. Quiero que te quites ese cojín de la cara ahora mismo.
- —¿Y qué tal si nos vamos a una pizzería Steph? Allí podrías pedir la que más te guste.
- —No es necesario, Dorian —dijo Johanne.
- —No, si no me importa, de verdad —Dorian se agachó hacia la niña—. ¿Qué dices Steph? ¿Te apetece?
- Johanne se encogió. No estaba de acuerdo. No le gustaba que Dorian invitase a la niña enfurruñada y dejar que Stephanie se saliera con la suya por haberse comportado de forma poco razonable.
- —Mamá, dijiste que iban a ir al cine. ¿No podríamos ir al cine todos también?
- —Dorian no te ha invitado al cine y no es correcto que se lo pidas.
- —Eh, pequeña, date la vuelta —dijo Dorian, tirando del cojín—. Quizá encontremos alguna película infantil en cartelera.
- Stephanie se volvió para mirarlo.
- —¿De verdad?

- —No me sorprendería. Y ¿sabes? si salimos ahora, probablemente tendremos tiempo de cenar una pizza y luego ir al cine.
- Stephanie saltó del sofá, lista para salir. Dorian también se levantó sonriendo, como quien consigue el éxito tras una difícil negociación. Tragándose el enfado, Johanne se mordió la lengua. Como madre se sentía traicionada y contrariada porque la niña se había salido con la suya. Dorian no tenía experiencia en tratar con niños, probablemente no tenía ni idea de lo que había hecho mal, pero ella tampoco tenía intención de llamarle la atención delante de Stephanie. El enfado de Johanne se disipó cuando cenaron los tres en una pequeña pizzería antes de ir al cine a ver una película infantil. Quizás porque era consciente del enfado de su madre, Stephanie estuvo encantadora. Dorian parecía también más relajado, por lo que Johanne decidió tranquilizarse también y disfrutar mientras Dorian bromeaba con su hija. No podía obviar el buen entendimiento que existía entre ellos.
- —Señoritas, ¿les apetecerían unas palomitas de maiz? —preguntó Dorian tras sacar las entradas del cine.
- A Johanne no le quedaba sitio tras la cena en la pizzería, pero Stephanie aceptó encantada.
- —Me encantan las palomitas. Son mi comida favorita.
- —Y la mía también —reivindicó Dorian con un guiño— , aunque debo advertirte que a mi me encantan con montañas de mantequilla.
- —¡A mí también! —respondió emocionada Steph.

- —No me digas.
- —Aunque mamá dice que no tome mucha mantequilla porque no me sienta bien —se volvió hacia Johanne, con ojos suplicantes—. ¿Puedo tomar palomitas con mantequilla, mamá? Por favor, Dorian también va a pedirlas.
- —Compraré una bolsa para los dos —ofreció Dorian — ¿De acuerdo, Johanne?
- Al menos Dorian le había dado la razón por una vez. Johanne reflexionó un instante antes de dar su aprobación. Stephanie comenzó a dar saltos de alegría a su alrededor. Johanne le lanzó una mirada burlona a Dorian.
- —Una pizza de guindillas con doble ración de queso y palomitas con mantequilla en una noche, ¿eh? Debes tener un estómago de hierro.
- —¡Hola, Johanne! —oyeron de repente.
- La voz firme que acompañaba el cordial saludo sobresaltó a Johanne. Se giró y vio a Amber, directora de la guardería de Stephanie.
- —Un día estupendo, ¿no? —preguntó Amber riendo—. A juzgar por el brillo de tu mirada, parece que te la estás pasando muy bien.
- Johanne sintió que sonrojaba.
- —¿Qué haces aquí? —balbuceó.

- —He venido a ver una película, por supuesto —respondió Amber, escrutándola con la mirada—. ¿Estás sola?
- En aquel momento, Stephanie se acercó corriendo.
- —¡Amber!
- Amber abrió los brazos a la niña. Las dos charlaron hasta que Dorian llegó con las palomitas. La mujer lo miró de la cabeza a los pies, sin intentar ocultar su admiración.
- —Qué suerte tienes de tener un amigo como el señor Dorian que te lleve al cine —dijo Amber a Stephanie aunque guiñando el ojo a Johanne.
- —Creo que nuestra película va a empezar —dijo Johanne apresuradamente—. Deberíamos entrar ya.
- —Yo también creo que debería volver, antes de que me quede sin asiento —comentó Amber, acariciando la cabeza de Stephanie—. Se me olvidaba comentarte —añadió, mirando a Johanne — que tengo aún unas quince entradas para la fiesta de la guardería. ¿Te importaría que deje alguna en tu tienda?
- —Bien, pondré un cartel en el escaparate.
- —Estupendo. Promete ser una fiesta muy divertida. Ojalá este año puedas venir, Johanne.
- —Tráeme las entradas mañana a la tienda —dijo Johanne mientras seguía a Dorian y a Stephanie hacia la entrada de la sala.

- A pesar de que Stephanie quería sentarse en la primera fila, ocuparon unos asientos en la mitad de la sala, con la niña sentada entre ambos.
  Stephanie se puso a devorar las palomitas con avidez.
- —Eh, deja por lo menos unas pocas para comer durante la película —le dijo Dorian riendo.
- —Dorian quiere decir que le gustaría que dejes algo para él —aclaró Johanne.
- Stephanie, concentrada en los anuncios previos a la película, se sumergió de lleno en la pantalla sin prestarles atencion.
  Dorian miró por encima de su cabeza hacia Johanne, encogiéndose de hombros.
- —Dime, Johanne ¿qué es esa fiesta de la guardería?
- —Es un baile que celebran todos los años en colaboración con otras guarderías, para recaudar fondos.
- —Y tú ¿no vas nunca?
- —No tengo tiempo para esas cosas. Además, ya fui a suficientes bailes mientras vivía en Boston ¿recuerdas?
- —Sí, lo recuerdo.
- Las luces del cine se apagaron totalmente, y la música de la película puso fin a la charla.
  Johanne se alegró de no tener que seguir hablando. Había otros motivos por los que no asistía a la fiesta de la guardería, motivos que Dorian no comprendería.

- Durante la película Stephanie se abandonó a la risa fácil, al igual que el resto de los niños de la sala. Johanne miró de reojo a Dorian y a su hija, y observó que estaban acurrucados, uno junto a otro, con los ojos clavados en la pantalla. Sonrío. No había duda de que su hija tenía cautivado a Dorian y que el sentimiento parecía ser recíproco.
- No podía dejar de mirarlos. Siempre había deseado poder ofrecer a Stephanie el calor de una familia, pero los obstáculos de su mente y su corazón le habían impedido haber cumplido su deseo. Ahora Stephanie estaba ahí, con su tío, como si fuese su propio padre. Si ellos supieran…
- Johanne debería decirles la verdad cuando encontrase un momento adecuado. El recuerdo del pasado aún la hería. Viendo a Dorian y Stephanie juntos, se lamentaba de que Dalton no le hubiese dado nunca la oportunidad de hablarle sobre su hija.

- Amor paternal
- —Ven a jugar, Dorian —gritó Stephanie por encima de la música—. Es muy divertido.
- —Lo único que tienes que hacer es bailar —añadió el pequeño Tommy mientras bailaba con su hermano Benjamin en mitad del salón de Johanne.
- —Nuestra madre juega con nosotros todo el tiempo.
- Stephanie le lanzó una mirada implorante.

- Johanne se puso a bailar con ella dando vueltas por la habitación. Tenía que reconocer que en los últimos diez días, la niña se había convertido en alguien muy importante para él. Aunque no solía conectar con la gente tan rápidamente, estaba encantado de su relación con Stephanie.
- Apesar de todo, aquello no significaba que estuviere dispuesto a perder su último resquicio de dignidad bailando con unos niños.
- —¿Por qué no juega con nosotros tu madre? —preguntó a Stephanie.
- —Es que está haciendo la comida.
- —Pues no estoy dispuesto a bailar si no baila también tu madre.
- En un abrir y cerrar de ojos Stephanie salió corriendo en busca de Johanne.
  Dorian se dejó caer sobre el sofá para observar a los niños de Caroline bailar una vieja canción de los Beach Boys. Nunca había pensado que se vería en una situación como aquella, rodeado de niños de preescolar. Nadie de Boston podría creerlo, pero su vida anterior había sido absolutamente diferente de la que era ahora en Golden, con los niños y con Johanne. No se quejaba, no podía recordar haberse sentido tan bien como ahora. Los últimos diez días habían volado definitivamente.
- —Aquí está —proclamó Stephanie, arrastrando a su madre por el brazo.

- —¿Qué me dicen, Dorian? ¿te cansa bailar? —preguntó Johanne, con una sonrisa irónica.
- —¿Que me agoto? —Dorian se puso de pie—. Esas palabras me ofenden.
- —Ah, ¿si? Entonces, ¿juegas o no?
- —Dice que no baila si no bailas tu también —le explicó Stephanie.
- —Bueno, pues que empiece la música —dijo Johanne.
- Los niños comenzaron a saltar, arriba y abajo, como locos.
- —De acuerdo, chicos. ¿Quién de ustedes se va a encargar de la música? —preguntó Dorian.
- Tommy levantó la mano.
- —¡Déjame a mí! Yo sé manejar el equipo.
- —Además, es el mayor —añadió Steph, reservándose así la posibilidad de jugar con Johanne y Dorian.
- Johanne puso un disco nuevo y dejó a Tommy a cargo de detener la música para que todos se quedaron congelados, en la postura que tuvieran en el momento. El rápido ritmo de una vieja canción de los Beatles comenzó a sonar, y Johanne, Steph y el pequeño Ben se pusieron a bailar. Dorian se limitaba a saltar, algo incómodo, hasta que Johanne lo tomó de la mano.
- —Tienes que moverte un poco más.

- —!Ya! —gritó Tommy parando repentinamente la música.
- Todos permanecieron inmóviles, incluso el pequeño Ben, hasta que la música sonó de nuevo.
  A partir de aquel momento estuvieron bailando juntos o separados hasta que Tommy volvía a detener la música. Habían sonado ya tres canciones, y Johanne y él estaban agotados, mientras los niños continuaban sin presentar ningún signo de cansancio.
- —Dorian, baila conmigo otra vez —le pidió Stephanie, corriendo hacia él desde el otro extremo de la sala.
- Se lanzó en los brazos de Dorian y él la hizo girar y girar, mientras Johanne bailaba y saltaba con Ben. Dorian lanzó a Steph al aire siguiendo el ritmo de una canción de los Beatles.
- —¡Ya!
- Johanne y Ben se lanzaron sobre el sillón. Stephanie soltó una gran carcajada mientras Dorian la lanzaba nuevamente al aire.
- —Por favor, ten cuidado de que no se caiga.
- Todos giraron la cabeza hacia la puerta de la entrada. Gracie entró con un rollo de tela bajo el brazo. Sus ojos preocupados se fijaron en Stephanie. Dorian la dejó en el suelo con cuidado.
- —Gracie, estamos jugando —chilló Stephanie—. Dorian y mamá han estado bailando juntos.
- —Habría sido divertido verlos.

- El hecho de que Gracie no lo reprobase sorprendió a Dorian. A pesar de que la expresión de la niñera no era de alegría, la mirada de desdén que normalmente reservaba para él tampoco apareció en sus ojos.
- —Creía que íbamos a cortar la tela de las cortinas de Stephanie —observó Gracie.
- —¿Ya es tan tarde? —preguntó Johanne, mirando el reloj de la pared—. Caroline me pidió que me quedara con los niños un par de horas y les dé de cenar, y aún no han comido nada.
- La mera mención de la comida atrajo la atención del pequeño Ben.
- —Tengo hambre.
- —Oh, cariño. No me extraña —dijo Johanne, tomándolo de la mano—. Todo el mundo a la cocina.
- Los niños salieron corriendo detrás de Johanne, dejando a Dorian a solas con Gracie. La inescrutable expresión de su cara desconcertó a Dorian.
- —Yo… sólo había venido a recoger unos planos para la tienda de Johanne —dijo, sintiendo la necesidad de dar una explicación.
- —Ah, no. No me sorprende verte aquí —contestó Gracie, colgando el bolso en el perchero de la entrada—. Últimamente es algo habitual.
- Por alguna razón, el comentario de Gracie lo hizo sonreír.
- —Sí, supongo que sí.

- Johanne salió de la cocina, secándose las manos con un paño, y se disculpó con Gracie por el retraso.
- —Cuando los niños acaben de comer los tengo que llevar a la oficina de su padre ¿Te importa empezar a cenar sin mí?
- Como Dorian tenía tiempo antes de su cita con el arquitecto, se ofreció a llevar a los chicos a la ciudad. Cuando Stephanie escuchó los planes, pidió a Dorian que la llevara con ellos. Le encantaba el coche descapotable de Dorian. Cuando llegaron al bufete de abogados de Thomas , el estruendo de los gritos de los niños, zumbaba en sus oídos. No podía creer que tres pequeños fuesen capaces de organizar semejante escándalo.
  Dorian entregó a Thomas la sillita de Ben y le dijo:
- —Todos tuyos.
- —Creo que mis hijos han alborotado un poco el coche, ¿No es cierto? –preguntó Thomas.
- —Sí, pero nuestra Stephanie no se queda atrás —añadió Dorian.
- —A lo mejor quiere venir conmigo y con los chicos a bañarse —sugirió Thomas —. Vamos a ir al lago tan pronto como cierre aquí.
- Dorian llamó a Stephanie y le transmitió la invitación de Thomas. Los ojos de la niña se iluminaron.
- —¿Vienes tú también? —preguntó a Dorian.

- —No puedo cariño. Tengo una cita dentro de una hora. Es por eso que fuí a recoger los papeles que tenía tu madre.
- —¡Ven con nosotros, Steph! —la animó Thomas.
- Tommy insistió desde el centro de la habitación.
- —Lo vamos a pasar muy bien, Steph. Mi padre juega con nosotros y nos tira al agua con los brazos.
- Pero Stephanie sacudió la cabeza, ocultando la cabeza en la pierna de Dorian.
- —No quiero ir —murmuró.
- Thomas los siguió hasta el coche, rogando a Dorian que diese las gracias a Johanne por cuidar de los chicos.
- —Nunca podría haber terminado este trabajo a tiempo sin su ayuda —le explicó —. Llevamos mucho retraso desde que Caroline está colaborando con la fiesta de la guardería. Probablemente no la veamos mucho en los próximos días.
- Dorian no había vuelto a pensar en la fiesta desde la noche en que se encontraron con Amber en el cine.
- —Esta fiesta es un gran acontecimiento para todo el pueblo, ¿no? —preguntó Dorian.
- —Sí. Están trabajando mucho en la organización. Vendrán payasos, habrá música y muchos juegos para los niños. Ellos se divierten mucho. ¿Te veremos allí? Tal vez te animes a ir con Johanne.

- La pregunta no sorprendió a Dorian tanto como la habría sorprendido unas semanas atrás.
  A Johanne y a él se les veía últimamente mucho juntos por Golden, y la gente empezaba a hacer conjeturas sobre ellos. Los ancianos que estaban siempre en el supermercado le preguntaban sobre sus planes para la planta empaquetadora.
- —No creo que vayamos ninguno de los dos. Johanne no está muy interesada.
- —¿Por qué no?
- Dorian pensaba que era una excelente pregunta. Johanne no le había explicado aún el motivo por el que no iba nunca.
- De regreso a casa, Stephanie estaba sorprendentemente tranquila. Escamado, Dorian la observaba de reojo. Parecía sumida en otro mundo.
  Dorian no sabía qué hacer. A pesar de que había oído que era mejor no agobiar a los niños intentando hacerles hablar sobre sus problemas, Dorian no podía soportar no saber qué le pasaba.
  Se sentía impotente.
  Para él, aquello era casi tan difícil como descifrar la tristeza del rostro de Stephanie.
- —Vamos, Steph ¿por qué no fuiste a bañarte al lago? —le preguntó—. Espero que no haya sido porque yo no podía ir.
- —No —respondió Stephanie, volviéndose hacia la ventana—. Es que no tenía ganas.

- Aquello era difícil de creer. A Stephanie le encantaba el agua.
- —¿Quieres volver a casa con mamá?
- —No —respondió.
- —¿Te apetece hacer alguna otra cosa esta tarde? —insistió Dorian.
- —No.
- Ahora comprendía por qué los expertos aconsejaban no agobiar a los niños con preguntas. No servía de nada.
  Mirando a Stephanie con impotencia, Dorian deseaba saber qué hacer para que ella se sintiese mejor.
  Al cabo de un largo rato Stephanie susurró:
- —Dorian…
- —¿Sí?
- —¿Tú tienes papá?
- —Sí. Pero hace tiempo que no lo veo. Ahora vive en Florida.
- —¿Y dónde está eso?
- Dorian intentó explicárselo, pero enseguida se dio cuenta de que los conocimientos geográficos de una niña de cuatro años eran nulos.
- —¿Y tu madre vive también en Florida?
- —No, cariño. Mi madre no.
- —Entonces, ¿dónde vive?

- Dorian dudó. No sabía cómo explicar aquello a alguien de la edad de Stephanie. Observó su mirada curiosa y decidió que sería mejor decir la verdad, simplemente.
- —Mi madre murió, Steph.
- —Oh, lo siento —murmuró la niña.
- —No te preocupes, cielo. Esto sucedió hace ya mucho tiempo.
- Stephanie miró de nuevo hacia la ventana. Al cabo de otro largo rato, se giró de repente hacia él y dijo:
- —Mi padre también ha muerto.
- Las manos de Dorian se aferraron al volante. De modo que aquello era lo que Johanne le había contado.
- —Lo siento mucho, Steph.
- No parecía la forma más adecuada de responder, pero no sabía que otra cosa podría decirle.
- —Me gustaría que no estuviese muerto.
- El tono compungido de su voz se clavó en el corazón de Dorian.
  Sintió un agudo dolor al oír aquellas palabras. Al menos ahora tenía una ligera idea del motivo por el que Stephanie había rechazado la invitación de Thomas.
  El hecho de que Tommy y Ben tuviesen a su padre para jugar con ellos en un lago, y darse chapuzones, hacía que Stephanie sintiera envidia por no tener ella también un padre con quien jugar.

- —¿Qué te parece, Steph? —preguntó Dorian, acercándose cariñosamente a ella—. ¿Te gustaría que fuéramos la semana que viene a bañarnos juntos?
- —¡Sí! —respondió entusiasmada —¿Me lanzarás tú también al agua?
- Después de haberla llevado a hombros y haber bailado con ella, pensó que jugar a lanzarla al agua sería algo sencillo.
  Pero ver a Stephanie alegre y sonriente de nuevo no fue suficiente para tranquilizarlo. La explicación que Johanne le había dado a la niña sobre su padre revivió una antigua duda.
  De nuevo se preguntaba si su hermano Dalton era realmente el padre de Stephanie.
  Aún creía en lo que Johanne le había dicho el día que llegó a Golden. Tenía que creerlo. Durante los últimos diez días, él se había vuelto loco pensando en la posibilidad de que le hubiese mentido. No podía evitar tener dudas en ocasiones.
- —Mira, ahí está mamá —anunció Stephanie cuando Dorian la llevó de vuelta a la casa.
- Johanne estaba sentada en un banco, en el porche. Concentrada en sus pensamientos. Su sedoso pelo le cubría la cara como una llama dorada. Parecía satisfecha, dulce y tranquila. Dorian no podía apartar los ojos de ella.
- —¡Hola mamá! —gritó Stephanie, bajando del coche de Dorian.

- Johanne la miró y su boca dibujó una amplia sonrisa, no sólo por Stephanie sino también por él.
  Bajó los escalones para recibir con los brazos abiertos a su hija. Sus ojos brillaban de alegría, viendo a la niña correr hacia ella. Mientras abrazaba a Stephanie, Johanne se encontró con la mirada de Dorian. La mantuvo y lo saludó con una calurosa sonrisa. Algo se encendió dentro de él. Quizás la esperanza o tal vez un sueño. Fuese lo que fuese pudo sentirlo en lo más profundo de su corazón. En un instante cualquier duda que aún pudiese tener sobre la paternidad Stephanie se desvaneció. Sintió que Johanne le había dicho la verdad.

- Invitación
- —Deberías estar preocupado, Dorian.
- —Pues yo creo que te preocupas demasiado.
- —Me juego el trabajo, por no decir que tendré que seguir viviendo en este pueblo cuando todo haya terminado.
- Dorian seguía con la mirada clavada en la carretera.
- —Ya nos enfrentaremos a lo que venga. En CompWare nos pasábamos la vida enfrentándonos a la interpretación de las leyes que hacían algunos fiscales.
- —Eso es nada en comparación con lo que te espera en Golden.

- —Confía un poco en mí, por favor.
- Llegaron a la casa de Johanne y Dorian aparcó el coche detrás del de Gracie.
- Johanne suspiró. Dorian seguía sin entenderlo, incluso después de que Gabriel lo hubiera advertido, de que un grupo de habitantes del pueblo había constituido un comité para enfrentarse a la recalificación. En una localidad tan pequeña, los actos de protesta tenían una respuesta inmediata y cuando llegara el pleno del ayuntamiento no tendrían ninguna oportunidad.
- —Nos la estábamos pasando muy bien hasta que nos encontramos con Gabriel —comentó Dorian.
- —¿Por qué pronuncias su nombre con tanto sarcasmo?
- —Ya te he dicho que estoy celoso de él.
- El provocativo brillo de sus ojos hizo que Johanne sintiera que se le doblaban las rodillas.
- —¿Qué motivos tienes para estar celoso?
- —¿Te parece poco que haya estado en Golden contigo durante todos estos años?
- —Es un buen amigo.
- —Y además estoy celoso porque Stephanie lo adora.
- —Creo que te estás pasando con él. Es muy buena persona.
- —Y por si fuera poco, confías plenamente en él.

- Johanne se sintió como si Dorian acabara de echarle un cubo de agua fría.
  Se preguntaba si estaría insinuando que no creía que confiara plenamente en él. Quizás fuera la culpa la que le hacía pensar aquello.
- —Claro que confío en él, en relativo a lo que pasa en este pueblo. Por eso deberíamos seguir sus consejos. No podemos pasar por alto el asunto del grupo de protesta.
- —Claro que no podemos pasarlo por alto, aunque eso no significa que esté dispuesto a pasar por el aro, y aceptar todas sus condiciones si no me parecen razonables.
- —No han puesto ninguna condición, por lo menos de momento.
- —Mejor —rió—. Bueno, vamos a dejar de perder el tiempo hablando de Gabriel, o acabaré por odiarlo.
- La atrajo hacia sí, rodeando su cintura con los brazos. Johanne echó la cabeza hacia atrás y lo miró a los ojos. Aquel brillo seguía en ellos. Dorian bajó la cabeza lentamente, Johanne apenas podía respirar, pero no importaba.
  El cálido aliento de aquel hombre era todo el aire que necesitaba. Hundió una mano en su pelo y tiró de él para besarlo.
- Al principio, apenas se rozaron los labios, pero el beso fue haciéndose cada vez más intenso.
  Johanne quería que no acabara nunca, pero el último resquicio de recuerdo seguía en su cabeza,

destrozando el placer con los miedos de las experiencias pasadas.
Se separó de él con un gemido.

- —Por favor, no puedo…
- —No te apartes, por favor. Sólo quiero abrazarte.
- Johanne se quedó entre sus brazos. Se alegraba de que la comprendiera. Pero seguía teniendo la cabeza hecha un torbellino de emociones y deseos. Por fin, después de tantos años, quería estar con un hombre. Sin embargo, tenía miedo. Su instinto de protección se revelaba contra lo que estaba haciendo.
  Apoyó la frente sobre el pecho de Dorian y escuchó los fuertes latidos de su corazón.
- —Debo estar volviéndote loco —murmuró, algo avergonzada.
- —Desde luego.
- —Si te sirve de consuelo, yo también me estoy volviendo loca.
- —Me alegra. No me gusta ser el único que se queda frustrado.
- La broma consiguió rebajar en parte la tensión, y Johanne se sintió agradecida por ello.
- —¿Te apetece entrar a tomar un té helado?
- —Si no fuera por ese perro guardián llamado Gracie y por la niña de cuatro años, esa invitación sería muy peligrosa.

- —Ya lo sé. ¿Vas a entrar de todas formas?
- En la casa sólo había un par de luces encendidas. Al entrar oyeron el zumbido de la máquina de coser, procedente de la salita.
- —Estará cosiendo las cortinas de Stephanie —comentó Johanne.
- —Ahora mismo salgo, en cuanto termine con esto —gritó Gracie al oírlos—. Esperen unos minutos.
- Johanne sirvió dos vasos de té helado y propuso que se lo llevaran al porche.
  Hacía una noche demasiado buena para quedarse en casa. Dorian y Johanne se quedaron sentados en silencio mirando las estrellas. El único sonido que se oía era el balanceo de las mecedoras contra la madera, y el canto incesante de los grillos.
- —Esta mañana he visto a Caroline en la oficina de correos —comentó Dorian después de un rato—. Ha intentado venderme entradas para el baile de la guardería.
- —¿De verdad? Sabe que yo he estado vendiéndolas en la tienda.
- —Se lo dije, y me preguntó que, en tal caso, por qué demonios no voy a ir contigo.
- —¿Qué le contestaste?
- —Que iría contigo si así lo deseas. Que me encantaría, de hecho.
- —Caroline no debería darte tanta lata.

- —Johanne —dijo firmemente, dejando el vaso en la mesa—, ¿quieres venir conmigo al baile?
- —No quiero que te sientas obligado a acompañarme sólo porque Caroline o cualquier otra persona te diga que deberías.
- —¿Es que tengo que besarte otra vez para demostrarte que no lo hago por eso?
- Johanne se sonrojó, sin poder evitarlo.
- —De acuerdo, entendido. Pero sigo sin saber por qué quieres ir. Todo el mundo habla de ese baile porque es la oportunidad de salir de casa para los padres de niños pequeños. No se parece en nada a lo que estás acostumbrado.
- Dorian se encogió de hombros.
- —Tal vez no, pero siguen ocurriéndoseme ideas peores de pasar una velada que bailar contigo.
- —Mira, nunca he ido a uno de esos bailes, y no sé por qué iba a empezar a asistir ahora.
- —Entonces, no me contestes aún. Piénsalo unos días. A mí me da igual, pero pensé que te gustaría ir.
- Poco después Dorian se levantó y se marchó. Johanne se quedó mirando su coche mientras se alejaba.
  Se alegraba de que no le hubiera pedido una explicación, y sentía no habérselo dado, pero no sabía cómo explicar sus motivos con palabras sin parecer

ridícula o hipersensible.
Gracie salió al porche con la bolsa al hombro.

- —Ya he terminado con las cortinas. Mañana podemos colgarlas.
- Johanne había olvidado que Gracie seguía allí.
- —No hacía falta que te quedaras tanto tiempo. Podría haber terminado yo.
- —Bueno, pero tenías visita. Por cierto, ¿por que no has aceptado la invitación?
- —¿Nos escuchaste?
- —Bueno, tenía que recoger el bolso, y la ventana del salón estaba abierta —contestó encogiéndose de hombros— no pude evitar oírlo. Bueno, el caso es que ese tipo te ha propuesto que lo acompañes al baile. ¿Por qué no le has dicho que sí?
- La ironía de la situación era considerable. Dorian no le había pedido ninguna explicación, y sin embargo Gracie se la exigía.
- —¿Quieres que salga con Dorian?
- —Quiero que salgas, simplemente. Nunca sales a divertirte. Cuando no estás trabajando, estas con Stephanie, y cuando no estás con Stephanie, estás trabajando.
- —Me encanta el trabajo, y me gusta estar con mi hija el mayor tiempo posible.

- —Pero también mereces disfrutar de tu juventud, salir a bailar con un hombre y divertirte un poco, para variar.
- —Haces que parezca la persona más aburrida del mundo.
- —Por algo será. La noche del baile puedo venir a quedarme con Stephanie. Sólo tienes que decirle que sí…
- El lunes por la mañana Johanne vendió las últimas entradas del baile de la guardería.
  Mientras quitaba del escaparate el cartel que anunciaba la venta de entradas se sentía peor que nunca. Hacía tres días que Dorian le había pedido que fuera con él y aún no le había contestado. Se daba cuenta de lo que le impedía ir era algo más que el hecho de no haber asistido nunca a aquel baile durante los años anteriores. Tal vez, tuviera algo que ver con el cortejo de Dorian. Ahora, siempre que estaba sin él se sentía vacía. No entendía que algo así le hubiera ocurrido tan deprisa. Dorian había despertado en ella añoranzas y deseos que creía olvidados para siempre. Pero a medida que los besos se hacían más apasionados y los abrazos más intensos, Johanne se esforzaba para mantener a raya ciertos miedos. No tenía la impresión de estar ganando la batalla. Le costaba más de lo que había imaginado abrirse a la posibilidad de mantener una relación.
  Le habían marchado muy bien las cosas desde el nacimiento de Stephanie, no tenía por qué preocuparse por complacer a nadie ni prever la decepción. Sin embargo, ahora la acosaban las

preguntas y las dudas. En ocasiones sólo podía pensar en Dorian. Más de una vez se preguntaba si habría comprado la planta empaquetadora para tener un proyecto en el cual trabajar o si actuaría llevado por una especie de sentimiento de culpa, a causa de lo que su hermano le había hecho, pero sobre todo, daba vueltas y más vueltas a la forma de decirle que Dalton era el padre de Stephanie. Ahora que estaban cada vez más cerca la importancia de la verdad era crucial, pero cada vez le resultaba más difícil confesársela.

- Aquel mismo día, más tarde, el padre de Johanne la llamó a la tienda. Era la primera vez en todo el tiempo que llevaba en Golden que recibía una llamada de su padre en el trabajo.
- —¿Te pasa algo, papá? —le preguntó preocupada—. ¿Estás bien?
- —Estaba perfectamente hasta que recibí una carta de la madrastra de Dorian.
- —¿Te ha escrito? ¿Para qué?
- —Está convencida de que al padre de Dorian le vendría bien recibir noticias mías.
- —Pero se está recuperando, ¿no?
- —Físicamente, sí, pero por lo visto está muy desanimado.
- —Vaya, cuánto lo siento.
- —¿Le has dicho a Dorian lo de Stephanie?
- —No.

- Su padre murmuró algo ininteligible.
- —¿Cuánto hace que se ha mudado a Golden? ¿Tres? ¿Cuatro semanas?
- —Casi tres semanas.
- —¿Cómo voy a ponerme en contacto con su padre? No puedo hablar con David, cuando ni si quiera sabe que tiene una nieta.
- —Estoy intentado encontrar el momento adecuado, créeme. Pero es más difícil de lo que imaginas.
- Se preguntó si su padre habría adivinado lo que ocurría entre Dorian y ella.
- —Cuanto más esperes, más difícil será.
- —Sí, papá, ya lo sé. Tienes razón.
- —¿Te ha dicho Dorian cómo perdió la empresa?
- —¿Que la perdió? ¿Qué quieres decir?
- —Según me comenta su esposa en la carta, David tuvo un ataque al corazón despues de que su hijo perdiera la empresa por una OPA hostil.
- —No es posible. Dorian me ha dicho que la vendió. También es lo que ponían en los periódicos.
- —Ya sabes cómo se enmascaran las negociaciones en las empresas. Además, no me lo habrían mencionado en la carta si no fuera verdad.
- Johanne se despidió de su padre y se quedó con la mirada perdida, intentando asimilar la noticia.

- Dorian no le había dado muchos detalles cuando habían hablado de la venta de CompWare, pero ella pensaba que simplemente no quería hablar de ello.
- No sabía que en realidad no le quería confesar que había perdido la empresa.
  Todo empezaba a encajar. Dorian adoraba su trabajo y le extrañaba que hubiera vendido la empresa sólo para ganar un dinero fácil.
  Ahora lo entendía. Tenía que hablar con él, inmediatamente. Quería decirle que lo sabía.

- CompWare
- Tomó el teléfono y marcó rápidamente el número de su casa.
  No hubo respuesta, de modo que lo llamó al móvil. Después de dejarlo sonar varias veces, colgó el auricular, frustrada.
- De repente, cerró la tienda y salió a buscar a Dorian. Estuvo en la planta empaquetadora, en el supermercado, en la oficina de correos y en el ayuntamiento, pero no estaba en ninguno de aquellos sitios. Aunque Dorian no había contestado al teléfono de su casa, Johanne decidió ir de todas formas. Tendría que volver en algún momento. Al llegar a la mansión de los Paget, se encontró el camino vacío y la puerta cerrada. Rodeó la casa en dirección a la puerta trasera, aunque sospechaba que no le serviría de nada. Como no había conseguido encontrarlo en ninguna parte, se quedó a esperarlo. Mientras pasaba junto al garaje,

miró por la ventana. El coche de Dorian estaba allí, junto a una furgoneta reluciente que no había visto nunca. Se alejó y miró alrededor. No vio nada.

- —Tiene que estar por aquí —se dijo, en voz alta.
- Volvió a la parte delantera de la casa y se tapó los ojos con la mano para protegerse del sol. Miró en todas direcciones, hasta que vio que había alguien en la orilla del lago. A pesar de la distancia, lo reconoció por su brillante pelo. Atravesó el jardín y bajó la colina tan deprisa como pudo. Perdió los zapatos por el camino, pero apenas se fijó.
- Cuando por fin vio a Dorian claramente, sintió un alivio inexplicable.
  Llevaba unos vaqueros desgastados y una camiseta blanca, y estaba extendiendo arena con un rastrillo.
- —¡Dorian! —gritó al acercarse—. He estado buscándote por todas partes.
- Cuando Dorian la vio, su sonrisa de bienvenida desapareció. Dejó caer el rastrillo y corrió a su encuentro.
- —¿Qué te pasa, Johanne?
- Jadeante, Johanne le dijo lo que había averiguado sobre la venta de CompWare.
- —¿Eso es todo? Temía que le hubiera pasado algo a Stephanie.

- —La niña está perfectamente. Lo que quiero saber es por qué me diste a entender que habías decidido libremente vender la empresa.
- —Se puede decir que la vendí.
- —¿Es que ahora vas a hacer juegos de palabras?
- Dorian suspiró y se giró para mirarla.
- —De acuerdo. La verdad es que al final cedí ante la OPA. Decidí vender antes de verme obligado.
- —¿Tan mal estaban las cosas?
- Dorian asintió.
- —Las grandes multinacionales se pueden poner muy duras cuando quieren algo, y no me dejaron otra opción, por mucho que le cueste a mi padre aceptarlo.
- —¿Es que no se dio cuenta de que no tenía más remedio?
- —Quería que siguiera luchando, pero no podía. Si hubiera esperado más, ni si quiera podría haber negociado en la venta.
- —¿Para conseguir que te pagaran más por las acciones?
- —No, para que conservaran los puestos de trabajo. Una compra forzada habría significado un despido masivo.
- —Así que accediste vender a cambio de que conservaran a tus empleados.

- Dorian asintió.
- —Como dicen mi padre y muchas otras personas, recibí una buena compensación económica.
- —Siento haber pensado que decidiste vender para ganar dinero fácil. Debería tener más fe en ti.
- —Desde luego —dijo Dorian sombrío.
- Johanne lo tomó de la mano.
- —Vamos a sentarnos —dijo, conduciéndolo a unas rocas—. La gente no se ha dado cuenta de lo difícil que te ha resultado vender, ¿verdad?
- —Para mi padre ha sido mucho más duro.
- —¿De verdad? —preguntó Johanne con escepticismo.
- —Reconozco que fue doloroso vender la empresa que habían levantado mis padres a partir de la nada, pero he acabado por darme cuenta de que no tenía más remedio. Sólo me gustaría haberle ahorrado el golpe a mi padre. Primero perdió a mi madre, luego a Dalton y luego la empresa.
- —Tu familia ha pasado por muchos malos tragos.
- Dorian asintió.
- —Mi padre echa mucho de menos a Dalton. Ya sabes lo apegados que estaban. Me temo que yo no le he servido de consuelo.
- —No digas eso. Tú también eres su hijo.

- —Mi padre se alegró mucho cuando me comprometí con Jessica. Quería tener nietos. No dejaba de decirlo. No puedes imaginar cuánto se decepcionó cuando rompimos.
- —¿Por qué te sientes como si hubieras fallado a tu padre?
- —Porque es así. No soy el hijo al que adoraba. Soy el que perdió la empresa que él había creado y a la que había dedicado toda su vida.
- —Tomaste una desición muy difícil, y estoy segura que tu padre habría hecho lo mismo si hubiera estado en tu lugar. Hacía falta mucho valor, y eso es algo que Dalton nunca tuvo. Él habría sido incapaz de decidir nada.
- Dorian se volvió para mirarla sorprendido.
- —Lo digo en serio —insistió Johanne —. No deberías sentirte peor que tu hermano.
- Era cierto. Dalton era una persona débil y egoísta. Había demostrado su debilidad al dejarla plantada en el altar y al negarse a escucharla cuando ella intentó decirle que estaba esperando un hijo suyo. Dorian tenía derecho a saber la verdad sobre su hermano y aquello significaba que debía decirle lo de Stephenie.
- —Estuve enamorada de Dalton, pero era muy joven e ingenua.
- —Me da igual lo que hubiera entre ustedes. Ya no tiene importancia. Simplemente, me alegro de saber que no soy para ti un simple sustituto de mi hermano.

- —¿Un sustituto? Desde luego que no. Deberías saberlo.
- —Ahora lo sé —murmuró, acariciándole la mejilla.
- La tomó entre sus brazos y la besó como nunca, con algo que iba más allá de la pasión y el deseo.
  Los besos anteriores habían hecho hervir la sangre de Johanne nublándole los sentidos, pero la emoción de aquél la conmovió profundamente.
  Mientras pasaba las manos por la espalda de Dorian, Johanne casi podía sentir la felicidad que le había dado.
  Le gustaba ser ella la causante.
  Murmurando su nombre Dorian pasó los labios a sus mejillas, a sus ojos y a su frente.
  Después se quedaron abrazados en silencio, mientras el agua golpeaba contra las rocas.
  Johanne imaginaba que estaban solos en una isla desierta, lejos de todas las realidades que podían separarles.
  Quería que la serenidad y la cercanía durasen para siempre.
  Pero cuando apoyó la cabeza en el pecho de Dorian, los apacibles latidos de su corazón le recordaron el precio de aquel momento. Para prolongar la felicidad de su amado, tenía que esperar para revelar su secreto.
  No podía decirle a Dorian que Dalton era el padre de la niña.
  Después de todo lo que él le había dicho.Era lo último que necesitaba oír; lo habría destrozado cuando más falta le hacía la calma.
- —¿Dónde estás?

- Levantó la cabeza al oir la voz de Dorian.
- —¿Qué quieres decir?
- —De repente estabas a un millón de kilómetros. Por lo menos, ésa es la impresión que he tenido.
- A Johanne le sorprendió que hubiera podido notarlo.
- —Reconozco que estaba divagando, pero me he quedado mucho más cerca.
- —¿En qué pensabas?
- —En nada. Por cierto, ¿qué hace aquí toda esta arena?
- —Me la han traído esta mañana. Ésta cala podría ser una buena playa privada, ¿no te parece?
- —Desde luego. ¿Por casualidad lo estás haciendo por mi hija?
- Dorian le habló sobre la reacción que había tenido Stephanie cuando Thomas la invitó a nadar.
- —Le prometí llevármela a nadar esta semana —concluyó.
- —Podrías llevártela al lago público. A ella le daría igual.
- —Pero esto hará que sea algo más especial. La niña se lo merece.
- —No deberías mimarla tanto.
- Al ver la mirada de Dorian, Johanne pensó que lo había ofendido. Pero después vio un brillo en sus ojos y supo que ya no estaba pensado en Stephanie.

- —La verdad es que también pensaba en ti. Algún dia vendremos a nadar aquí a la luz de la luna.
- —Creo que ya he aprendido que no debo meterme contigo al agua.
- —Eres una mujer muy cruel. Primero no me das ninguna respuesta sobre lo del baile de la guardería, y ahora te ríes de mis proposiciones deshonestas. ¿Es que no tienes piedad?
- —Hablas demasiado, porque he decidido aceptar tu invitación al baile.
- —No me lo puedo creer. ¿Cuándo lo has decidido?
- —Justo ahora —reconoció—. No habrás cambiado de idea, ¿verdad?
- —Desde luego que no, pero ¿qué te ha hecho cambiar de idea?
- —¿Además de tus innegables encantos, quieres decir?
- —Desde luego.
- —En realidad, lo hago sobre todo por Stephanie.
- —La niña me ha estado defendiendo, ¿eh? Y ni siquiera he tenido que sobornarla.
- —No sabe que me has invitado, pero pensando en lo que me has dicho sobre el día que Thomas la invitó a nadar, supongo que siempre me había sentido fuera de lugar en esa fiesta.

- —¿Fuera de lugar? ¿Por qué, si van todos tus amigos? Además, estoy seguro de que Gabriel te habrá propuesto varias veces que lo acompañes.
- —Me lo propuso una vez, hace un par de años. Igual que tú, pensó que querría ir. Pero tengo la impresión de que se alegró que le dijera que no. No le hacen mucha gracia los acontecimientos sociales.
- —Sigo sin entender por qué te sentías fuera de lugar.
- —Porque van sobre todo parejas con niños pequeños, y yo soy la única madre soltera. A veces tengo la impresión de que no encajo en ningún lado.
- —Como le pasa a Stephanie con lo de no tener padre.
- Johanne asintió y le apoyó la cabeza en el brazo. A pesar de la brevedad de la explicación, la había entendido, y aquello significaba mucho para ella. Hacía que se sintiera menos sola.
- —Ahora ha llegado el momento de olvidar todo eso y divertirme un poco. A fin de cuentas, voy a ir con el hombre más apuesto del pueblo, y por si fuera poco, creo recordar que bailaba muy bien.
- Dorian la apretó entre sus brazos y bajó la cabeza.
- —Sigo bailando muy bien —susurró contra sus labios.

- Baile

- Cuando llegó al camino de Johanne, Dorian vio a Stephanie en el porche. Llevaba una ropa muy rara.
- —¡Dorian! —gritó, como de costumbre.
- Pero en vez de bajar los escalones de dos en dos, como siempre, avanzó con precaución hacia él. Dorian esperaba que no se pisara la falda larga.
- —Vaya —dijo la niña, al verlo con el esmoquin.
- —No está mal, ¿verdad? —preguntó Dorian, ajustándose la pajarita.— No me digas que parezco un pingüino, por favor.
- —No —contestó Stephanie, sacudiendo la cabeza—. Pareces un príncipe.
- El respeto de su voz lo sorprendió, y la adoración con que lo miraba lo ponía nervioso. No se sentía un príncipe en modo alguno, pero no quería decepcionar a la niña.
- —Pues haremos buena pareja, porque tú pareces una princesa. ¿Te has pintado los labios?
- Stephanie se sonrojó.
- —No se lo digas a mamá. Será mejor que me lo quite.
- —Aquí tienes —le dijo, tendiéndole un pañuelo—. Pero la próxima vez que tomes prestado su lápiz labial, será mejor que se lo digas.
- Después de limpiarse, Stephanie lo tomó de la mano y lo llevó a la casa, hablando sobre el vestido nuevo de Johanne.

- —¡Dorian está aquí! —gritó cuando entraron.
- —No chilles tanto —le dijo Gracie—. Tu madre no está preparada aún.
- Se detuvo frente a Dorian y lo rodeó lentamente, examinándolo.
- —¿Es que llevo algo mal? —le preguntó, nervioso.
- Gracie no contestó. Se sacó unas gafas del bolsillo del delantal y siguió observándolo con detenimiento.
- —Muy bien —murmuró por fin—. No te muevas ahora mismo vuelvo.
- —¿Se puede saber qué pasa? —preguntó Dorian a Stephanie cuando se quedaron a solas.
- —No lo sé, pero será mejor que no te muevas.
- Gracie volvió rápidamente con una rosa roja del jardín.
- —Stephanie, cariño ¿nos puedes traer el alfiletero?
- Gracie cortó el tallo de la rosa mientras esperaba a que volviera la niña.
- —Esto lo arreglará todo —proclamó, dando un paso hacia él.
- Dorian no sabía qué decir mientras Gracie le ponía la rosa en el ojal de la solapa.
- —Qué guapo estás —comentó Stephanie, cuando Gracie se apartó para contemplar su obra.
- —Gracias —dijo Dorian a la niñera—. Era justo lo que necesitaba.

- —De nada. Pero asegúrate de que Johanne se la pase bien esta noche, ¿de acuerdo?
- —Haré todo lo posible.
- —Será mejor que vaya a ver por qué tarda tanto.
- —El vestido nuevo de mamá es precioso —le comentó Stephanie.
- —¿Tan bonito como el tuyo?
- —Más bonito, tonto. ¿Lo ves? —añadió señalando la escalera.
- Dorian se volvió y vio a Johanne en la escalera, con un vestido verde esmeralda.
- —Ya lo veo —susurró.
- Johanne bajó con una sonrisa.
- —Parece que se están divirtiendo.
- —Estás guapísima, mamá —dijo la niña corriendo hacia ella.
- Guapísima e impresionante. Dorian la contempló embelesado. Llevaba el pelo recogido hacia arriba, mostrando todo el cuello y los hombros.
- —Estás preciosa, Johanne.
- —¿Sólo preciosa? —preguntó Gracie—. Está espectacular.
- Johanne les dio la gracias con cierta timidez.

- —Será mejor que nos vayamos —añadió—, o me hincharé tanto de orgullo que no cabré por la puerta.
- Mientras se dirigían al coche de Dorian, Johanne se detuvo para mirar a Stephanie y Gracie. Estaban en el porche, sonriendo y saludando con la mano.
- —¿Te arrepientes? —le preguntó Dorian, tomándola de la mano.
- Johanne sacudió la cabeza.
- —Es que no estoy acostumbrada a irme así, sin ellas.
- —Recuerda que voy a quedarme a dormir —dijo Gracie—. Puedes volver tan tarde como quieras.
- Dorian guiñó un ojo a Johanne.
- —Parece que están muy contentas. ¿Y tú?
- Johanne lo miró a los ojos.
- —¿Cómo no voy a estarlo, con un hombre así a mi lado?
- El exterior del River House estaba iluminado. Dentro reinaban las risas y la música, como ocurría probablemente cuando era una casa habitada. Johanne, preciosa con su vestido verde, era la mujer más elegante de la fiesta. Dorian no podía evitar sentirse orgulloso al pensar que había ido con él. Unos minutos después de su llegada se reunieron con sus amigos. Después de piropearse mutuamente, Caroline y Molly se llevaron a Johanne a la mesa que tenían reservada.

- —Será mejor que te acostumbres a estas cosas —le dijo Thomas, dándole unas palmaditas en la espalda.
- Durante la cena, Dorian estuvo charlando con los amigos de Johanne, pero no estaba dispuesto a dedicarles todo su tiempo. Cuando los camareros empezaron a repartir el champán, tomó la mano de Johanne por debajo de la mesa y se inclinó hacia ella.
- —Aún no hemos bailado.
- —Ya lo sé.
- Se disculparon para dirigirse a la pista, pero Johanne tenía amigos en todas las mesas, y se detuvo en todas ellas para saludar.
- —Así que no te sientes integrada, ¿eh? —río Dorian, tirando de ella para que no volviera a detenerse.
- No obstante, antes de que llegaran a la pista de baile, la bibliotecaria se dirigió a él.
- —He estado buscándole por todas partes —le dijo—. Quería agradecerle el donativo para la sala de lectura. Por su puesto, voy a mandarle una nota de agradecimiento oficial, pero su regalo merece más que una carta.
- —¿Has donado dinero a la biblioteca? —preguntó Johanne, asombrada.
- —Desde luego —dijo la bibliotecaria—. Una suma muy generosa por cierto.
- —¿Muy generosa? —repitió Johanne con desmayo.

- —Sí, ya lo creo. Ahora vas a ver lo que puedo hacer con unos fondos decentes.
- —¿A qué ha venido eso? —preguntó Johanne a Dorian en cuanto se quedaron a solas.
- —Prefiero bailar ahora y hablar después.
- Se dirigieron al otro extremo de la pista de baile, que parecía más vacía, pero se toparon de bruces con Amber acompañada de Henry, el dueño del supermercado.
- —Ah, por fin han venido —dijo Amber.
- Mientras Johanne y Amber platicaban, Henry se dirigió a Dorian.
- —Espero que estés preparado para el sábado que viene. Se espera que sea una de las reuniones con más asistencia.
- —Eso he oído.
- —Sólo quería que sepas que estoy de tu parte, aunque tienes muchos detractores. Los hombres de negocios tenemos que apoyarnos. Me costó mucho conseguir que me dieran permiso para ampliar el aparcamiento.
- —Por favor, no empieces con lo del aparcamiento —dijo Amber, interponiéndose entre ellos—. Vamos Henry, me habías prometido un baile.
- Dorian fue a seguirlos a la pista de baile pero vio de reojo a Molly y Caroline que se acercaban con sus maridos. Aunque le caían bien las dos parejas, estaba deseando quedarse a solas con su acompañante.

- —Vamos —dijo, arrastrando a Johanne fuera de la pista.
- —¿No íbamos a bailar?
- —Vamos a bailar.
- Se dirigió a una de las cristaleras que conducían al jardín, por el camino tomó una botella de champán del bufete y dos copas largas.
- —¿Qué demonios haces? —preguntó Johanne.
- —Sígueme.
- Las terrazas estaban ocupadas por parejas que charlaban, bailaban o se besaban. Se acercó a la barandilla en busca de un lugar más íntimo, y vio lo que buscaba. Tomó a Johanne de la mano y bajó con ella la escalera, guiado por la luz de la luna.
- —Por fin —le dijo—. Y aún podemos oir la música, mas o menos. Esto es casi perfecto.
- Dejó la botella en una mesa y miró a su alrededor. La terraza inferior era igual que las otras pero no estaba iluminada.
  Johanne se volvió para mirarlo.
- —Tienes razón, es perfecto.
- —Lo dices como si te resultara difícil de creer.
- —Lo que me resulta difícil de creer es que hayas tenido un detalle tan romántico. No me lo esperaba de ti.

- —Vaya, es la primera vez que me dicen algo así —dijo mientras descorchaba la botella—. Deberíamos celebrarlo.
- Llenó las copas y brindó por el resto de la velada, pero después de entrechocar las copas, en vez de beber, besó a Johanne. El champán podía esperar.
  Johanne cerró los ojos y se inclinó hacia él. Dorian estaba seguro de no haber sentido nunca nada parecido. Había muchas cosas que no había sentido nunca hasta que encontró a Johanne en Golden.
- —¿No vamos a bailar? —murmuró ella.
- Dorian sonrió y dejó la copa en la mesa.
- —He pasado todo el rato esperando este momento.
- Johanne se apretó contra él, encajaban a la perfección. Empezaron a bailar lentamente, a veces el ritmo de la música y a veces siguiendo su propio ritmo .
  Estuvieron bailando, bebiendo champán, charlando, besándose y riendo, hasta que se apagaron las luces. Dorian se dio cuenta de que Johanne no quería marcharse, sentía lo mismo. Habían sido unas horas maravillosas y no quería que terminasen tan pronto.
- Mientras volvían a Golden, tuvo que hacer acopio de fortaleza para no llevarse a Johanne a su casa. La deseaba con todas sus fuerzas, quería hacerle el amor, sentir su cuerpo, ver cómo dejaba escapar la pasión que encerraba. Quería oír sus gemidos , demostrarle lo bien que podía hacer que se sintiera, pero sobre todo, quería demostrarle que no era como los demás, que no la abandonaría.

- —Estás muy callado —comentó Johanne cuando aparcaron frente a su casa.
- —Es muy tarde.
- Mientras Dorian la acompañaba a la puerta, Johanne iba tarareando una de las melodías que habían bailado en la fiesta.
- —¿Quieres entrar a tomar un café? —le preguntó.
- —Esta noche no.
- Aunque le resultaba muy difícil separarse de ella en aquel momento, no era la invitación que quería. Stephanie y Gracie estaban dentro.
- —¿Qué te pasa? —le preguntó Johanne, preocupada.
- Todos los músculos del cuerpo de Dorian se tensaron.
- —Creo que ya lo sabes.
- Johanne no contestó, pero el brillo de sus ojos le dijo que lo había entendido.
- —Sé que te han hecho daño —continuó Dorian —, y he intentado no presionarte, no exigirte nada. Pero la paciencia nunca ha sido mi punto fuerte.
- Johanne no se sorprendió.
- —No puedo fingir que no tengo miedo Dorian. He cometido muchos errores.
- —Olvídalos, porque estás destrozando cualquier oportunidad que podamos tener. No sólo tengo que enfrentarme al recuerdo de Dalton cada vez que estoy

con mi padre, sino que contigo tengo que pagar por sus errores.

- —No digas eso, por favor.
- —Entonces, dime que no es verdad. Dime que has superado lo que te hizo mi hermano. Dime que lo que pasó con el padre de Stephanie no tiene nada que ver en lo que a ti y a mí respecta.
- Dorian cerró los ojos, esperando a que Johanne dijera algo, cualquier cosa que le demostrara que lo deseaba lo suficiente para confiar en él, pero cuando abrió los ojos Johanne estaba negando con la cabeza.
- —No puedo decirte eso —una lágrima escapó entre sus párpados—. Por favor, intenta entenderlo.
- Sus palabras lo hirieron como un puñal.
  No podía entenderla después de lo ocurrido entre ellos en la terraza.
  De repente, tuvo la certeza de que tenía que marcharse de allí, antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirse.
- —Parece que ha llegado el momento de retirarse.
- —Eso no es lo que quiero.
- —Es lo que yo necesito —le enjugó la lágrima con delicadeza—. Y creo que tú también necesitas un poco de espacio.
- —Ya estás otra vez decidiendo lo que es mejor para los demás.

- El tono trémulo de Johanne hizo que el reproche pareciera un lamento. Dorian contuvo el deseo de abrazarla.
- —Lo que pase a partir de ahora depende de ti, Johanne.
- —¿Te marchas, por las buenas?
- —No me voy muy lejos —dijo con una calma que no sentía—. Cuando estés preparada para olvidar el pasado, ya sabes dónde encontrarme.

- Donativos sospechosos

- El lunes, cuando Johanne entró en la tienda, aún se sentía mal por lo que había sucedido con Dorian y, por si fuera poco, estaba muy cansada, después de pasar dos noches en vela. Lo último que necesitaba, en aquel momento, era que se hubiera terminado el café.
- —Magnífico —murmuró, dejando la lata vacía de café a un lado.
- Johanne se volvió y miro a Caroline, que estaba en la puerta de la trastienda.
- —¿Qué haces aquí tan pronto? ¿Dónde están los niños?
- —Los he mandado a la oficina con su padre —respondió, mientras dejaba el bolso sobre una mesa—. Tenía que hablar contigo. Ayer te llamé varias veces

pero sólo conseguí hablar con tu contestador automático. ¿Es que no escuchas nunca los mensajes?

- —Ayer no los escuché.
- Johanne se puso a abrir todos los armarios en busca de cualquier cosa que tuviera cafeína. En aquel momento, y a falta de café, habría dado cualquier cosa por una bolsita de té, un poco de chocolate caliente o incluso un café descafeinado.
- —Me imaginé que Stephanie y tú estarían pasando el domingo con Dorian.
- Johanne no tenía intención de hablar sobre el domingo, ni mucho menos sobre Dorian, así que no dijo nada.
- —Oh, vamos, Johanne —insistió Caroline —. ¿A dónde fueron tú y Dorian el sábado por la noche? Vi que estaban bailando y, cuando volví a mirar, habían desaparecido.
- —Salimos a bailar a un lugar menos concurrido.
- —Y mucho más romántico, supongo.
- El interés de Caroline resultaba evidente, pero Johanne sólo estaba interesada por el café y no quería continuar aquella conversación.
- —Tengo que ir al super mercado a comprar café. Encárgate de la tienda, ¿quieres?
- Johanne salió de la tienda esperando que su amiga no se hubiera enojado con ella.

- Aún le dolía lo que había sucedido después de bailar; cuando pensaba en que Dorian la había dejado allí en los escalones del porche, sintió un tremendo dolor, no era tan terrible como la experiencia de haber sido abandonada en el altar, pero había experimentado el mismo sentimiento de traición, el mismo asombro y la misma incredulidad que aquel fatídico día.
- Al entrar Johanne evitó a los cuatro hombres que estaban siempre en el supermercado reunidos alrededor de la máquina de café, junto con Henry, el dueño del supermercado, no estaba de humor para charlar con ellos pero alcanzaron a verla.
- —Eh, Johanne. ¿Puedes venir un momento?
- —Ahora no. Tengo que volver a la tienda.
- —Hemos oído que tu amigo está gastando mucho dinero en el pueblo —dijo uno de los ancianos.
- Johanne no hizo caso y siguió andando.
- —Los chicos están muy contentos esta mañana —dijo Henry apartándose de la máquina de café—. Dorian se los ha ganado donando dinero para muchas cosas.
- —Sólo ha donado una suma a la biblioteca pública —puntualizó Johanne.
- Henry negó con la cabeza.
- —Pues se dice que va a entregar un cheque al colegio en la reunión que hacen todos los meses.
- —¿Y qué tiene eso de particular? Todo el mundo sabe que pretenden comprar ordenadores para el colegio.

Yo misma he contribuído con una pequeña suma, y estoy segura de que tú también.

- —Sí, pero no estamos hablando de veinticinco ni de cincuenta dólares. Les va a dar tanto dinero que podrán poner un ordenador en cada clase.
- —¿Tanto? —preguntó, asombrada.
- —La misma tesorera de la escuela me lo ha contado hace veinte minutos. Como ya le dije a Dorian el día del baile, estoy con él —declaró, bajando un poco la voz—. Pero tienes que decirle que tenga cuidado. No se está haciendo un favor con esas demostraciones de riqueza. La gente empieza a sacar conclusiones equivocadas.
- Johanne le dio las gracias a Henry y se alejó. Dudaba que Dorian aceptara el consejo. Lo tenía todo muy bien pensado. Y, puesto que había decidido que se mantuvieran alejados, no sabía cuándo volvería a hablar con él.
- —Henry se equivoca —dijo Caroline, cuando Johanne le contó la conversación que habían mantenido—. Cuando los padres de los niños se enteren de que Dorian va a donar todo ese dinero al colegio se alegrarán mucho. Mis hijos todavía son pequeños para ir a clase, pero me alegro de todas formas, y supongo que tú también te alegras por Steph.
- —Sí, supongo que sí —dijo, mientras abría la nueva lata de café.

- Johanne se habría alegrado mucho más si hubiera sido capaz de decirle a Stephanie que Dorian no iba a estar mucho tiempo en aquel lugar. El día anterior, su hija había estado preguntando una y mil veces sobre el baile, y al día siguiente estaría preguntando por su paradero.
  Johanne dudaba que Dorian comprendiera lo que su separación significaba para Stephanie. Estaba convencida de que sólo pensaba en sí mismo.
- La semana transcurrió muy despacio. Le había dicho a Stephanie que Dorian tenía mucho trabajo y que no podría ir a verlas, pero la niña salía corriendo cada vez que oía un ruido. Estaba muy decepcionada, como la propia Johanne.
  Sin Dorian, los días se hacían interminables.
  Además, Johanne empezaba a pensar que la única forma de decir la verdad era dirigirse al señor Barnes.
- El miércoles por la noche, cuando llegó a casa, Gracie estaba terminando de preparar la cena.
- —Hacía tiempo que no teníamos macarrones —declaró Gracie—. He pensado que Stephanie se alegraría. Últimamente está decaída.
- Johanne recordó la última vez que había preparado el plato favorito de Stephanie, el día en que apareció Dorian por primera vez.
- —¿Dónde está Steph? ¿En la casita del árbol?
- —No, está arriba en su habitación.

- Johanne se sirvió un vaso de té helado, pero notó que Gracie la estaba mirando y decidió preguntar.
- —¿Ocurre algo Gracie?
- —Bueno, es que…
- —Vamos, di lo que tengas que decir.
- Gracie se secó las manos con un paño de cocina y se sentó a la mesa, junto a Johanne.
- —Es que Dorian no ha venido por aquí desde el sábado, y me preguntaba si…
- Johanne comprendió su interés. A fin de cuentas, Dorian había ido a visitarlas casi todos los días, hasta entonces. Pero no se sentía con fuerzas para hablar sobre ello, de modo que decidió darle a Gracie la misma excusa que había dado a Stephanie.
- —La reunión del ayuntamiento es el sábado por la mañana, y tiene que preparar su discurso.
- —Sí, claro, debe estar muy ocupado. Es lo mismo que le he dicho a Stephanie —dijo Gracie no muy convencida.
- —Lo sé.
- —No te preocupes, Stephanie se recuperará. Y espero que todo vaya bien en la reunión del ayuntamiento. Por tu bien.
- —Supongo que habrás oído todas esas historias que corren por ahí, sobre los donativos de Dorian.

- —No deberías preocuparte por eso. La gente siempre habla.
- —¿Qué has oído?
- —No mucho. Unas cuantas personas se sorprendieron cuando donó dinero para la nueva fuente. Pero ya se había olvidado el asunto cuando…
- —Sigue, Gracie.
- —¿Es que no sabes de dónde ha salido la nueva furgoneta de la residencia de ancianos?
- —No me digas que la ha comprado él.
- —Eso es lo que oí en el bingo, anoche. Al parecer, les dio el dinero para que la compraran cuando vino a vivir aquí.
- —No me había dicho nada.
- —Bueno, solo te cuento lo que oído.
- —¿Y qué más se dice?
- —Hay personas que dicen que está intentando ganarse el apoyo de la población para conseguir lo que quiere en la reunión del ayuntamiento.
- —Estoy segura de que muchas otras personas piensan lo mismo.
- —Sí, y va a oir muchas cosas el sábado. Deberías advertírselo.
- Johanne ya le había advertido que no gastara su dinero de aquel modo, pero no la había escuchado.

Estaba muy enfadada. Pensaba que su arrogancia no tenía límites y no entendía a qué jugaba. Además, creía que ponía en peligro el futuro de su negocio.

- —Tienes razón, Gracie. Dorian debería saber que se está metiendo en un lío —dijo, mientras tomaba su bolso.
- Johanne aún estaba enojada cuando aparco detrás de la nueva camioneta de Dorian la que había comprado para no llamar tanto la atención, cuando la vio sacudió la cabeza. Se necesitaba algo más que una camioneta para que lo aceptaran en la comunidad.
- Dorian la miró sorprendido cuando abrió la puerta, y su rostro se iluminó con una sonrisa de esperanza.
- —Tengo que hablar contigo —dijo ella.
- —Por supuesto. Tenemos que hablar —dijo él, mientras la invitaba a entrar—. Estaba preparando la cena. ¿Has comido?
- —No voy a quedarme mucho tiempo —declaró ella con firmeza.
- Dorian la llevó a la enorme cocina. Sobre la encimera había una botella de cerveza abierta y un par de bocadillos.
- —¿Eso es lo que vas a comer? —preguntó ella.
- —Ya me conoces, no soy buen cocinero. A este pueblo no le vendría mal un buen restaurante indio.
- Johanne se apoyó en la encimera y se cruzó de brazos.

- —Por si no lo sabes, has molestado a muchas personas con tus extravagantes donativos.
- —¿Cómo? No me digas que has venido a hablarme de eso…
- La decepción de Dorian era más que evidente, pero Johanne hizo caso omiso.
- —¿Cómo se te ocurrió dar una suma tan elevada al colegio? un ordenador para cada clase… ¿En qué estabas pensando Dorian?
- —Tengo muchos amigos en la industria informática, y he conseguido que me los dejen a muy buen precio.
- —Esa no es la cuestión. La gente comienza a desconfiar de tus motivos.
- —Pues nadie se ha quejado ante mi. El colegio está muy contento, y he recibido varias notas de agradecimiento de algunos ancianos, por la furgoneta con aire acondicionado.
- —Escúchame, Dorian —dijo, frustrada—. A todos los efectos, parece que estás comprando votos para que te concedan la recalificación.
- —Eso es ridículo. No estoy haciendo nada malo, me limito a contribuir al bienestar de la comunidad.
- —Pues no es una estrategia muy adecuada en Golden. Apesta. A la gente no le gusta y a mí tampoco.
- —¿No te parece que estás exagerando? —preguntó, con absoluta tranquilidad— llevo mucho tiempo en el

mundo de los negocios, y me he enfrentado a situaciones mucho más problemáticas.

- —Ya te he dicho que las localidades pequeñas son diferentes. Golden es diferente.
- —La gente es la gente y el negocio es el negocio. Tengo más experiencia en estas situaciones que tú. Sé lo que tengo que hacer.
- Aquella fue para Johanne la gota que colmó el vaso. Era lo último que necesitaba oír.
- —Sí, claro. Tú siempre has sabido lo que era mejor. ¿Cómo he podido olvidarlo?
  —preguntó con ironía.
- Dorian dio un paso adelante enfadado.
- —Por favor, Johanne …
- Parecía más una advertencia que un ruego.
- —Haz lo que quieras. Ve a esa reunión y haz lo que quieras. A mí ya no me importa.
- —No te creo.
- —Pues créelo. Sin embargo tengo algo más que decirte. En lo que respecta mis sentimientos y a mis necesidades no sabes nada. Y en lo relativo a mi hija, aún sabes menos.
- —Espera un momento, quiero mucho a esa niña y lo sabes.
- Dorian se acercó y la tomó de las muñecas.

- —Stephanie está muy preocupada porque has desaparecido. ¿Es que no te has parado a pensar que tu decisión podía afectarla?
- Dorian palideció.
- —Pienso en ella todos los días. No le haría daño por nada del mundo. La echo de menos, casi tanto como te hecho de menos a ti.
- Johanne se apartó de él.
- —El daño ya está hecho Dorian.
- —Mira, iré a hablar con ella e intentaré explicarle que…
- —Ya se ha acostumbrado a tu ausencia —interrumpió.
- —¿No quieres que vaya a verla?
- La angustia de Dorian la estremeció. Johanne quería que viera a Stephanie, al fin y al cabo llevaban la misma sangre en las venas.
- —Tendrás que esperar, te lo ruego. Espera a que…
- —¿A qué, Johanne?
- Johanne había estado apunto de decir que esperara a que hablara con su padre, pero no podía decirlo. No podía contarle la verdad de aquel modo, en mitad de una discusión.

> —Espera que las cosas se tranquilicen, y a que pase la reunión del ayuntamiento —mintió—. Es posible que no lo consigas, Dorian.

- —Lo conseguiré.
- —De todas formas, es posible que decidas marcharte de Golden si no lo logras.
- —Eso no sucederá —insistió él—. Pero gracias por demostrar tanta fe en mí.
- Johanne se marchó de la casa arrepentida de haber perdido el tiempo con él. Dorian siempre había hecho las cosas a su modo. Era muy arrogante y a veces manipulador.
  No había olvidado que había intentado convencer a Dalton, años atrás, para que no se casara con ella.
  No sabía cómo había sido capaz de mantener una relación con Dorian, pero sabía que era tan responsable como él de lo sucedido, y estaba dispuesta a remediarlo inmediatamente.
- Aparcó el vehículo en el arcén de la carretera, sacó el teléfono que llevaba en el bolso y marcó un número, la vida de su hija y su propia vida estaban a punto de cambiar para siempre.
- —¿Diga?
- —¿Podría hablar con el señor Barnes, por favor?
- —Lo siento, pero no está aquí. Su esposa y él estarán en Palm Beach hasta el cuatro de julio.
- Johanne se sintió muy decepcionada. Aún faltaba una semana para el cuatro de julio.
- —Supongo que eso significa que el señor Barnes ya se encuentra mejor…

- —Sí, un poco mejor, pero tiene que cuidarse —dijo la empleada doméstica—. El médico le dijo que un cambio de aires le vendría bien. ¿Quiere dejar algún mensaje?
- —No, muchas gracias. Volveré a llamar la semana que viene.
- Johanne se despidió y colgó el teléfono sin dar su nombre.

- Debate
- —¡Mamá, mamá! —gritó Stephanie, entrando en el dormitorio de Johanne — Gracie me ha dicho que puedo pasar la noche en su casa, con su gatito. ¿Puedo ir, mamá?
- —¿Te has vuelto a invitar tú misma otra vez? — preguntó su madre—. Contesta Stephanie.
- La niña asintió con gesto culpable.
- —Sí, pero quiere que vaya de todas formas, siempre y cuando no juegue sólo con el gatito porque dice que Jasmine se pondría celosa.
- Gracie apareció segundos más tarde y confirmó la historia de la pequeña.
- —Como vas a estar ocupada esta tarde, en la reunión, puedo llevarla a mi casa Y cuidar de ella.
- —¿No quieres votar?

- —No soporto esas reuniones. Demasiado acaloradas para mi gusto —dijo Gracie apoyándose en el marco de la puerta—. Pero le he dicho a mi amiga Sadie que vaya a buscarme si necesitas mi voto.
- —En tal caso, dudo que Sadie vaya a buscarte. Creo que perderemos la votación.
- —Eso es lo que he oído.
- En aquel momento sonó el teléfono. Gracie se marchó en busca de Stephanie y Johanne contestó.
- —Johanne, soy Gabriel. Dorian va empezar su discurso en cualquier momento.
- —Pero si se suponía que era más tarde. Sólo son las once.
- —Lo sé, pero el orden del día es un desastre. El arquitecto que va a presentar los planos para la nueva estación de bomberos ha tenido un problema con el coche cuando venía de Boston, así que hemos tenido que cambiar el orden.
- —Si van hacer un descanso para comer, no tendrán tiempo de discutir adecuadamente la proposición antes de votar.
- —Pues aún hay más problemas. La liga de mujeres ha alquilado el piso de arriba para su reunión anual, y tenemos que terminar antes de las cuatro de la tarde. Como no tendremos tiempo para nada, el moderador ha propuesto que hagamos las votaciones en una reunión especial, dentro de dos semanas. No había

otra solución, así que mis compañeros y yo nos hemos mostrado de acuerdo.

- —No me gusta como suena eso. Dentro de dos semanas podría ocurrir cualquier cosa, Gabriel.
- —A mí tampoco me gusta. Dorian tendrá que gastar sus cartuchos ahora y te necesitamos aquí.
- —¿Te ha dicho Dorian que me llames?
- Gabriel gimió.
- —No. Cuando le pregunté si sabías lo del cambio de planes, se encogió de hombros y se alejó. No sé qué pasa entre ustedes pero te recuerdo que el asunto de tu tienda depende de la recalificación.
- —Qué más da. Ya has oído lo que se dice. La gente no confía en Dorian.
- —Por si no lo recuerdas, los habitantes de este lugar tardaron mucho tiempo en confiar en ti.
- —Es cierto.
- —Creo que deberías aprovechar el respeto que te has ganado para echar una mano a Dorian.
- —Está bien. Voy para allá.
- —Apresúrate. Dorian va a empezar a hablar en cualquier momento.
- Johanne salió de la casa y subió a su vehículo, pero tardó varios minutos en salir porque el coche de Gracie bloqueaba la entrada. Para empeorar las cosas, se encontró con un tractor en la estrecha carretera, y no

tenía espacio suficiente para adelantar. El destino parecía estar en su contra, pero intentó no pensar en ello.

- La llamada de Gabriel había servido para que Johanne comprendiera que Dorian la necesitaba, aunque él no lo supiera.
- Aunque llegara tarde, conseguiría aparecer a tiempo de echarle una mano. Quisiera o no quisiera su ayuda.
- —Gracias por su intervención Señor Barnes —dijo el moderador—. Puede permanecer en el estrado para contestar a las preguntas de los ciudadanos.
- Dorian asintió y miró alrededor.
- Gabriel le hizo un gesto con la mano para indicarle que había sido un buen discurso, pero la confianza de Dorian desapareció cuando contempló el rostro de los presentes. A excepción de unos cuantos amigos, ninguno sonreía.
  Aquella gente era muy dura, más que los ejecutivos con los que había tratado durante la venta de su empresa. Empezaba a comprender que el resultado de aquella reunión, y la opinión de aquellas personas, eran esenciales.
- Habría dado cualquier cosa por contar con el apoyo de Johanne. A pesar de la discusión que habían mantenido, le habría gustado que se encontrara allí, apoyándolo.
- Gabriel le había dicho que la había llamado por teléfono para advertirle sobre el cambio en el orden

del día, no obstante, la intervención de Gabriel no pareció haber servido de nada. Johanne no había ido.

- —Muy bien Earle, puedes intervenir —dijo el moderador—. Pero te ruego que seas breve.
- Earle se levantó de su asiento e hizo un gesto hacia los planos que había presentado Dorian durante su intervención.
- —Debo reconocer que son unos planos impresionantes, hijo. Pero es evidente que el tráfico se incrementaría bastante, y Golden ya tiene demasiados coches.
- —Al contrario —dijo Dorian —. Ten en cuenta que dos negocios que actualmente están en el centro de la localidad se trasladarían al nuevo centro, y consecuentemente reduciría el tráfico rodado en…
- Dorian dejó de hablar durante unos momentos, Johanne acababa de entrar en la sala. Clavó la mirada en ella, pero Johanne no lo miró.
- —Vamos, sigue —dijo Earle—. ¿Qué ibas a decir?
- —Sólo quería decir que el centro ya tiene problemas de tráfico, y el proyecto serviría, entre otras cosas, para aliviar ese problema.
- Dorian siguió respondiendo las preguntas de los presentes, de la mejor forma que pudo, pero las intervenciones de los ciudadanos se hicieron más agrias cuando el moderador dijo que sólo quedaban diez minutos. Dorian tuvo que hacer un esfuerzo para

mantener la calma. Se había montado un pequeño revuelo, y el moderador se vio obligado intervenir.

- —Nadie puede hablar a menos que le dé permiso. ¿Comprendido?
- Segundos más tarde, los presentes se habían tranquilizado, así que el moderador dio palabra al doctor Beck. Dorian se preparaba para lo peor.
  El médico era el cabecilla del pequeño pero insidioso grupo que se oponía al proyecto.
- —Señor Barnes, debe comprender que las personas de esta localidad no ven con buenos ojos sus esfuerzos. De hecho, algunos hemos preparado una denuncia contra usted, para que se detengan todos los trabajos en la planta empaquetadora.
- —Doctor Beck, le recomiendo que sus amigos y usted esperen a conocer el resultado de la votación.
- —¿Cómo sabemos que no incrementará la altura del edificio para poner más tiendas en unos años? —preguntó uno de los amigos del doctor Beck— ¿Que no levantará más edificios en el terreno?
- Gabriel se adelantó a responder antes que Dorian pudiera decir nada.
- —Si quisiera hacer algo así, tendría que presentar otro proyecto ante el ayuntamiento y pasar otra reunión como ésta.
- —Eh, Gabriel —intervino uno de los ancianos que siempre se sentaba junto a la máquina del café en el

supermercado—. ¿Va a seguir comprando votos como hasta ahora?

- —Eso está fuera de lugar, —dijo el moderador—. Siéntate.
- A pesar de las palabras del moderador, se organizó una pequeña algarabía, y lo peor de todo era que las protestas no procedían tan sólo del grupo del doctor Beck. Entre las personas que protestaban se encontraban muchos rostros de personas que Dorian conocía, de personas que, obviamente, desconfiaban de él. Ahora sabía que Johanne tenía razón, y lamentó no haber escuchado sus consejos.
- —Me gustaría intervenir —Johanne se dirigió al moderador—. Por favor déjenme hablar.
- El moderador tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para conseguir que los presentes se tranquilizaran, pero al final lo logró. Cuando Johanne se levantó de su asiento, Dorian supuso que se dirigía a él, para su sorpresa sin embargo, se dirigió al doctor Beck.
- —Doctor Beck, usted sólo lleva un par de años en Golden, más o menos como yo. Acostumbrarse al cambio no resulta tan fácil, ¿verdad?
- Beck se limitó a asentir.
- —Golden es uno de esos lugares donde todo el mundo se conoce —continuó Johanne —, y eso hace que se desconfíe de los recién llegados. Yo misma he cometido errores, y usted también señor Beck. En cuanto a la amenaza de iniciar acciones legales, creo

que los ciudadanos de este lugar no quieren resolver sus conflictos de ese modo.

- Dorian observó a Johanne con atención. En pocos segundos se había ganado el apoyo de buena parte de los presentes.
- —Dorian también ha cometido errores —prosiguió Johanne—. Ha cosechado muchos éxitos en el mundo de los negocios a lo largo de su vida, y ha tardado en comprender que las normas no son las mismas en Golden.
  Mientras ustedes creían que estaba intentando comprar votos, él sólo pensaba que estaba ayudando a la comunidad.
- —Pues debería haberse dado cuenta —dijo un hombre.
- —Creo que ahora ya lo sabe —observó Johanne.
- Muchas personas rieron, incluido el propio Dorian.
- —Además ¿qué daño ha hecho? —preguntó Johanne —. Hay una nueva furgoneta para la residencia, y el colegio y la biblioteca cuentan con más medios. Y todo ello, sin gasto alguno de los contribuyentes. Por si fuera poco, y como es lógico, aún tenemos la posibilidad de votar a favor o en contra de su proposición.
- —Johanne, sólo puedo darte un minuto más — intervino el moderador— ¿Quieres añadir algo más?

- —Sólo quiero pedirles que durante las próximas dos semanas piensen en ello, sin prejuicios de ninguna clase.
- Dorian tuvo que hacer un esfuerzo para no dirigirse a Johanne cuando la mujer se sentó.
- Estaba sorprendido y sentía un enorme agradecimiento, pero había algo más. La encantadora, delicada, y cálida Johanne se había enfrentado a sus enemigos para ayudarlo. Lo había defendido, y por alguna razón se sentía muy orgulloso.
- El moderador pospuso la reunión hasta la una en punto y todo el mundo comenzó a levantarse. Dorian caminó hacia Johanne entre la pequeña multitud. Varias personas se acercaron para estrecharle la mano y Dorian tuvo que detenerse para darles las gracias. Cuando quiso darse cuenta había perdido de vista a Johanne.
- —¿Has visto a Johanne? —preguntó a Gabriel.
- —Sí, pero no sé dónde se ha metido —respondió, mientras le daba una palmada en la espalda—. Te ha salvado Dorian. Pórtate bien durante las próximas semanas y es posible que tengas una opción.
- Dorian asintió y se alejó. Sólo quería ver a Johanne para decirle que se había equivocado. Además, quería arreglar las cosas entre ellos. Había comprendido que lo que más deseaba, por encima de ninguna otra cosa, era tomarle entre sus brazos y confesarle todo lo que tendría que haberle confesado tiempo atrás.

- Lamentablemente no consiguió encontrarla. Decidió subir al podio para ver si la veía, e incluso salió el vestíbulo pero no sirvió de nada. Johanne se había marchado.

- Te deseo
- Johanne estaba sentada en la hierba, en el jardín de la casa. Sabía que tenía que ir a buscar Stephanie, o trabajar un rato, pero no se sentía con fuerzas.
- La reunión de la mañana la había agotado. Además, su emocionada y pública defensa de Dorian hacía que se sintiera vulnerable y expuesta. De modo que había decidido regresar a casa y descansar un poco entre los árboles, pero segundos más tarde notó una sombra a su lado.
- —He estado buscándote por todas partes.
- Johanne levantó la mirada y vio a Dorian. Ya no llevaba el traje que había lucido en la reunión, ahora llevaba una camisa de color azul claro, con las mangas subidas por encima de los codos. Estaba muy atractivo.
- —Hola, Dorian.
- —Se respira una tranquilidad asombrosa en este lugar.
- —Es que Stephanie no está en casa.
- —Lo siento. Me habría gustado verla, aunque en realidad he venido a verte a ti.

- —No era necesario.
- —¿De verdad creías que me mantendría alejado? ¿Cómo es posible que…
- —Dije lo que tenía que decir —lo interrumpió—. Eso es todo.
- Dorian se sentó a su lado y la tomó de la mano.
- —Eso no es todo.
- El contacto de las manos de Dorian bastó para que Johanne se estremeciera.
- Para empeorar las cosas, Dorian besó sus dedos y las palmas de sus manos.
  El corazón de Johanne se aceleró.
- —Nadie me había defendido nunca de ese modo — dijo Dorian — no encuentro palabras para describir lo que siento
- —No tienes que decir nada. Ya sé que estás agradecido —declaró ella.
- —Te equivocas. Esta vez tengo que decir algo. Pero darte las gracias no sería suficiente. No he sido justo contigo. He sido egoísta y he dicho cosas terribles. No hice caso de tus consejos y me metí yo sólo en un lío. Nadie te habría culpado si me hubieras dejado allí.
- —Sabes de sobra que no te haría algo así —dijo Johanne.

- —¿Por qué lo has hecho? Después de todo lo que ha pasado, te has enfrentado a medio pueblo por mí. ¿Por qué?
- —¿Es que aún no lo sabes? Lo he hecho porque te amo.
- Dorian la miró con asombro. Estaba tan asombrado como la propia Johanne.
- —Tal vez no es lo que querías oir —continuó Johanne —, pero es la verdad.
- —Dios mío, Johanne ...—dijo él, tomando su cara entre las manos—. Temía que no lo dijeras nunca. Pensé que no podrías amarme.
- —Bueno. No se puede decir que sea fácil —bromeó, mientras derramaba una lágrima.
- Lo sé —dijo él, mientras besaba su mejilla—. Eres una mujer maravillosa.
- Dorian la abrazó con fuerza y se inclinó sobre ella para besarla.
- Johanne pronunció su nombre y se dejó llevar.
- —Te necesito, Johanne —murmuró él—. Te necesito tanto que casi no puedo soportarlo. Por eso decidí decidí mantener las distancias.
- —Lo sé.
- —Te necesito —insistió él.
- Se besaron con tanto ardor que la exitación dominó a Johanne.

Y mientras acariciaba sus suaves curvas Johanne pudo notar la erección de Dorian. Entonces gimió, incapaz de resistirlo por más tiempo. Necesitaba sentirlo en su interior. Necesitaba expresar la pasión que sentía. Y sobre todo, necesitaba tocarlo, probarlo, acariciarlo, besarlo, llevar el deseo a su conclusión natural.

- —Dorian —susurró—. Te deseo.
- —Lo dices en serio, ¿verdad?
- —Con todo mi corazón.
- —Pero Stephanie está en casa.
- Johanne sonrió.
- —No vendrá hasta mañana por la mañana. Se va a quedar a dormir en casa de Gracie. Como ves, es tu día de suerte.
- —Yo diría que es el mejor día de mi vida.
- Dorian acarició la mejilla de Johanne y miró su boca.
- Johanne se humedeció los labios con la lengua y Dorian volvió a besarla, pero Taffy, que estaba junto a ellos, comenzó a frotarse contra sus piernas; pensaba que estaban jugando y quería unirse a ellos.
- —Será mejor que entremos a la casa —dijo Dorian.
- Dorian la llevó a la casa y subieron al segundo piso, pero cuando llegaron a lo alto de la escalera Dorian se detuvo. No sabía cuál era su dormitorio así que Johanne se tuvo que adelantar.

- —¿Te arrepientes? —preguntó él, cuando cerraron la puerta.
- —No. Es que no había estado con nadie desde hace mucho tiempo. No lo había planeado y…
- —Johanne …
- —No estoy tomando la píldora.
- —Descuida —dijo él—. Yo tengo preservativos.
- —¿De verdad? —preguntó, sorprendida.
- Dorian sonrió.
- —Después de lo que pasó cuando nos caímos al río, comprendí que temías algo más que la indiscreción.
- —No pensé que te hubieras dado cuenta.
- —Pienso en ti, Johanne. Todo el tiempo. Y no es ningún secreto que te deseo.
- Dorian se había preocupado por ella, y aunque fuera un detalle pequeño, Johanne se lo agradeció profundamente. Desde que la habían abandonado en el altar siempre había estado sola, y la preocupación de Dorian significaba mucho para ella.
- Permanecieron unos segundos en mitad de la habitación. Las barreras que existían entre ellos se habían desvanecido. Pero Johanne tembló ligeramente cuando vio el brillo de deseo en los ojos de Dorian.
- —Johanne … —dijo él, extendiendo una mano.

- Johanne se arrojó a sus brazos, incapaz de controlar el deseo que sentía. Se apretó contra él con fuerza y empezaron a besarse apasionadamente. Johanne gimió y se dejó llevar, sin apartar las manos de su pecho. Quería tocarlo, y no podía dejar de hacerlo. En parte, aún no podía creer que estuviera allí, acariciándola, deseándola. Temía que, si abría los ojos, Dorian se desvaneciera como en un sueño.
- Johanne deshizo la corbata de Dorian y la dejó en el suelo antes de empezar a desabrochar, uno a uno, los botones de su camisa. Después, introdujo una mano por debajo de su ropa y acarició su pecho. El calor del cuerpo de Dorian no dejaba dudas; aquello era real, completamente real.
- —Te necesito, Johanne.
- Johanne abrió los ojos y contempló la expresión de pasión de su acompañante. Años atrás había contemplado el deseo de Dalton, pero no había sido como aquello; no había sentido el intenso deseo que sentía ahora por Dorian. Además, sabía que él era realmente sincero cuando decía que la necesitaba. Le quitó la camisa, dio un paso atrás y le tomó de la mano.
- —Ven a la cama, Dorian.
- En cuestión de segundos se habían metido debajo de las sábanas. Dorian se tumbó junto a Johanne y la desnudó entre besos. Cuando le quitó el sujetador acarició los senos de su amante.
- —¿Te gusta? —preguntó él.

- El deseo de Johanne se hizo irresistible cuando notó que la tocaba entre las piernas. Era algo tan intenso que quiso hacer el amor con él de inmediato, sin esperar más. Dorian besó sus senos y se apartó de ella, así que Johanne gimió, pero esta vez por decepción. Dorian sonrío mientras se quitaba el resto de la ropa, Johanne permaneció tumbada observándolo, disfrutando con la visión de su duro cuerpo. El simple hecho de mirarlo incrementó su exitación de un modo sorprendente, incluso para ella.
  Se había acostado con Dalton en muchas ocasiones, pero nunca había sentido nada parecido.

- Dorian regresó con ella enseguida y la abrazó con fuerza. Ella se apretó contra él y se dejó arrastrar por las sensaciones, como si estuviera flotando en una nube de placer. Una vez más murmuró su nombre. Pasó los brazos alrededor de su cuello y acarició el cabello de Dorian. Compartían algo tan intenso que sus cuerpos necesitaban aliviarse de inmediato.

- Johanne gimió cuando Dorian la penetró. Sin dejar de acariciarla comenzó a moverse lentamente al principio, y luego más deprisa, con más fuerza, hasta que Johanne volvió a gemir y se aferró a los hombros de su amante, estremecida. Dorian no tardó mucho tiempo en alcanzar también el orgasmo. Después comenzó a besarla, una y otra vez, sin moverse. La sensación de estar allí, en silencio, sin decir nada, bastó para que Johanne fuera realmente consciente de la fuerza del amor que sentía.

- —Te amo —dijo él, de repente, como si hubiera adivinado sus pensamientos—. Te amo desde hace mucho tiempo.
- Johanne lo sabía. No necesitaba oír las palabras, por hermosas que fueran.
  Lo había notado cuando la abrazaba, cuando había susurrado su nombre poco antes de alcanzar el orgasmo.
- Las sombras de la tarde fueron oscureciendo la habitación mientras hacían el amor una y otra vez.
  Johanne comprendió que Dorian, al igual que ella, no quería que aquello terminara. Estaban atrapados en el deseo que sentían, como dos jóvenes amantes.
  Pero ya era tarde, y Johanne recordó que no había comido nada desde el desayuno.
- —Tengo hambre —declaró, de repente.
- —¿Más? —preguntó él, con incredulidad—. Estoy haciendo todo lo que puedo.
- —Hambre de comida, tonto —río ella, mientras le arrojaba una almohada—. Seguro que tú tampoco has comido.
- —¿Cómo iba a comer? Estaba demasido ocupado buscándote por todas partes.
- —Me alegra que lo hicieras. ¿Sabes lo que me apetece hacer por ti?
- —Supongo que más de lo que hemos estado haciendo —respondió él, besando su cuello.

- —Me gustaría prepararte una comida decente. No puedo creer que te hayas estado alimentando con bocadillos.
- —¿Quieres decir que mientras me torturaba pensando en hacerte el amor tú solo pensabas en mi dieta? Que romántica eres.
- —Venga, quédate aquí y descansa un poco. Te llamaré cuando la cena esté preparada y te enseñaré lo romántica que puedo ser.
- —Muy bien, adelante. Cuídame todo lo que quieras, me encanta que lo hagas.
- A Johanne también le gustaba. Cocinar para el hombre con el que había estado haciendo el amor, durante varias horas, hizo que una actividad rutinaria se convirtieren algo divertido. Preparó la comida, puso la mesa, descorchó una botella de vino e incluso puso música de fondo antes de subir de nuevo para ponerse un vestido blanco y despertar a su amante.
- Horas más tarde estaban sentados en la escalera del porche. La noche era fresca y clara, y podían oír la música que sonaba en el equipo.
- —Las estrellas se ven muy cerca aquí —dijo Dorian —. Es algo fascinante.
- —Vaya, parece que el chico de ciudad empieza a descubrir las cosas buenas del campo.
- Dorian río.

- —Si hago un esfuerzo, creo que podría decir una o dos cosas que me gustan de Golden. Seguro que pensaré en ellas cuando vuelva a Boston la semana que viene.
- —¿Cuando vuelvas a Boston? —preguntó ella, aterrada—. ¿Te marchas?
- —Sólo durante un día, eso es todo —respondió—. Tengo que confirmar unos documentos relacionados con la venta de la empresa.
- —Oh, Dorian, no sé por qué reacciono de este modo. Es que…
- —No te preocupes, lo comprendo —dijo él besándola en la cabeza—. Pero te amo, ¿recuerdas? No pienso abandonarte.
- Dorian acababa de decir exactamente lo que Johanne necesitaba escuchar, pero en el fondo de su corazón no había superado el trauma de la boda, y la declaración de su amante no disipó su inseguridad.
- —¿Te quedarás conmigo esta noche?
- —Esperaba que me lo pidieras —respondió el sonriendo—. Aunque pensaba hacerlo de todas formas.
- Johanne pensó que en las dos frases que acababa de decir estaba encerrada toda la esencia de Dorian. Era encantador, aunque irónico, y sorprendentemente delicado en ocasiones, aunque con mucha confianza de sí mismo.

- Su calor la estremecía, su sentido del humor la conquistaba, y cuando su confianza se transformaba en arrogancia la volvía loca. Pero lo amaba con locura, y le gustaba que fuera de aquel modo. Se volvió hacia él, de nuevo, lo abrazó y lo besó con apasionamiento.
- —Vaya, ¿a qué ha venido eso? —preguntó él.
- —A ti.
- Dorian la miró, asombrado, y se levantó.
- —Vamos al dormitorio.
- Aquella vez Johanne se sintió mucho más relajada, más libre para expresar sus deseos y emociones.
  Se entregó con intensidad, apasionadamente, sin restricciones. No se había sentido nunca tan viva, y varias horas más tarde despertó en los brazos de su amante. Estaba lloviendo y Dorian dormía a su lado. Johanne había estado sola muchos años, y la sensación de despertar entre sus brazos era maravillosa.
- Se volvió hacia él y lo observó, su rostro bronceado contrastaba con las sábanas blancas; su pelo había crecido desde que había llegado a Golden y le gustaba más de aquel modo. Por si fuera poco, le bastaba con mirarlo para recordar todo lo que habían hecho, juntos, en aquel día extraordinario.
- Pero, de repente, se sintió culpable; el peso del secreto que albergaba era mucho mayor ahora. Había cometido un grave error al no confesar la verdad a Dorian.

- Siempre lo había sabido, pero pensaba que si Dorian hubiera averiguado la verdad no se habría ido a vivir a Golden, no tendría ninguna relación y, probablemente, no sé habrían enamorado. De todas formas, aún albergaba esperanzas. Estaba segura de que si hablaba con Dorian y se sinceraba, el amor que los unía sería más fuerte que el pasado. Tenía que serlo.
- Dorian tenía que marcharse a Boston y después quería celebrar una fiesta para Stephanie, el día cuatro de julio, así que Johanne se dijo que esperaría hasta entonces para decirle la verdad. Después de lo que había sucedido no podía ocultarla durante más tiempo.

- Visita inesperada
- —¿Dorian? ¡Gracie, mira! ¡Es Dorian!
- La niña salió corriendo hacia Dorian y se arrojó a sus brazos, entre risas.
- —Me alegro mucho de verte pequeña.
- —Mira, mamá, Dorian ha vuelto.
- —Lo sé.
- Johanne pasó un brazo alrededor de la cintura de Dorian y se apoyó en él. Dorian aspiró el aroma de Johanne y deseó hacerle, una vez más, el amor.
- Precisamente habían llegado tarde a casa de Gracie para recoger a la pequeña porque habían estado

haciendo el amor, una vez más.
Aunque deseaban ver a la niña, la tentación era demasiado grande.
Además no tenían muchas ocasiones de estar a solas.
Pero ahora que veía a Steph, Dorian era un hombre completamente feliz, tan feliz que apenas podía creerlo.

- —Bueno, bueno, qué sorpresa —dijo Gracie.
- Johanne se disculpó por haber llegado tarde, y Dorian notó que Gracie los estaba observando, con abierta curiosidad. Johanne se había puesto unos vaqueros y una camiseta blanca, pero tenía el pelo húmedo porque acababa de ducharse.
  En cuanto a él, llevaba la ropa del día anterior. Estaba seguro de que Gracie había adivinado lo sucedido.
- —Te he hechado mucho de menos, Dorian —dijo la niña—. Ya no vas a estar ocupado con las reuniones, ¿verdad?
- —Claro que no. De ahora en adelante, pasaré tanto tiempo contigo y con tu madre como pueda.
- —¿En serio?
- —En serio. Por cierto, ¿te acuerdas de esa playa que queríamos rehabilitar? Pues ya está preparada y no estaría mal que la inauguráramos.
- —¿Podemos ir a la playa de Dorian?
- —Por supuesto. Tu bañador está en el coche.

- —¿Has oído Gracie? Dorian tiene una playa y vamos a nadar.
- —Me parece muy bien pequeña —dijo Gracie.
- Steph estaba tan entusiasmada que Dorian decidió decirle que pensaba dar una fiesta en su honor el día cuatro de julio.
- —¿Y puedo invitar a mis amigos? ¿Puedo invitar a Tommy, Ben, Amber, Jenny, a Matt y Gabriel?
- —Puedes invitarlos a todos, excepto a Gabriel. A Gabriel lo invitaré yo, personalmente.
- Johanne entró en la casa con su hija, para recoger las pertenencias de la pequeña, y Dorian se quedó a solas con Gracie.
- —Me gustaría que vinieras con nosotros —dijo Dorian —. La familia estaría incompleta sin ti.
- —Lo sé.
- —Bueno, espero que vengas y que disfrutes un poco. Johanne y yo nos encargaremos de todo. No tendrás que mover ni un dedo.
- —No me importa ayudar —espetó la mujer.
- Dorian dio un paso atrás inseguro. No sabía cómo tratar a aquella mujer. Por fortuna, Stephanie apareció segundos más tarde.
- —Dorian, ¿Taffy podrá ir a la fiesta? Le gusta nadar.
- —Claro, cariño.

- Minutos más tarde ya habían subido al vehículo. Dorian miró hacia la casa y vio que Gracie seguía en la entrada, mirándolos. Estaba tan sola que Dorian sintió lástima por ella. No quería apartarla de Johanne y de Steph, pero debía comprender que necesitaban estar solos, los tres, durante una temporada.
- Pasaron juntos dos días maravillosos. De hecho, Dorian no quería marcharse. Pero tenía que hacerlo, y sólo le quedaba un día y una noche. Además, tenía muchas cosas que hacer en Boston. Debía arreglar los asuntos de CompWare, vender su casa, ver a un par de amigos, visitar al joyero y pasar por la agencia de viajes.
- El martes por la mañana, Dorian fue a la tienda de Johanne.
- —Creía que no te marchabas hasta después de comer.
- —Cuanto antes me marche, antes regresaré.
- Dorian había llegado media hora antes de que Johanne abriera la tienda para hacer el amor con ella. Pero no esperaba que Steph estuviera presente.
- —Lástima. Esperaba que estuviéramos a solas unos minutos —susurró a su oído.
- —Es que Gracie tenía que ir al dentista esta mañana.
- Dorian miró a la niña, que estaba jugando con sus muñecas.
- —Y supongo que no podemos enviarla a la cafetería, ¿verdad?.
- —Me temo que no —sonrió ella.

- Sin embargo, Johanne le tomó de la mano y lo llevó al cuarto trasero.
  En cuanto llegaron, se besaron apasionadamente. Dorian comenzó a acariciarla. Cerró los ojos y pensó en el amor que compartían, en las caricias, en los sonidos, en el placer que experimentaba con ella. Hacer el amor con Johanne era algo maravilloso, tan intenso que en ocaciones le parecía sagrado.
- Johanne gimió y Dorian se apartó.
- —Será mejor que me vaya antes de que…
- —Dorian, le he pedido a Caroline que se lleve a Stephanie a su casa cuando termine la fiesta, para que pase la noche con ella.
- —Magnífico —dijo, mientras la abrazaba—. Te llamaré en cuanto llegue a Boston y volveré a llamarte en cuanto regrese a Golden. Y te aseguro que contaré una a una las horas cuando llegue el día de la fiesta, para que podamos estar a solas.
- —Tenemos que hablar de muchas cosas, Dorian.
- Dorian asintió y le dio un beso en la mejilla. Las palabras de Johanne habían sonado algo tristes, pero pensó que se debía a que se marchaba Boston y no le extrañó. A fin de cuentas, él también estaba triste, aunque sólo fuera una separación de veinticuatro horas.
- Dorian regresó a Golden cuando Johanne estaba preparando la comida para Stephanie. Cuando Johanne lo vio en el porche, vestido con unos

vaqueros y una camiseta, se estremeció. Corrió hacia él, encantada, y Steph la siguió.

- —Me he pasado por la tienda, pero estaba cerrada.
- —Ayer no tuve muchos clientes, de modo que he decidido cerrar y tomarme libre todo el fin de semana —declaró—. Además, he pensado que podría ayudarte con la fiesta.
- Era cierto. Además Johanne quería saborear cada minuto del último día que iban a pasar sin preocupaciones de ninguna clase. Al día siguiente, por la noche, le diría la verdad. Estaba decidida a hacerlo.
- —Estaba preparando unos espaguetis —dijo Johanne, mientras lo acompañaba a la cocina—. ¿Qué puedo hacer por ti?
- —Muchas cosas, exceptuando los espaguetis.
- —No te preocupes. Te prepararé algo mejor.
- Gracie estaba en la cocina, pelando patatas para preparar una ensalada. Stephanie se sentó en la mesa y empezó a devorar la pasta, con el perro tumbado a sus pies. La niña se empeñó en que Dorian jugara una partida de damas con ella mientras comía, y su madre se lo permitió. Pero unos segundos más tarde, Stephanie se tiró encima el plato de espaguetis.
- —Ha sido un accidente, mamá.
- —Lo sé, cariño. Tendremos que limpiarte un poco.
- Gracie se acercó con el papel de cocina mientras Dorian salía de la casa con la perra.

- —Anda, ve a cambiarle la ropa mientras yo limpio este desastre —dijo Gracie.
- Johanne tomó a su hija y la llevó al piso superior para lavarla. Cuando terminó, la llevó al dormitorio para que se cambiara de ropa.
- —¿Puedo ponerme mi vestido rojo, blanco y azul? —preguntó la niña.
- Antes de que Johanne pudiera contestar, Taffy comenzó a ladrar desde el exterior de la casa.
- Johanne se asomó a la ventana y se sorprendió mucho al ver un taxi amarillo aparcado frente a la casa. Dorian también estaba allí, extendiendo una mano al pasajero de pelo canoso que estaba saliendo del vehículo. Cuando lo reconoció, se quedó sin aliento.
- Stephanie se puso de puntillas para asomarse a la ventana.
- —¿Qué ocurre? ¿Quién es el hombre que está con Dorian, mamá?
- —Es tu… Es mi padre, cariño.

- Verdades que duelen
- Johanne se apartó de la ventana asombrada. No sabía qué hacía su padre allí. Sólo sabía que tenía que salir antes de que empezara a hablar más de la cuenta.

- Estaba tan nerviosa que dejó a la niña en el dormitorio y corrió escaleras abajo.
- —¿Se puede saber qué sucede? —preguntó Gracie al oírla.
- Cuando Johanne salió de la casa, el taxi ya se estaba alejando. Su padre y Dorian estaban enfrascados en una conversación.
- —¡Dorian!
- Johanne corrió hacia los dos hombres. Ya había llegado a su altura cuando su padre la miró de forma extraña.
- —¿Dorian?
- Dorian levantó la mirada y clavó sus ojos en ella, con extrema frialdad.
- —Demasiado tarde, Johanne.
- —Dorian, ¿qué te ha contado?
- Johanne notó que Dorian estaba haciendo un esfuerzo por controlarse. Pero no permaneció allí por mucho tiempo. Apretó los puños y se alejó. Johanne quiso seguirlo, pero su padre la tomó del brazo.
- —No lo sabía, hija. Lo siento mucho —dijo, con voz rota—. Me envió un boleto de avión para que asistiera a la fiesta y te diera una sorpresa. Cuando vine ayer, pensé que ya se lo habías contado.
- Su padre parecía destrozado, pero en aquel momento no podía ocuparse de él.

- —Papá, por favor, entra y cuida de Stephanie. Haz lo que sea, pero que no se acerque a nosotros, por favor.
- Acto seguido, Johanne corrió hacia Dorian y consiguió alcanzarlo antes de que subiera a la camioneta.
- —No puedes marcharte, ahora, Dorian.
- —Claro que puedo.
- —No —dijo, tomándolo del brazo—. Tenemos que hablar. ¿Es que no quieres conocer toda la historia?
- —Ya la conozco. Dalton es el padre de Stephanie. Y tú me dijiste que no era así. Yo te creí como un tonto, y me tragué la mentira que te inventaste. Por suerte tu padre me ha sacado del error.
- —Iba a contártelo mañana, por la noche. Por eso hablé con Caroline, para que se llevara Stephanie, para que pudiéramos hablar.
- Dorian se apartó de ella.
- —¿Mañana por la noche? Aunque eso fuera cierto, cosa que dudo, tu explicación llegaría con cinco años de retraso.
- —No lo entiendes.
- —Maldita seas, Johanne. No sé que es peor, ocultar la verdad a mi familia durante años o mentirme como lo has hecho. No puedo creerlo. No puedo creer que me hayas engañado después de lo que ha pasado, después de que hiciéramos el amor.

- —Sé que me he equivocado. Intenté decírtelo varias veces, pero siempre nos interrumpía algo, o alguien. Y después de lo que dijiste de Dalton, tuve miedo de hacerte daño.
- —Pues te felicito, porque me lo has hecho de todas formas. Si no hubiera venido a Golden, ¿habrías mantenido el secreto para siempre? Si tu padre no me hubiera dicho la verdad por accidente, ¿habrías seguido mintiéndome?
- —Claro que no.
- Dorian no hizo caso. Ni siquiera la miró.
- —No importa lo que Dalton te hiciera, Johanne. Merecía saber que había tenido una hija. En cuanto a mi padre, ¿cómo te has atrevido a mantener a su nieta en secreto? ¿cómo has podido ser tan cruel?
- Johanne cerró los ojos, incapaz de hablar. Podía sentir el intenso dolor de Dorian, pero también estaba angustiada.
- —Merezco todo lo que digas, Dorian, y más aún. Soy la única responsable de lo que ha sucedido, pero te ruego que me permitas contarte lo que pasó años atrás. Por nuestro amor, por lo que hay entre nosotros.
- Dorian no dijo nada, pero no se marchó, así que Johanne empezó a hablar.
- —Dalton y yo siempre teníamos cuidado. Pero la última vez que nos acostamos, antes de la boda, no lo tuvimos.

- —Si no recuerdo mal, Dalton ya empezaba a tener dudas sobre la boda.
- —Es cierto. Por desgracia, yo no lo sabía.
- En realidad, Johanne no se había dado cuenta de que estaba embarazada hasta varios días después. Estaba convencida de que se le estaba retrasando el período a causa de la tensión que sufría.
- —Cuando me enteré de que estaba embarazada, intenté decírselo a Dalton —continuó—. Pasé semanas intentando localizarlo, pero estaba de viaje por Europa. Y cuando por fin conseguí hablar con él, no me dio ocación de contárselo. Sólo habló de sí mismo, de su vida, de sus elecciones. Ya sabes como era.
- —Sí, lo sé.
- —Me dijo que tenía que marcharse y me colgó el teléfono antes de que se lo pudiera decir. Y no se lo perdoné. En aquella época lo odiaba, y seguí odiándolo después de que nació Stephanie. No quería que pensara que intentaba atraparlo con una responsabilidad que no había deseado. Estaba decidida a demostrar que no lo necesitaba. Por eso vine a vivir a Golden, para iniciar una nueva vida.
- —Pero Dalton murió.
- —El día que mi madre me contó que se había matado fue el día más triste de toda mi vida —dijo, entre lágrimas—. Tardé mucho tiempo en aceptar que se había marchado para siempre. No dejaba de pensar que Stephanie no podría conocer a su padre.

- —Podrías habérselo dicho a mi padre.
- —Debería haberlo hecho. Ahora lo sé.
- Dorian la miró con intensidad. Estaba muy enojado.
- —¿Por qué me mentiste cuando llegué a Golden?
- —Porque me dabas miedo. No sabía qué querías. Pensé que tenía que proteger a mi hija.
- —¿Protegerla? ¿De su tío? Eso no tiene sentido.
- —Puede que no lo tenga, pero eso no quiere decir que no lo sintiera. Tuve miedo, es la verdad.
- —¿Y por qué habría de creerte ahora? Me has mentido todo este tiempo.
- En aquel momento, la pequeña Stephanie los interrumpió.
- —¡Basta! ¿Por qué le gritas a mi mamá?
- Johanne miró a Stephanie, tan sorprendida como Dorian por la presencia y actitud de la pequeña.
- Gracie y el padre de Johanne salieron de la casa en aquel momento, visiblemente entristecidos. La niña se había escapado sin que se dieran cuenta.
  Dorian se arrodilló, puso las manos sobre los hombros de la niña y la miró con intensidad.
- —Estamos enojados, Stephanie.
- —¿Por qué?

- —Mira, tengo malas noticias sobre lo de mañana. Me temo que no podremos pasar el día juntos, como habíamos planeado.
- —¿No vamos a dar una fiesta?
- Dorian negó con la cabeza, intentando mantener la calma.
- —No, y lo siento muchísimo, Steph.
- —¿Por qué no?
- —¿Te acuerdas que te dije que mi padre vive en florida? Pues está enfermo y tengo que ir a visitarlo. Tenemos que hablar de cosas importantes.
- Stephanie comenzó a llorar.
- —¿Cuándo vas a volver?
- Johanne no pudo soportar la escena y apartó la mirada, llorando como su hija.
- —Pronto, muy pronto —respondió Dorian —. Además, tu abuelo ha venido a verte. ¿Por qué no vas adentro y juegas una partida de damas con él?
- El padre de Johanne se acercó y tomó a la niña de la mano.
- —Ven conmigo, Steph. Vamos a echar una partida.
- Cuando la niña y su abuelo desaparecieron, Johanne se volvió hacia Dorian. La mirada de su amante ya no era fría, así que la esperanza comenzó a renacer en el corazón de la mujer. Pero antes de que pudiera reaccionar, Dorian subió a su vehículo y se marchó.

- Johanne lo observó, destrozada. Había creído que el amor que los unía sería mas fuerte que todo lo demás, pero se había equivocado.
- Había sido una tonta.
- —Vamos dentro —dijo Gracie.
- —Dijo que me amaba, Gracie. Y yo creí que lo entendería. Pensé que podía confiar en él pasara lo que pasara.
- Cuando entraron a la casa, Gracie la llevó al sofá, intentando que se tranquilizara.
- —Quédate aquí. Voy a prepararte una sopa.
- —¿Puedes encargarte de Stephanie? No conoce bien a mi padre.
- —Yo me ocuparé de ella, no te preocupes.
- —¿Has visto la cara que tenía? ¿Cómo he podido permitir que pasara algo así?
- —No es culpa tuya. No es culpa de nadie.
- —¿Ya lo sabes?
- —Sí, tu padre me lo ha dicho. Pero tranquilízate. Todo se arreglará.
- Johanne se quedó sola en el salón, pensando en lo sucedido. Al cabo de un rato apareció su padre, con un plato.
- —Gracie me ha dado esto para ti.
- —¿Que tal está Steph?

- —Mucho mejor. Me ha ganado tres veces a las damas. Gracie acaba de meterla a la cama. Es una niña muy fuerte. Tú me preocupas más que ella.
- —Lo he hecho todo mal.
- —Ya no tiene remedio. Ahora tienes que pensar en lo que vas a hacer. De nada sirve mirar atrás.
- —¿Hacer? Ya has visto lo que ha pasado. Todo ha terminado.
- —Oh vamos, hija. No puedes rendirte sin pelear.
- —Papá, no te das cuenta de lo grave que es la situación.
- Su padre se sentó en el sofá.
- —Eso es porque no he sido tan buen padre como habría debido. Pensaba que no me necesitabas, pero después de lo que he visto hoy, creo que me equivoqué.
- —Te necesito, papá, y Stephanie también. Y ahora más que nunca.
- —Muy bien. Pero insisto. ¿Qué piensas hacer?
- —¿Tienes alguna sugerencia?
- —Ninguna, cariño. Pero creo que tu madre y yo nos sobrepasamos contigo. Después de la boda te dijimos lo que tenías que hacer, lo que tenías que sentir, y lo que tenías que decir. Y nos preocupamos demasiado por lo que pensara la gente. Sin querer hicimos más mal que bien.

- Johanne lo tomó de la mano.
- —Hicieron lo que creyeron mejor.
- —Lo dudo. Pero me quedaré contigo si es lo que quieres. Tu viejo padre aún puede echarte una mano.
- —Quédate conmigo una larga temporada, ¿quieres?
- .
- Dorian echó un vistazo a las sillas plegables que habían apilado en la terraza y se maldijo. Lo último que necesitaba en aquel momento, era que algo le recordara la fiesta. Estaba tan enojado que pegó una buena patada a una de las mesas de metal, derribándola. Sin embargo, no consiguió desahogarse.
- Estaba destrozado, desesperado. Lamentablemente no podía dejar de pensar en Johanne, y en el gesto triste de Stephanie.

Cuando sonó el timbre de la puerta estuvo a punto de no abrir. En aquel instante no quería ver a nadie, pero fuera quien fuera era muy insistente. Así que caminó hacia la entrada, diciéndose que no podía hacer Johanne, de hecho era la última persona que esperaba ver.

- —¿Quién es? —preguntó, enojado, mientras abría—. Gracie…
- —Tengo que hablar contigo.

> —Mira no tengo nada que decir sobre lo que ha pasado esta tarde.
>
> Gracie no hizo caso y entró en la casa.

- —No puedes imaginar lo mal que están las cosas. Stephanie está muy triste, y su madre se encuentra aún peor. Está muy preocupada por la pequeña. Cree que ha arruinado su vida.
- —Descuida, yo cuidaré de Stephanie. Es mi sobrina. Por cierto, ¿lo sabías?
- —No, hasta hoy no. Johanne no le dijo la verdad a nadie.
- —Parece que está acostumbrada a mentir.
- —No hables de ese modo, por favor. Johanne es la mujer más encantadora del mundo, y tú lo sabes. ¿Es que tú nunca cometes errores? ¿Es que esperas que la gente pague por las equivocaciones hasta el fin de sus días?
- Gracie se sentó y Dorian tomó asiento frente a ella.
- —¿Qué quieres que haga?
- —Vuelve. Todo tiene solución.
- —No lo sé, Gracie. Las cosas están muy mal.
- —Lo sé, pero los he visto juntos. Stephanie te adora y te necesita a su lado. En cuanto a Johanne, antes se pasaba la vida trabajando, no hacía otra cosa, pero su vida cambió cuando tú llegaste a Golden. La hiciste feliz.
- Dorian estaba asombrado. No podía creer que Gracie estuviera diciendo aquellas cosas.

- —Y sé que Johanne te hace feliz a ti —continuó—. He notado cómo la miras cuando crees que nadie te está viendo. Eres un hombre decente, estoy segura. Así que por favor, no te marches. Stephanie y Johanne son lo que más quiero en este mundo.
- Gracie estaba tan emocionada que Dorian fue a buscarle un vaso de agua para que se recuperara.
- —No pienso abandonar a Stephanie. Pero dadas las circunstancias, no puedo seguir con la fiesta que habíamos planeado. Sería una farsa. Sé que Stephanie estará decepcionada, pero te aseguro que haré todo lo posible por ella.
- Gracie movió la cabeza en gesto negativo, con tristeza.
- —No puedes hacer nada por ella. No si le das la espalda a su madre…

- Dolor y resentimiento
- Dorian se sentó en el bar y pidió una cerveza. Como era el día de la fiesta nacional, lo habían decorado con banderitas. El local estaba lleno de hombres como él, hombres tristes que vivían solos. Pensó que habría conseguido recuperarse si Gracie no hubiera aparecido en su casa. Hasta aquel momento estaba tan indignado, que no sentía dolor, pero los ruegos y súplicas de la mujer lo habían tranquilizado. Su enojo se había convertido en un profundo sentimiento de

pérdida. Estaba destrozado. Acababa de pedir otra cerveza al camarero cuando oyó una voz conocida.

- —Que sean dos —dijo un hombre.
- Era Gabriel.
- —Vaya, no sé porque sospecho que tú aparición no es casual —espetó Dorian.
- —Recordé que te alojaste en el motel que hay al otro lado de la carretera durante una temporada y he decidido buscarte aquí. ¿Dónde te habías metido?
- —Dando vueltas por ahí.
- —Johanne te ha estado buscando por todas partes. Ha llamado a todo el mundo, por si sabían algo sobre tu paradero.
- —Magnífico. Justo lo que necesitaba.
- —Tienes suerte de que te haya encontrado yo, podría haber sido Amber. Vamos, Dorian, entiendo lo que te pasa. Cuando estamos locos por una mujer no es fácil aceptar que no sea perfecta. No es fácil aceptar que comete errores como todos los demás.
- —Me ha engañado, Gabriel.
- —No lo creo, Dorian. Y estoy seguro que tú tampoco lo crees. Mira, en este momento está sentada delante de tu casa. Vuelve allí y habla con ella. Te aseguro que si Johanne me estuviera esperando a mi iría corriendo.
- —En tal caso, te vendría bien que yo desaparezca.
- Gabriel río y pagó la cuenta.

- —Eso no serviría de nada. Está loca por ti.
- Dorian siguió a Gabriel al exterior del bar. Y mientras conducía hacia su casa, intentó poner en orden sus sentimientos. Pensó que tal vez había sido demasiado duro con ella, que podían resolver sus desavenencias. Johanne estaba sentada en la terraza, tal y como había dicho Gabriel. Su pelo brillaba bajo la luz de la luna, y sus ojos se clavaron en él, llenos de esperanza cuando vio que se aproximaba. La visión de Johanne estremeció a Dorian. Pero también despertó su resentimiento y la sensación de traición.
- —¿Te encuentras bien? —preguntó ella.
- —Gabriel me ha dicho que querías hablar.
- —¿Por eso has vuelto?
- Dorian no contestó.
- Johanne suspiró y le pidió que dejara a un lado lo que sentía por Dalton.
- —No mezcles eso con lo que hay entre tú y yo —rogó Johanne.
- —Es más fácil decirlo que hacerlo.
- —Lo que sentí por Dalton no fue nada en comparación con lo que siento por ti. Cuando ahora pienso en el día de la boda, no pienso en Dalton, si no en ti. Te hiciste responsable y viniste a hablar conmigo.
- —De eso ha pasado mucho tiempo.

- —De todas formas, te amo por haber estado allí, entonces. Y te amo por haberme enseñado a confiar otra vez. Tienes que creerme, lo que compartimos es real, Dorian. Mi amor es real.
- —Me gustaría poder creerlo, pero no puedo.
- —¿Por qué?
- —En un par de ocasiones, llegué a pensar que Stephanie era realmente la hija de Dalton. Pero no podía creer que estuvieras mintiendo. Y cuando dijiste que me amabas, pensé que nada podría interponerse entre nosotros, al menos no Dalton. No el pasado.
- —¿Qué puedo hacer para arreglar el mal hecho? Dímelo, por favor, haré cualquier cosa.
- —Lo que siento por dentro no se puede borrar con una simple disculpa. Aunque me gustaría que fuera así. Y la fría y triste realidad no se puede borrar con ninguna penitencia.
- —¿Estás diciendo que no puedes perdonarme? ¿Que me odias y me odiarás siempre?
- —El tiempo cura todas las heridas. Estoy enojado, es cierto, pero no te odio.
- —Sin embargo, no confías en mí.
- Dorian no quería hacerle daño. De modo que decidió no decir nada.
- —Dorian, siempre has apreciado la ironía. ¿No te parece maravilloso? Cuando por fin aprendo a confiar en ti, tu dejas de confiar en mí.

- —Exacto, y la confianza es la base de todo. Sin confianza no puede existir ninguna relación. Johanne, mañana me marcho a Florida.
- —¿Tan pronto? —preguntó, sorprendida—. ¿Vas a contarle a tu padre lo de Stephanie?
- —Creo que ha llegado el momento de que alguien se lo diga.
- —¿Piensas volver a Golden?
- —Cuenta con ello. No pienso permitir que vuelvas apartar Stephanie de su familia.
- .
- —El viaje a Palm Beach ha sido lo que tu padre necesitaba —dijo Rachel, cuando fue a recogerlo al aeropuerto—. Tiene mejor color, su apetito vuelve a ser el de siempre e incluso hace ejercicio. El médico dice que ha pasado lo peor.
- —Me alegro mucho de oírlo.
- —Cuando le dije que venías, empezó hacer todo tipo de planes. Creo que vuelve a ser el de siempre.
- —¿El médico ha dicho que podemos contarle lo de Stephanie?
- —Sí. Cree que puede ayudarle. De hecho yo también tengo ganas de conocer a la niña. Estoy deseándolo.
- —Es maravillosa. Te encantará.
- El señor Barnes estaba esperando en la puerta cuando aparcaron el coche. Sólo había transcurrido un par de

meses desde la última vez que se habían visto, pero a Dorian le parecía que había pasado toda una eternidad, y se sintió muy aliviado al verlo.

- —Dorian … —dijo su padre, antes de abrazarlo—. Me alegro de que hayas venido, hijo.
- En el segundo día de su visita, Rachel se fue de compras para que hablaran solos. Dorian se sentó en el sofá de cuero que había en el despacho y le contó la verdad sobre Stephanie, sobre Johanne y sobre Golden; toda la verdad, excepto la relación que mantenía con Johanne. Tras la lógica sorpresa inicial, su padre reaccionó mucho mejor de lo que esperaba.
- —Stephanie… —dijo—. Y dices que se parece mucho a Johanne.
- —Tengo fotografías.
- Dorian sacó las fotografías y se las enseñó su padre. Estaba muy sorprendido. No había en él ninguna animosidad hacia Johanne, a pesar de lo que había hecho.
- —Es verdad, Johanne era igual que ella a su edad. Es preciosa.
- —Siempre la quisiste mucho, ¿verdad?
- Su padre lo miró con curiosidad.
- —Es cierto, y siempre lamenté lo que le hizo Dalton. Fue algo terrible, y dividió a las familias.
- —Sí, pero ella pudo hacer algo para arreglar las cosas y no lo hizo.

- Su padre hizo caso omiso del comentario. Prefirió centrar su atención en el otro aspecto de la conversación.
- —Vaya, estás muy atractivo en esta fotografía. Y Johanne te mira de un modo que cualquiera diría que piensa lo mismo.
- Dorian observó la fotografía. Se la había sacado Gracie, la noche del baile. Había olvidado que Johanne le había dado una copia.
- —Las apariencias engañan, papá.
- —Ha pasado algo entre ustedes, ¿verdad?
- —Nada importante. Nada de lo que debas preocuparte.
- —Dorian, no intentes ocultarme la verdad. No estoy ciego. Esa mujer significa algo para ti.
- Dorian reconoció a regañadientes que había mantenido una relación con Johanne.
- —Pero fue un error, papá —concluyó—. No debí hacerlo.
- —Sospecho que hay más de lo que me has contado. Estás muy dolido, más de lo que quieres admitir. Vamos, cuéntame la verdad.
- Dorian miró a su padre y le contó toda la verdad. El señor Barnes suspiró cuando terminó de hablar.
- —No seas tan duro con ella, hijo. Ha cometido un error, todos lo hacemos.

- —Sí, eso es lo que dice todo el mundo. Pero nadie puede saber lo doloroso que es para mí.
- —No, nadie puede saberlo —dijo, dándole un golpecito en la espalda—. Como nadie puede saber lo que debió sufrir Johanne hace años. No podemos juzgarla por lo que hizo.
- —¿Por qué la defiendes?
- —Porque has cambiado. Eres un hombre diferente. Cuando te abracé ayer, supe que habías cambiado.
- —No sé lo que quieres decir.
- —Mírate, estás lleno de sentimientos. Me has contado lo que te sucede, algo que no habrías hecho antes, y estoy seguro de que Johanne ha tenido algo que ver en ese cambio.
- Su padre tenía razón, el amor de Johanne lo había cambiado.
- —¿Qué voy a hacer, papá? —preguntó—. Nos dijimos cosas terribles, cosas que ya no se pueden borrar.
- —Dorian, eres un hombre fuerte. Puedes hacer lo que te propongas. Siempre he estado orgulloso de ti. Yo no habría tenido el valor de vender la empresa, aunque era necesario.
- Dorian lo miró sorprendido.
- —Pero tú no querías que vendiera.
- —Estaba equivocado. Y también me equivoqué al pensar que no me necesitabas tanto como Dalton.

Supongo que la muerte de tu madre afectó mi buen juicio.

- Dorian levantó la mirada cuando su padre tomó una fotografía enmarcada, la reconoció de inmediato.
- —Esa fue la última fotografía que nos hicieron a los cuatro, ¿lo recuerdas?
- Dorian asintió, emocionado.
- —No pasa un sólo día sin que piense en tu madre y en tu hermano.
- —Yo también pienso en ellos.
- —Bien, porque no podemos ni debemos olvidar. Pero ahora tenemos más miembros en la familia. Stephanie, y tal vez Johanne.

- Perdonar para poder amar
- *Capítulo final*
- En cuanto llegó a Golden, Dorian supo que había echado de menos el pueblo.
- Era un día de verano precioso. La dueña de la panadería lo saludó cuando aparcó junto al estacionamiento. Y el conductor de la furgoneta, cuyo nombre había olvidado, tocó la bocina al pasar.

- Cuando vio que el coche de Johanne estaba junto a la tienda, sintió una intensa angustia. No sabía lo que iba a decir, ni cómo iba a recibirlo.
- Cruzó la calle y vio que la puerta estaba cerrada. Le pareció muy extraño, porque los sábados siempre eran el día de más ventas.
- Dorian se acercó al vehículo de Johanne, y sonrío al ver que había un osito de peluche en el asiento trasero. También vio un jersey de Johanne, un cepillo de pelo y una de las novelas de misterio que tanto le gustaban. Eran pequeños detalles sin importancia, objetos de las dos personas que más amaba en el mundo.
- —Eh, Dorian —gritó Henry, desde el supermercado—. ¿Vas a la reunión del ayuntamiento? Ya ha empezado.
- Dorian lo había olvidado por completo. Johanne debía estar en la reunión.
- Cuando llegó al ayuntamiento, el debate estaba realmente encendido. Miró a su alrededor intentando localizar a Johanne, pero no pudo.
  La discusión era bastante acalorada. Beck y sus amigos, hicieron unos cuantos comentarios despectivos hacia su persona, pero no le importó. Sin embargo, cuando comenzaron a atacar a Johanne, no pudo contenerse. Rápidamente hizo un gesto al moderador para que le concediera la palabra.
- —Señor Barnes, puede intervenir.

- Todas las miradas se clavaron en Dorian. Volvió a mirar a su alrededor pero tampoco pudo localizar a Johanne esta vez. Así que decidió mirar a Beck y a su grupo.
- —Intentaré no extenderme demasiado —comenzó a decir—. A fin de cuentas no puedo votar porque olvidé empadronarme. Sadie ha tenido la amabilidad de recordármelo al entrar.
- Una carcajada generalizada ánimo la reunión.
- —Es posible que la buena gente de Golden desconfíe de los forasteros como yo, que en ocasiones, nos comportamos de forma estúpida. Pero no tienen ninguna razón para sospechar de Johanne. Ella sólo intenta llevar una vida decente con su hija, y Golden tiene suerte de contar con ella.
- Los congregados, con excepción del grupo de Beck, rompieron en un aplauso. Después, el moderador anunció el comienzo de la votación y el caos dominó la sala.
- Johanne estaba sentada. Había visto que Dorian había salido de la sala, y sus piernas aun temblaban por la emoción que le habían producido sus palabras.
  Ya no le importaba el resultado de la votación. Sólo importaba que Dorian había regresado y que la había defendido, una vez más, cuando más lo necesitaba.
- Cuando consiguió recobrarse, se levantó y salió en su búsqueda. Pero no pudo encontrarlo en ninguna parte, y nadie recordaba por donde se había ido.
- .

- Dorian sabía por experiencia que después de una reunión en el ayuntamiento no podía encontrar a nadie, así que se dirigió a la casa de Johanne. Sabía que aparecería por allí más tarde o más temprano, y además quería ver a la niña. Se sorprendió mucho cuando vio que el padre de Johanne seguía en el pueblo, casi tanto como el propio señor Park al verlo.
- —Esta tarde me he quedado a cuidar de la niña —dijo el padre de Johanne, con orgullo—. Y voy a comprarme una casa de campo en la zona. He comprendido que debo pasar más tiempo con mis chicas.
- Dorian se alegró mucho al saberlo. En cuanto a Stephanie, bajó de su dormitorio segundos más tarde y se arrojó a sus brazos.
- —¡Dorian! Mamá dijo que volverías.
- —¿De verdad?
- —Sí, me lo ha dicho todas las noches, cuando me metía en la cama.
- —Tu mamá es una mujer inteligente.
- —Dorian, sé algo que tú no sabes —dijo la pequeña, en tono conspiratorio—. Eres mi tío.
- —¿En serio?
- —Sí. Tu hermano que murió era mi padre. Y mi mamá dice que tengo otro abuelo que me quiere mucho.
- —Eso es totalmente cierto, cariño. Y está deseando conocerte.

- Dorian se sintió mucho mejor al comprobar que Johanne había hablado con Stephanie. Aquello significaba que sabía que era importante para ellos y para la niña.
- Minutos después, apareció Johanne.
  Dorian se sintió tan feliz como aliviado al verla.
- —Mamá, Dorian ha vuelto —dijo la niña—. Creo que ya no está enojado contigo.
- —Vamos, cariño —dijo el señor Park—. Dorian y tu madre tienen que hablar.
- —¿Es verdad? —preguntó Johanne cuando su padre y Stephanie desaparecieron.
- —¿A qué te refieres?
- —¿Es cierto que ya no estás enojado?
- Dorian sonrío.
- —Es cierto.
- —Me alegro tanto…
- —Creo que ha llegado el momento de que olvidemos el pasado. Tenemos que aprender a confiar el uno en el otro a pesar de lo sucedido. ¿Confías en mí?
- —Oh, sí. Claro que sí —respondió ella.
- Johanne se acercó a él y le acarició la mejilla.
- —Quiero empezar una nueva vida contigo y con Stephanie —dijo, mientras la abrazaba—. Aquí en Golden.

- —¿En Golden? ¿De verdad?
- —No sé cuándo, pero he descubierto que mi hogar está aquí.
- Johanne pasó los brazos alrededor de su cuello.
- —Tu hogar está aquí, pero a mi lado. Y el mío al tuyo.
- Johanne comenzó a besarlo una y otra vez, en una prueba de lo que iba a hacer su vida a partir de entonces.
- .
- Tres semanas más tarde, Stephanie estaba saliendo del agua, seguida a poca distancia por el perro que la acompañaba donde fuera.
- —Voy a tirarme otra vez. Mira, abuelo. ¡Mira!
- Dos cabezas se volvieron hacia ella, y la niña rió.
- —Oh, lo había olvidado. Está bien, pueden mirar los dos.
- Johanne sonrío mientras los dos ancianos miraban a su nieta. En aquel momento apareció Gracie con la tarta que había preparado para celebrar el cumpleaños de Stephanie.
- —A Stephanie le va a encantar el tablero de damas que has hecho encima.
- Gracie sonrió.
- —Fue idea de tu padre. Muy ingenioso, ¿no te parece?

- Johanne sospechaba que Gracie y su padre estaban pasando mucho tiempo juntos. Y La sonrisa de Gracie se lo confirmó.
- Lo cierto era que a Johanne le parecía una idea estupenda. Gracie y su padre ya habían estado demasiado tiempo solos. Era el momento de iniciar una nueva etapa en sus vidas. Como ella misma iba a hacer. Estuvo apunto de comentárselo a la mujer, pero Gracie, que la conocía muy bien, se dio cuenta y cambió de tema.
- —Al principio no me gustaba la idea de celebrar la fiesta de Stephanie en la playa de Dorian. Pero debo reconocer que está muy bien —dijo Gracie.
- —Díselo cuando vuelva. Le encanta que le hagas cumplidos. Creo que aún no ha superado tu recelo inicial.
- —Creo que me guardaré los cumplidos para mañana, para la boda. Le diré exactamente lo que pienso de él. Será una especie de regalo especial para el novio.
- —Gracias por haberme ayudado tanto durante estos años Gracie. No habría sobrevivido sin ti.
- Gracie apretó la mano de Johanne.
- —Sé que es un poco presuntuoso por mi parte, pero estoy tan emocionada con tu boda como si fuera la de mi propia hija.
- —Para mí eres como una madre, Gracie.
- En aquel instante apareció el padre de Johanne.

- —Dorian ya ha regresado. Pero, ¿se puede saber de qué están hablando? —preguntó, al notar su emoción.
- —Cosas de la boda —respondió Gracie, entre lágrimas—. Anda, quédate aquí y cuida de la tarta.
- Johanne miró hacia la orilla. Dorian se acercaba en la pequeña embarcación de madera. No podía creer que se casarían al día siguiente. Todo había sido tan rápido, tan complicado y tan intenso…
  Todos sus sueños estaban a punto de convertirse en realidad. Al fin iba a poder formar una familia como las otras. Al fin iba a casarse con el hombre de su vida.
- —Tu hija está llena de vida, Johanne —dijo el señor Barnes—. Es perfecta.
- El padre de Dorian había conocido a su nieta el día anterior, y desde el principio había quedado bien claro que la quería con locura.
- —Se parece mucho a usted. Con su abuelo no ha sido nada tímida.
- —Bueno, creo que vamos a llevarnos muy bien.
- Johanne pensó que era un gran hombre. No había escuchado una sola palabra de reproche de sus labios. Pero a pesar de todo, se sentía culpable por haber mantenido en secreto la existencia de Stephanie durante tantos años y pensó que debía decir algo.
- —Espero que pueda perdonarme algún día. Durante todos estos años estuve demasiado aturdida y herida como para pensar de qué forma podían afectar a los demás mis decisiones. No tengo otra excusa más que

el dolor que sentía y la necesidad de proteger a la niña de tanto sufrimiento. Intentaré encontrar un modo de compensarle por el daño que le he causado.

- —Ya lo has hecho. Me has brindado la oportunidad de recuperar el pasado y al mismo tiempo de dejarlo atrás. Tener a mi nieta junto a mí es como recuperar parte del hijo que perdí, y de alguna manera también recuperarte a ti para poder compensarte por tantos años de dolor que tuviste que pasar a solas.
  Y por si fuera poco, también me has devuelto a mi hijo. Es feliz por primera vez en su vida y eso es mucho más de lo que esperaba.
- —¡Eh! Vengan a ver mi tarta —exclamó Stephanie—. Abuelos, vengan a verla.
- El señor Barnes se inclinó sobre Johanne y le dio un beso en la mejilla.
- —Voy a buscar a mi mujer para echar un vistazo a esa tarta.
- Johanne lo siguió a la orilla y ayudó a Rachel a salir de la embarcación.
- —¿Por qué no van a dar una vuelta ustedes? —preguntó Rachel, dirigiéndose a Johanne y a Dorian —. Dejen que los abuelos nos ocupemos de la fiesta.
- Johanne miró a Dorian, que sonrío y le tendió una mano.
- Johanne subió a la embarcación.
  Cuando se alejaron, miró hacia la playa.
  Stephanie estaba junto a la tarta, acaparando la

atención de los cuatro adultos que la rodeaban.
Johanne se volvió hacia Dorian, que también contemplaba la escena con ojos brillantes.

- No recordaba haber sido tan feliz antes de su fracasada boda con Dalton.
  Y estaba segura de que no había estado nunca tan profundamente enamorada como ahora. Pero ahora era una mujer diferente, y el novio era Dorian.
  Sabía que estaría en el altar al día siguiente y que permanecería a su lado hasta el fin de sus días.
  Nunca más estaría sola;
  siempre contaría con el amor y el apoyo de su marido y su familia…
- Fin.

LEY